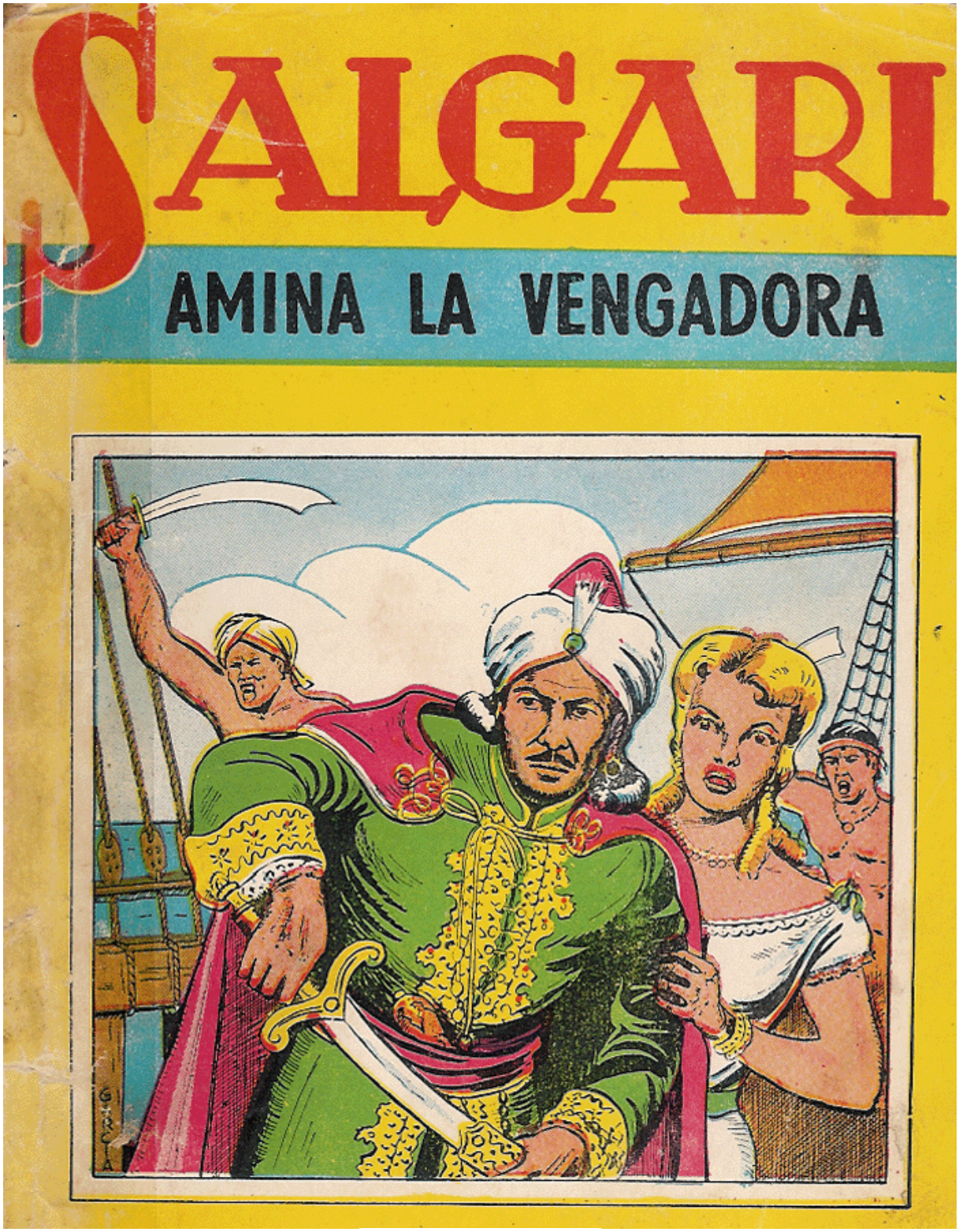
AMINA LA VENGADORA

EMILIO SALGARI



AMINA LA VENGADORA

El Barón de Santelmo, acompañado por algunos hombres fieles, desembarca en Argel, con el propósito de rescatar a la mujer que ama, la Condesa de Santafiora, que se encuentra prisionera de los moros, en la horrenda cárcel de Zidi Hassan.

En Argel, un príncipe musulmán, Zuleik Ben Abend, está enamorado de la Condesa y aspira a ser correspondido; por tal causa, el Barón se propone, antes que nada, eliminar a su presunto rival y aprovechando una circunstancia en gue aquél, habiendo salido de caza seguido de halconeros y esclavos, se aleja de sus acompañantes, le entabla una lucha a muerte. El combate, en lucha desigual, le es adverso y cae prisionero de Zuleik, quien lo somete durante el cautiverio a horribles torturas,' para arrancarle la confesión de los propósitos de su viaje y la delación de los personajes que lo favorecen.

La Princesa Amina, hermana de Zuleik, se ha prendado del Barón de Santelmo y aspirando a su amor, intenta salvarlo; pero al tener conocimiento de que el Barón ama a otra mujer, que es una cristiana prisionera, su amor se torna en odio y desde entonces no piensa sino en vengarse del caballero.

CAPITULO PRIMERO
MISTERIOSA DESAPARICIÓN DEL RENEGADO

Un momento después el Barón, el normando, *Cabeza de Hierro*, y el renegado se encontraban reunidos en el vestíbulo intentando descifrar el contenido del billete.

En aquel billete sólo había escrita una palabra, en caracteres árabes, con rasgos finos y sutiles que denotaba la mano de una mujer.

El Normando conocía el árabe, hizo de pronto un gesto de estupor.

–No contiene mas que un nombre –dijo.

–¿Cuál? –preguntó el Barón.

–El de una mujer.

–¡Es imposible!

–Sí; es el nombre de una mujer: *Amina*.

–¡Amina! –exclamaron a una voz el Barón y *Cabeza de Hierro*.

–Es cierto –añadió el renegado.

–¿Habéis conocido alguna mujer de ese nombre? –preguntó el normando.

–No, nunca– dijo el Barón.

–Recordad bien.

–Nunca he oído semejante nombre.

Los cuatro hombres se miraron uno a otro con extrañeza.

–¿Se habrán engañado esos dos negros?

-No lo admito -dijo el normando–. Antes de entregar el billete, miraron atentamente al Barón, y estoy casi seguro de que esos dos hombres nos seguían con el encargo de velar por nosotros. ¡Ah; ahora recuerdo! ¡Qué estúpido soy! ¡ Debiera haberlos reconocido!

-¿A quiénes? -preguntó el Barón.

-¡A esos dos negros!

-¿Luego, son conocidos vuestros?

-¡Y vuestros también!

El Barón lo miró con asombro sin comprender.

-No os entiendo -dijo.

-Los encontramos esta mañana al salir de la mezquita.

-¿Los esclavos de aquella Dama?

-Los mismos.

-Entonces, ¿nos han seguido?

-Seguramente.

-¿Y por qué razón?

-Para velar por nosotros, o mejor dicho, por vos, y entregaros el billete -dijo el normando.

-¿Y vos creéis?...

-Yo digo, señor Barón, que habéis impresionado profundamente a esa mujer, ¡Y no se puede negar que la señora Amina es bellísima!

-Pero, ¿qué puede significar ese billete?

-En verdad que no lo sé. Por lo visto, ahora se limita ha deciros que se llama Amina. Luego veremos. Esa mujer puede ser peligrosa para vos.

-Procuremos borrar nuestras huellas.

-Lo intentaremos; pero por el momento ningún peligro nos amenaza. ¡Vámonos a dormir!

-Y, además, yo velaré -dijo el renegado.

Dicho esto, condujo a sus huéspedes a una estancia baja donde había varios divanes que podían servir de lecho.

El renegado se sentó en medio del vestíbulo con un enorme frasco de vino de España que le recordaba el país perdido, y que apuró trago tras trago en una hora. De pronto, y con profundo terror, creyó ver dos sombras gigantescas que se agitaban, primero en la cima de la terraza, y que después se deslizaban por la columna del vestíbulo. Al principio creyó que era el vino quien le producía aquellas visiones, pero al ver acercarse las sombras trató de ponerse en pié.

En menos de un segundo, y antes de que le fuera posible lanzar un grito, se sintió sujeto por cuatro manos vigorosas, que le envolvieron la cabeza en un capuchón de gruesa tela.

Enseguida lo levantaron, y las dos sombras desaparecieron entre las tinieblas con la mayor rapidez.

* * *

A la mañana siguiente, después de haber dormido diez horas de un tirón, *Cabeza de Hierro*, que había soñado toda la noche con frascos de jerez, salió al vestíbulo en busca del renegado, no encontrándolo por ninguna parte. Lo más extraño del caso era que la puerta estaba atrancada por dentro.

Con el sobresalto natural, el catalán se dirigió hacia la habitación donde estaban sus compañeros, gritando:

-¡Señor Barón! ¡Arriba!

-¿Qué sucede? -preguntó el joven.

-¡Algo que no puedo explicarme! ¡Algo que me espanta!

-Pero, en suma, ¿qué es? -preguntó el normando.

-¡Que el renegado ha desaparecido!

-Habrá ido a buscar provisiones.

-No, porque la puerta está atrancada por dentro.

-¡Tú has bebido! -dijo el Barón con voz severa.

-¡Ni siquiera una gota!

-Pues vamos a ver -dijo el normando, que empezaba a sentir cierta inquietud.

Precedidos por *Cabeza de Hierro*, visitaron todas las habitaciones sin ningún resultado.

-Miguel -dijo el Barón un tanto preocupado-, ¿tenéis confianza en ese hombre?

-Completa, señor Barón.

-¿Luego no es posible creer que haya ido a denunciaros?

-¿Él? ¡Nunca!

-Entonces, ¿cómo explicáis que haya desaparecido sin decir nada?

-No lo sé.

-¿Estáis inquieto?

-Mucho; y quisiera que nos marchásemos antes de que ocurra algo peor. Esta desaparición me intranquiliza

-¿Habrá sido robado?

-Ahora se despierta en mí una sospecha. El español es muy aficionado al vino, y puede haber sido sorprendido estando borracho. De otro modo, habría dado la voz de alarma.

-Yo nada he oído.

-Ni yo tampoco -dijo *Cabeza de Hierro*.

-¡Veamos! -añadió el normando-. El renegado, si no me engaño, se había acurrucado sobre aquel montón de esteras.

-No hay señales de lucha.

-Pero, ¿por dónde pueden haber entrado las personas que lo han sorprendido?

-Por la terraza acaso -dijo el Barón.

-Vamos a ver si encontramos algún rastro. ¡Ah! . . .

-¿Qué?

-¡Mirad! ¿ No veis allí varios trozos de yeso recién desprendidos de los muros?

-Sí, es cierto.

-¡Subamos, señores!

Todos penetraron en la terraza. Al llegar a ella, ya no tuvieron duda: por la parte de afuera se veía una cuerda sostenida en el muro por un fuerte gancho de hierro.

-Ya no hay duda del rapto -dijo el normando.

-Pero aun no conocemos el motivo.

-¡Señor Barón -dijo el normando-, vamos pronto! El renegado saldrá del apuro como mejor pueda. Volveremos esta noche para ver si ha vuelto a su barraca Iremos a almorzar a bordo de la falúa.

Y sin nuevas dilaciones se marcharon por la callejuela, que estaba desierta, y descendieron hacia la ciudad que entonces comenzaba a animarse.

Moros, árabes, beduinos y montañeses se amontonaba en las calles. De vez en cuando grupos de soberbios jinetes pasaban al galope hendiendo las filas de la multitud, sin preocuparse de mirar si atropellaban a alguno.

Luego, iban oleadas de negros casi enteramente desnudos, seguidos por sus amos, verdaderos tipos de ladrones del desierto, con largas barbas negras, turbantes inmensos y pistolas al cinto.

En último término se descubrían largas filas de esclavos cristianos, flacos, macilentos, que se dirigían hacia el puerto a las afueras de la ciudad para cultivar las tierras de sus dueños bajo el implacable Sol africano, que calcinaba sus huesos.

El normando y sus compañeros, abriéndose paso por toda aquella gente, se dirigieron hacia el muelle y no tardaron mucho tiempo en llegar a él.

Los marineros, sin preocuparse de su capitán, ya habían desembarcado y vendido buena parte del cargamento. Rodeados por unos cincuenta berberiscos discutían entre ellos como verdaderos mercaderes, hablando el árabe y el levantino e invocando a cada paso el santo nombre de Mahoma.

-¡No pierden el tiempo nuestros hombres! -dijo el Barón.

-Obrando así alejan toda sospecha. Todos estos mercaderes conocen a mi gente y podrían atestiguar que somos honrados comerciantes.

Subieron al *Solimán* y almorzaron. Durante su ausencia nada había

Enteramente tranquilizados por este lado, el normando y sus compañeros, después de haber cambiado de traje, ponerse capas de varios colores como usaban los rifeños y cubrirse la cabeza con enormes turbantes, desembarcaron nuevamente para acercarse al presidio de Pásela, con la esperanza de recoger alguna noticia sobre la infortunada condesa de Santafiora.

Todo el muelle estaba cuajado de traficantes de esclavos negros y de esclavos cristianos encargados de la descarga de los navíos, procedentes en su mayor parte de los saqueos realizados, en España, Francia, Italia y Grecia, pues en aquella época los berberiscos no respetaban país alguno.

En el puerto, multitud de galeras de guerra estaban fondeadas en espera de alguna ocasión propicia para volver a emprender sus correrías por el Mediterráneo, y entre ellas se veían las cuatro que habían peleado contra la *Sirena*.

-¡Quisiera incendiarlas todas! -dijo el Barón.

-¡Y yo, hacerlas saltar con sus tripulantes! -replicó el normando.

Atravesaron la parte occidental del puerto, y hacia el centro de ella se detuvieron delante de un inmenso edificio cuadrado y coronado por inmensas terrazas.

-¡El presidio! -dijo el normando. El Barón se paso muy pálido, como si toda su sangre le hubiese refluido al corazón.

-¿Es aquí donde se encuentra? ¡Ah, Miguel; dadme un medio para que pueda entrar!

-¡Es imposible!

-¿Dónde estará encerrada?

-¿Quién puede saberlo? ¡Ah; mirad allí, en la playa! ¿No veis aquellos bultos tendidos al sol?

-Sí; ¿quiénes son?

-Cristianos, a los cuales muchas veces dejan morir de hambre porque no tienen vigor para trabajar.

-¡Cuánta infamia!

-¡Aun veréis otras peores! -dijo el normando. Detuvo a un negro que pasaba cargado con un fardo.

-¿Quiénes son aquellos? -le preguntó.

-Cristianos que llegaron ayer en las galeras de Ossum: los útiles han sido conducidos al presidio, y a los que son viejos o están enfermos los dejarán morir de hambre.

-Son los viejos de San Pedro -dijo el normando al Barón-. ¡Canallas berberiscos![1]

-¿Y no auxiliaremos a esos desgraciados?

-No os acerquéis a ellos si estimáis en algo la libertad. Esta noche mandaré que algunos de mis hombres les lleven víveres y dinero.

-¡Es horrible!

Por todos los alrededores y delante de las puertas se veían soldados armados de arcabuces.

Un olor nauseabundo salía del interior, y de vez en cuando se oían gritos estridentes que partían de los patios.

-¡Creo que voy a desfallecer! -dijo el caballero limpiándose el sudor que le bañaba la frente-. ¡Y la Condesa está aquí, dentro de este infierno! ¡Es horrible! ¡Horrible!

El normando lo miraba, profundamente conmovido.

-Señor Barón -dijo de pronto-, he visto salir a un soldado a quien conozco, y que acaba de entrar en aquel café. Aguardadme cerca de aquella fuente; trataré de saber por ese hombre alguna noticia.

-¿No os comprometeréis?

-No; seré prudente.

Y se dirigió hacia una caseta donde se hallaban varios moros fumando y charlando.

El normando fue en línea recta hacia el soldado, que estaba en un ángulo de la barraca paladeando, con beatitud una taza de café.

-¿Qué haces aquí solo, Mohamed? -le preguntó sentándose cerca de él.

El soldado lo miró atentamente.

-¡Ah! -exclamó de pronto-. ¡El Mercader de Fez!

-¿No te acordabas de mí, Mohamed?

-¿Cuándo has llegado? -preguntó el soldado.

-Esta mañana.

-¿Buen cargo?

-¡De todo hay!

---

[1] También en la invasión berberisca de 1778, dirigida contra la desgraciada isla de San Pedro, los viejos fueron abandonados en las playas de Argel y los dejaron morir de hambre.

-Hace ya tiempo que no se te veía por Argel.

-He estado en Tánger y en Túnez. ¿Qué hay de nuevo? Acabo de ver algunas galeras con averías. ¿Habéis zurrado a los cristianos?

-Pero no sin lucha. ¡Esos perros se baten bien!

-¿Habéis hecho buena presa?

-Unos centenares de esclavos.

-¿Dónde?

-En San Pedro.

-¿Están encerrados en el presidio de Pascia?

-Todos.

-¿Y son personas de distinción?

-La mayor parte son pescadores. No hay más que una mujer que valga la pena.

-¿Hermosa?

-Y, además, joven y noble. Será difícil que caiga en las manos de los mercaderes de esclavos y que la expongan en el *balistan*[2].

-Si cae en manos de Culquelubi, no se encontrará muy bien -respondió el normando tratando de sonreír.

-No es blando el Capitán general de las galeras.

-¡Compadezco a esa pobre joven!

-¡Bah! ¡Es una cristiana!

-¿Cuándo se hará la venta de los esclavos?

-Hoy vendrán los proveedores del harén del bey y los de Culquelubi. Ya sabes que tienen la preferencia.

El normando quería haber preguntado algo sobre Zuleik; pero no se atrevió, para no despertar las sospechas del soldado. Así, pues, bebió una tasa de café, pagó las dos, y se fue sin hablar más.

No iba muy satisfecho del resultado de su coloquio.

-Ocultaré al Barón el peligro de que su prometida vaya a parar a poder del bey o de Culquelubi. ¡No quiero afligir más a ese pobre joven! -murmuró acercándose a la fuente.

El Capitán de la *Sirena*, presa de una gran emoción, tenía fijos los ojos en los enormes muros del presidio.

-¿Qué habéis sabido? -preguntó con angustia al normando.

-Poca cosa: la Condesa está ahí, y nada más. Es lo único que sabe el soldado.

-¿Y Zuleik?

-No sé nada de él; pero si la Condesa se encuentra eso quiere decir que el moro no ha podido sustraerla de la vigilancia de los guardias del bey.

-Prefiero que esté en presidio a que se halle en palacio.

El normando movió la cabeza sin responder. Él habría preferido que Zuleik se la hubiese llevado, puesto que sabía que podían recluirla en el inaccesible harén del bey.

Retornaron silenciosos hacia el puerto oriental, y sin decir una palabra subieron a la falúa a fin de esperar la noche para ir a visitar al jefe de los *derviches*.

[2] Bazar destinado a la exposición y venta de esclavos.

CAPITULO II
LAS INDAGACIONES DEL *"MIRAB"*

Hasta bien entrada la noche permanecieron en la cubierta del *Solimán*.

El normando, que conocía la ciudad y que no gustaba de recorrer el mismo camino dos veces, tomó por las calles desiertas de las afueras, que entonces estaban compuestas en su mayor parte de las casas derruidas y desiertas.

El camino era sin duda más largo, pero, en cambio, era más seguro.

Hacia las once, sin haber tenido ningún mal encuentro, el normando y sus compañeros llegaron a las inmediaciones de la casa del renegado, a quien querían visitar para saber si había vuelto.

Al llegar a ella dieron la vuelta en derredor, con el objeto de ver si la cuerda estaba puesta.

-¡No está! -dijo el normando, que precedía a sus compañeros.

-Pues haced la señal -añadió el Barón.

-Alguien debe haber en el vestíbulo -dijo *Cabeza de Hierro*- por que veo luz. Si no es el renegado, será el Diablo. ¡No entremos, señor!

-¡Haced la señal¡ -repitió el Barón, sin tomarse el trabajo de contestar al catalán-. Si nadie responde, entraremos igualmente.

El marino se llevó dos dedos a los labios y produjo un sonido suavemente modulado, que luego acompañó con una especie de ladrido.

Transcurrido diez segundos cuando la puerta se abrió, y apareció el renegado tambaleándose y con una lámpara en la mano.

-¿No me engaño? -dijo con voz ronca-. ¿Eres tú, Miguel?

-Hemos bebido un poco; ¿eh? -replicó el normando riendo.

-¡En algo se ha de pasar el rato! ¿Sabes que me han robado?

-Lo habíamos sospechado.

-¡Entrad!

Cerrada la puerta, y una vez en el vestíbulo, el marino le preguntó:

-¿Quién te ha robado?

-Dos negros de estatura gigantesca.

-¿Dos negros? -exclamaron el Barón y el normando al mismo tiempo.

-¡Serían dos diablos! -dijo *Cabeza de Hierro*.

-¿Llevaban trajes de seda roja? -preguntó el normando.

-Sí.

El Barón y el marino se miraron con estupor.

-¡Los dos negros que nos ayudaron a librarnos!- dijo el primero.

-Pero, ¿por qué han robado a este hombre? -añadió el normando.

-Os lo explicaré enseguida -dijo el renegado-. Parece que hay alguien que se interesa por el señor Barón.

-¿La dama del billete? -preguntó el joven.

-No lo sé. Después de haberme maniatado, los dos negros me llevaron al bosquecillo de palmeras, donde había una litera, y arrojándome en ella, me llevaron.

-¿Por dónde? -preguntó el normando.

-No lo sé, porque me vendaron los ojos. Cuando me quitaron la venda, me encontré en una espléndida sala adornada con espejos de Venecia.

-¿Quién te esperaba allí?

-No vi más que a los dos negros; pero, detrás de los tapices, quizás estaría oculta alguna persona. Me sometieron a un largo interrogatorio.

-¿Qué deseaban saber? -preguntó el Barón,

-Si erais argelino o extranjero, y dónde habitabais.

-¿Y qué les dijiste?

-Que no os había visto hasta anoche. Aunque renegado, soy-incapaz de vender a un cristiano.

-¿Y luego? -preguntó el Barón con ansiedad.

-Pues, convencidos de que no sabía nada más, me vendaron de nuevo y volvieron a traerme aquí.

-¿Dijisteis que yo era argelino?

-Turco.

-Miguel, ¿qué os parece todo esto?

-Que esa dama no va a dejaros en paz, ¡Tened cuidado! ¡Las mujeres moras son más peligrosas que los hombres!

-¿Podríamos intentar algo para huir de ella?

-Sería preciso que saliésemos de Argel.

-¿Creéis que sea capaz de vendernos?

-Si os ama, no lo hará; pero estemos en guardia por si acaso.

-Lo estaremos.

-Ya es medianoche. Vamos a casa del *mirab*.

Después, volviéndose al renegado, le dijo:

-Si te preguntan de nuevo dices que venimos aquí porque, como gente de mar, nos gusta el vino. Si Culquelubi se emborracha todas las noches a despacho del Corán, bien podemos nosotros echar un trago.

Al salir a la calle el normando miró a todos lados con precaución, no observando ningún género de espionaje. Sin embargo, el marino sospechaba que la dama mora no dejaría de encargar a sus servidores que les siguiesen.

Poco después de medianoche llegaban a la ermita del *mirab*. Este los aguardaba bajo la encina que daba sombra a la pequeña habitación.

-Señor de Santelmo -dijo apenas hubo divisado al caballero-, no he perdido el tiempo. Sé quien es Zuleik Ben-Abend, y hasta puedo deciros dónde podéis encontrarlo mañana,

-¡Ah, por fin!- exclamó el siciliano-. ¡Esta vez no se me escapará!

-¿Queréis capturarlo?

-¡Matarlo!

-No olvidéis que Zuleik se encuentra en su país, y que vos sois extranjero.

-¡Repito que lo mataré!

-Es un descendiente de los califas.

-¿Luego, es un hombre peligrosísimo ese moro? dijo el normando.

-Y un rival poderoso para el Barón -añadió el viejo.

-¡No importa; lo mataré!

-No dudo de vuestro valor -respondió el templario-; pero sería preciso que encontraseis la ocasión de hallaros a solas con Zuleik.

-¿Sabes dónde vive?

-Sí; en un espléndido palacio, enfrente de! Presidio de Zidi Hassan.

-¡Por la condenación de Mahoma! -exclamó el normando-. ¿Es aquel palacio coronado por los alminares de cúpula dorada?

-El mismo replicó el *mirab*.

-Pues habrá que trabajar, si queremos sorprender dentro de el a ese moro.

-Podéis encontrarlo en otra parte.

-¿Cuándo? -preguntó el Barón con los ojos centellantes.

-Acabo de saber que mañana temprano, para festejar su retorno, Zuleik da una cacería con alanos en las llanuras de Blidah.

-Miguel dijo el Barón-; ¿conocéis ese lugar?

-Sí.

-Entonces, iremos a él.

-¡Demonio! -exclamó el normando-. ¡Mucha prisa tenéis en desembarazaros de ese moro!

-Acaso podamos encontrarlo solo.

-La llanura de Blidah está poblada de bosques y es posible que durante la caza los jinetes se dividan. Pero debo advertiros que jugamos una carta peligrosa y que corremos el riesgo de morir empalados.

El mirab hizo una señal afirmativa.

-Sí -dijo después-; ese moro constituye para vos y para la Condesa el mayor peligro.

-¿Habéis sabido algo de ella? -preguntó el Barón.

-Sé que sigue en el presidio, porque todavía no se ha hecho la elección de esclavos por los agentes del bey y los de Culquelubi.

-¿Es decir, que corre el peligro de ir al harén de uno o de otro?-exclamó el Barón con angustia infinita.

-Se habla mucho de la belleza de la Condesa. En eso estriba su mayor peligro.

-¡Dios mío!

-Acaso sería mejor que fuese elegida por el bey, porque entonces no correría un peligro inmediato.

-¿Creéis que Zuleik pueda arrancarla de sus manos?- preguntó el normando.

-Es posible.

-Entonces -dijo el fregatario- trataremos de sorprender al moro, señor Barón.

-¡Tengo sed de su sangre!

-Pero prometedme que no haréis nada hasta que ye os lo indique.

-Os lo prometo.

-Zuleik os conoce; ¿no es cierto?

-Sí.

-Pues es necesario que no os conozca.

-¿Cómo?

-En esta ermita tengo todo lo necesario para transformar a los fugitivos cristianos en moros, en árabes, y hasta en negros. Miguel lo sabe.

-Todavía me acuerdo -dijo éste- de aquel polaco a quien hicisteis pasar por un *tuareg*.

-Necesitaréis caballos muy ligeros.

-De eso me encargo yo -dijo el normando.

-¿Quieres dinero?

-No lo necesito, *mirab:* lo tengo en abundancia.

-Entonces, vete: son ya las dos, y el alba despunta pronto en Argel.

-Antes de la salida del Sol, estaré de vuelta.

Mientras el valeroso marino entraba en la ciudad, el *mirab* abrió un nicho que encerraba mantos de lana marroquíes, arcabuces; cimitarras; un guardarropa en suma.

El *mirab* sacó algunas de aquellas prendas, y luego dijo, mirando al Barón y a *Cabeza, de Hierro:*

-Os transformaremos en dos verdaderos beduinos.

Después abrió un frasco que estaba lleno de una especie de pomada oscura, y se la mostró al Barón diciéndole:

-Pintaos el rostro, los brazos y las manos, señores. Esta pomada os dará un color que nada tendrá que envidiar al de los hijos del desierto.

El barón y "Cabeza de Hierro" pusieron manos a la obra inmediatamente.

-Ahora nadie creerá que sois blancos -dijo el viejo.

-Pero los árabes no tienen los cabellos rubios -replicó *Cabeza de Hierro*.

-Si no los hay entre los habitantes de Sahara, en cambio no faltan entre los del Riff. ¿Quién os impide pasar por rifeños?

-Es verdad.

-Señor Barón, descansad algunas horas mientras vuelve Miguel -dijo el viejo.

Atrancó la puerta, apagó la lámpara y se acostó. El Barón y Cabeza de Hierro hicieron lo propio, horas después los despertaron sonoros relinchos.

Como había prometido, el normando llegaba conduciendo tres caballos; tres magníficos animales de sangre árabe y perfectamente enjaezados. Todo el mundo conoce el vigor y la ligereza de estos hermosos caballos, que no tienen rival para la carrera.

-¡Hermosas bestias! -dijo el *mirab* después de mirar a los caballos-. ¡Correrán como el viento!

-Tomad este blanco -dijo el normando al Barón-. Su dueño me ha dicho que es el mejor corredor de Argelia.

El *mirab* había vuelto a entrar en la ermita y dijo al Barón y a *Cabeza de Hierro*:

-Disfrazaos con esos trajes.

El caballero y el catalán se vistieron con amplios alquiceles, y después de ponerse en la cintura la cimitarra y la pistola tomaron los arcabuces y saltaron sobre la silla.

-¡Sois un árabe completo! -exclamó el normando mirando al Barón.

-Partid, o llegaréis tarde -dijo el *mirab*-. Proceded con prudencia, y esta noche os espero aquí. Tened cuidado, señor Barón, de no exponeros demasiado y de sorprender a Zuleik solo.

-Tengo su vida en la punta de mi cimitarra! -respondió el joven.

-¡Vela por su vida, Miguel! -murmuró por lo bajo el viejo normando-. ¡Ése joven me da miedo!

-Sabré contenerlo. No lo dejaré hasta el momento oportuno.

Hicieron al *mirab* una señal de despedida y partieron al trote.

CAPITULO III
DOS NUEVOS RIVALES FRENTE A FRENTE

Comenzaban ya a aparecer los primeros rayos del Sol y los tres jinetes llegaron a la llanura de Blidah, en aquel tiempo estaba poblada de bosques de encinas, de palmeras, de higueras de la India y de raros aduares dispersos y habitados por familias de pastores.

En aquellos terrenos abruptos era donde los ricos moros se entregaban a, las carreras desenfrenadas de sus corceles, para correr la pólvora, para adiestrarse en la guerra y en la caza con halcones, diversión reservada a personajes de alta prosapia, a los *caídes*, a los capitanes de las galeras y a los príncipes por cuyas venas corría la sangre de los califas.

Como sucede hoy, la halconería ocupaba un puesto importantísimo entre los entretenimientos predilectos de los moros.

El poseer halcones o galgos para cazar era indicio de nobleza. Un individuo de las demás clases no podía emplear unos ni otros.

Todos los moros ricos tenían sus halconeros, que ocupaban en la caza un puesto predilecto. Pero, cosa extraña, un halcón, por diestro que fuese, no se conservaba de un año a otro. Terminadas las grandes cacerías, que se celebraban por el otoño, aquellas aves rapaces eran puestas en libertad, por más que algunas se pagaban a más alto precio que un buen caballo.

El sistema que empleaban los halconeros para cazarlas era muy curioso. Sabiendo dónde se encuentran, envolvían a un palomo en una sutilísima red de crines que no le impidiese el movimiento, y lo dejaban en libertad.

Los halcones no tardaban en caer sobre él: sus garras se prendían en las mallas de la redecilla, y de este modo eran aprisionados fácilmente.

Cuando el normando y sus compañeros llegaron a la llanura de Blidah, ya había comenzado la cacería. En un vasto espacio cerrado por bosques de palmeras y de encinas, dos docenas de jinetes se habían reunido ya en torno de algunas tiendas levantadas por los esclavos durante la noche.

En medio de aquel brillante grupo de moros y de halconeros, el Barón, que se había detenido en una pequeña altura sombreada por inmensas encinas, descubrió a Zuleik.

El antiguo esclavo de la condesa de Santafiora montaba un Soberbio caballo negro, y tenía en la mano un enorme halcón con la cabeza metida dentro de una caperuza cabalgaba delante de todos.

Al ver a su rival, una oleada de sangre coloreó las mejillas del joven, y sus manos instintivamente empuñaron el arcabuz.

El normando se acercó al Barón con presteza.

-¿Qué hacéis? ¿No veis que son más de veinte? No es éste el momento de obrar.

-¡Sí, tenéis razón! -respondió el joven-. ¡Iba a cometer una imprudencia!

-Tened calma: la ocasión no habrá de faltar. Cuando los batidores hayan descubierto alguna gacela o alguna liebre, los jinetes se verán obligados a dispersarse.

-Decís bien.

-Me parece que por ahora tratan de lanzar los halcones sobre las perdices. Detengámonos aquí y esperemos

Bajaron de los caballos, que ataron al tronco de una encina, y se tendieron sobre la hierba. Desde aquella colina pedían seguir sin fatiga todos los movimientos de Zuleik.

El moro guiaba a sus compañeros hacia una pequeña laguna que se extendía casi bajo la base de la colina, donde revoloteaban algunas becadas.

-Quieren probar la destreza de los halcones -dijo el normando, que ya había asistido a aquel género de cacerías-. Luego empezará la caza de las gacelas, y entonces llegará el momento oportuno para nosotros. Señor Barón, no perdáis nunca de vista a Zuleik.

-No apartaré los ojos de él.

-¡En mal negocio estamos metidos! -dijo *Cabeza de Hierro*-. ¡En este maldito país no hay posibilidad de gozar un momento tranquilo!

La cabalgata, siempre precedida por Zuleik, se había ido en las márgenes de la pequeña laguna, disponiéndose en doble línea, con los halconeros al extremo.

El moro, después de haber observado la presencia de las aves en la laguna, quitó la caperuza al halcón que tenía en la mano. El animal, cegado por la luz, permaneció un momento quieto batiendo las alas; pero a un silbido del halconero, que se había colocado cerca de Zuleik, desplegó el vuelo, levantándose casi verticalmente sobre el de los jinetes a cincuenta metros de altura.

Una becada, descubriéndolo y presintiendo el peligro que le amenazaba, levantó el vuelo tratando de salvarse en la orilla opuesta, donde se descubrían muchas encinas.

El halcón se lanzó a plomo sobre ella, persiguiéndola y acosándola sin descanso. Al verse en peligro, la presa trató de defenderse valientemente con su agudo pico.

Los caballeros excitaban al rapaz, que revoloteaba sin descanso para evitar los picotazos de su enemigo. En aquel momento Zuleik lanzó un segundo halcón, el cual acudió en ayuda de su compañero, terminando aquella empeñada lucha con un terrible picotazo que destrozó el cráneo del pobre animal perseguido.

Apenas había terminado la lucha, cuando en el bosque vecino se oyeron grandes gritos.

-¡La gacela! ¡Pronto, los galgos!

Al oír estas voces los jinetes desaparecieron con la velocidad de la flecha detrás del gracioso y tímido animal, también corría como el rayo.

El normando se levantó en aquel instante.

-Señor Barón -dijo-, dentro de poco todos esos se dispersarán en distintas direcciones, y no será difícil encontrar al moro solo en medio del bosque.

-¡Allá va, mirad! ¡Galopa ya con su halconero hacia aquellas palmeras detrás de una gacela, mientras los demás persiguen a otra!

-¡Sí, ya lo veo! -dijo el Barón.

-¡Venid, conozco estos lugares!

Saltaron sobre la silla y bajaron la colina por el lado opuesto.

Los gritos de los moros se perdían en lontananza, pero el normando había observado con atención el camino tomado por Zuleik siguiendo el bosque hasta alcanzar una nueva colina más alta que la primera para poder observar todas las peripecias de la cacería.

Zuleik, siempre seguido por su halconero, galopaba a cuatrocientos pasos de la colina, tratando de cansar a la gacela fugitiva. Los otros jinetes corrían en diversas direcciones, y algunos de ellos habían desaparecido detrás de las matas.

-¡Lo encontraremos solo! -dijo el normando-. ¡Esto sí que se llama tener fortuna!

-¡Para mí Zuleik, y para vos el halconero! -dilo el Barón-. A *Cabeza, de Hierro* lo tendremos de reserva.

-Vigilaré a los otros -replicó el catalán-. Podemos ser sorprendidos por la espalda. ¿Qué señal debo hacer en ese caso?

-Descargad el arcabuz -respondió el normando-. ¡En marcha, señor Barón!

Volvieron a bajar la colina y se ocultaron entre las palmeras, desde donde oyeron el

galopar de los caballos de Zuleik y del halconero.

-¡Preparaos, señor!

El joven tenía ya la cimitarra desnuda en la mano, y un relámpago de ira iluminaba sus ojos.

-¿Queréis matarlo?

-¡Sí!

-Mejor sería si hacerlo prisionero. Cuando estuviese en muestras manos, podríamos exigir por su rescate la libertad de la Condesa.

-¿Lo creéis así?

-Tratad de desarmarlo mientras yo me desembarazo del halconero.

-¡Preferiría matarlo!

-Cuando la Condesa esté libre. ¡Aquí llega la gacela!

El gracioso animal se lanzaba jadeante en la llanura, con los ojos desmesuradamente abiertos y la piel inundada de sudor. Al notar la presencia de aquellos dos jinetes se detuvo. Aquel movimiento fue aprovechado por sus perseguidores para destrozarla.

En ese mismo instante aparecieron Zuleik y su halconero con los caballos blancos de espuma.

Al descubrir al normando y a su compañero firmes delante de él y con la cimitarra en la mano, el moro detuvo su caballo.

-¿Quiénes sois y qué queréis? -preguntó arrugando el entrecejo y poniendo la mano en el yatagán que llevaba a la cintura.

El Barón se levantó la capucha y dijo:

-¿Me conoces, Zuleik Ben-Abend? ¿Qué es lo que quiero? ¡Tu vida o tu libertad!

El moro permaneció delante de él mudo de asombro: a pesar del bruñido oscuro de la piel había reconocido al Barón.

-¡Vos! ¡Vos aquí! -exclamó, desnudando rápidamente el yatagán.

-¿No me esperabais?

Si el Barón era valeroso, también por las venas del moro corría sangre guerrera.

-¡Ah! ¿Queréis mi vida? -dijo-. ¡A mí, halconero! ¡Acabemos pronto con estos cristianos!

Su compañero era un hombre robusto, digno de medir sus fuerzas con el normando.

Al oír aquella voz se lanzó sobre el Barón; pero el normando se apresuró a colocarse enfrente gritando:

-¡Es conmigo con quien tienes que habértelas!

-¡Huye Malek -gritó Zuleik-, y corre a avisar a los nuestros¡

Pero era tarde para cumplir aquella orden. El normando se había lanzado sobre él, obligándolo a aceptar el combate.

En tanto Zuleik y el Barón se habían acometido con rabia. Ambos eran diestros en el ejercicio de las armas y descargaban uno sobre otro golpes tremendos, haciendo que los caballos se encabritasen para esquivar los tajos.

El moro, más astuto, y contando con la segura llegada de sus compañeros cuando notasen su ausencia, trataba de prolongar la luchar el mayor tiempo posible, y esquivaba con habilidad las acometidas de su adversario obligando a su caballo a huir.

El Barón, que no pensaba en los moros, lo seguía incautamente, gritando:

-¿Tienes miedo, traidor?

Y redoblaba los ataques y los golpes, alejándose cada vez más del normando, el cual luchaba reciamente con el halconero, que se defendía con valentía.

Mientras tanto, Zuleik no cesaba de retroceder; y para ocultar mejor su intento, cargaba de vez en cuando, aunque retrocediendo enseguida.

-¡Aguarda! -gritaba el Barón, exasperado por aquella maniobra-. ¡Si es cierto que corre por tus venas sangre de los califas, atácame, cobarde! ¡Eres un vil y no un guerrero!

-¡Todavía no me has tocado!

-¡Porque huyes!

-¡En el momento oportuno te mataré!

-¡Eres un cobarde, digno de llevar en las manos una *tiorba* en vez de un yatagán!

Al oír aquel insulto espantoso, el moro lanzó un rugido de fiera. Con un espolazo hizo avanzar a su caballo, y descargó sobre el caballero un tajo terrible.

Pero el Barón lo paró con rapidez, y contestó con una estocada que tiñó ligeramente de sangre la cota de malla de Zuleik.

-¡Tocado! -gritó.

En aquel instante llegaba el moro, retrocediendo siempre, a los límites del bosque, y con una rápida mirada pudo descubrir a un caballero que avanzaba a orillas de la laguna.

Entonces lanzó un grito terrible:

-¡Amigos, a mí!

En el mismo instante el halconero caía al suelo con el cráneo destrozado por un terrible tajo de cimitarra, mientras en la cumbre de la colina resonaba el estrépito de un arcabuzazo disparado por *Cabeza de Hierro*.

El normando, que al desembarazarse de su enemigo había perdido de vista al Barón, espoleó a su caballo para correr en su ayuda; pero, apenas hubo recorrido cincuenta pasos oyó en torno suyo gritos furiosos:

-¡Barón -gritó-, huid!

Ocho jinetes, entre moros y halconeros, habían aparecido de repente cortándole el paso.

Aprovechándose de su sorpresa, recogió las bridas, plantó las espuelas en el vientre del caballo y partió al galope pasando como un huracán por entre los jinetes. Así se lanzó en el bosque, gritando desesperadamente:

-¡Barón, Barón!

Pero el joven tenía que habérselas en un momento con cuatro o cinco halconeros que habían acudido a las voces de Zuleik.

Con ímpetu irresistible cayó el normando sobre el grupo y acuchilló a diestro y siniestro; después, tomando por las bridas el caballo del Barón, le gritó:

-¡Señor! ¡Nos cargan también por la espalda!

Zuleik había reunido a los halconeros, gritándoles a su vez:

-¡A ellos! ¡Cien zequíes al que prenda al joven!

El normando y el Barón estaban ya distantes, y galopaban en la llanura dirigiéndose a la Blidah.

A espaldas suyas galopaban furiosamente moros y halconeros sin dejar de gritar:

-¡A ellos! ¡Mueran los cristianos!

-¡Tratad de mantener los bríos de vuestro caballo! -dijo el normando-. ¡Detrás de nosotros viene una jauría de perros hidrófobos!

-¿Y *Cabeza de Hierro*?

-¡Que el diablo cargue con él! ¡Nos dio la señal cuando ya estábamos cercados!

-¡Y Zuleik se me ha escapado!

-Os ha engañado con una habilidad satánica.

-¡Es cierto!-replicó el capitán de la *Sirena*-. ¡Es la tercera vez que se libra de mi espada!

-Por fortuna, nuestros caballos todavía están en disposición de correr.

-¡Ah; si pudiera atravesarle el corazón! ¡Es necesario que muera!

-Especialmente ahora, que sabe que estáis en Argel no dejará de echarnos encima a todos los esbirros de Culquelubi. Pero, si conseguimos huir de nuestros perseguidores, tomaremos el desquite. ¡Cómo galopan esos condenados! ¡Tratan de cazarnos antes de entrar en la ciudad! ¡Hay que huir por el campo hasta que llegue la noche!

-¿Resistirán nuestros caballos?

-No son inferiores a los suyos, y los imitaremos en astucia. Conozco el país y los haremos trotar mucho. Procuremos por el momento adelantar camino.

CAPÍTULO IV
LA CAZA DEL BARÓN

Capitaneados por Zuleik, los moros se habían puesto a la caza y trataban de obligar a los fugitivos a refugiarse en la ciudad para prenderlos entre dos fuegos.

Jinetes admirables todos ellos, devoraban el espacio con fantástica rapidez, excitando a los caballos sin cesar con la voz y con las espuelas, y sin detenerse un solo instante delante de los obstáculos que presentaba el camino.

El espectáculo que ofrecía aquel grupo de caballeros con sus flotantes vestiduras centelleantes de oro y plata era verdaderamente espléndido.

Maniobraban con habilidad maravillosa, salvando con inaudita rapidez las riberas, las peñas y las malezas, y hasta los troncos de los árboles, sin vacilar, sin detenerse como si sus caballos tuviesen alas.

Pero el normando, que los conocía, imitaba su astucia y su destreza. Seguro de contar con caballos no inferiores a los de sus enemigos, no economizaba espolazos ni voces, procurando especialmente conservar la distancia.

Después de haberse dirigido hacia Argel se había arrojado repentinamente en medio de un bosque de encinas, descendiendo por de pronto en dirección del Este para volver al sur, donde ya no corría el peligro de ser pillado entre dos fuegos.

Aquella maniobra, realizada a la sombra de los árboles tuvo éxito feliz.

Los perseguidores, creyendo que habían continuado su fuga en línea recta, proseguían la carrera en esta dirección, y no advirtieron el engaño hasta salir al llano. Pero no por eso se desanimaron: confiando en la resistencia de sus cabalgaduras retornaron juntamente hacia el Sur rodeando el bosque, y así pudieron descubrir al Barón y al normando que galopaban con el propósito de ganar las colinas que existían detrás de Medea, apoyándose en el Keliff, el río más importante de Argelia.

-¡Nos han visto! -rugió el normando-. ¡Será difícil que nos libremos de esos perros!

-¿Y adonde me conducís? -preguntó el Barón.

-Trato de llegar a las montañas. Hay que evitar los poblados.

-Veo unos alminares hacia la izquierda.

-Son los de la mezquita de Medeah. ¡Hay que huir de ese punto!

-¿Y hasta cuándo continuaremos esta carrera endiablada?

-Todo el tiempo que puedan resistirla nuestros caballos.

-¿Resistirán más que los suyos?

-Por ahora no dan señales de fatiga.

-¿Y no volveremos a Argel?

-Trataremos de hacerlo por la noche.

-¿Y el pobre *Cabeza de Hierro*?

-Ya sabrá ponerse a salvo.

-Estoy seguro de que en ese caso galopa hacia Argel para prevenir al *mirab*.

-Nada puede hacer ahora por nosotros.

-¡Quién sabe!

-¡Demonio! ¡Espolead, señor Barón; los moros nos ganan terreno.

En efecto los moros furiosos por el engaño, habían lanzado sus caballos al galope para evitar que el normando pudiera lograr su intento de internarse en las montañas.

La región que en aquel momento atravesaban los fugitivos era áspera y salvaje. En lontananza sólo se veían de vez en cuando varios grupos de tiendas que constituyen los aduares de aquel país, habitados por pastores o kabileños nómadas.

En cambio abundaban por todas partes matas de áloes, higueras chumbas, de palmeras y de acacias, diseminadas acá y allá en un terreno casi estéril quemado por Sol.

El normando y el Barón continuaban su carrera loca hacia las colinas, cuyos llanos estaban cubiertos de bosquecitos de encinas, y donde confiaban en borrar sus huellas.

Pero los pobres caballos comenzaban a dar evidentes muestras de fatiga; poco a poco perdían su impetuosidad, y andaban jadeantes, estremeciéndose continuamente con un temblor incesante.

El rostro del marino empezaba a oscurecerse.

-Señor de Santelmo -dijo-, esta carrera ya no puede durar mucho.

Y al decir esto se volvió sobre la silla para mirar a sus enemigos, que formaban una larga línea en el horizonte, porque la mayor parte de ellos quedaban rezagados. Solamente cinco o seis, capitaneados por Zuleik, se mantenían agrupados; precediendo a los demás.

-Nos veremos obligados a hacerles frente -dijo el normado.

-¡Mejor!

-Por ahora tratemos de llegar a la cumbre de aquella colina; luego veremos lo que habrá de hacerse.

La subida fue penosa. Sin embargo, no interrumpieron su carrera.

Hacia el mediodía, y con un esfuerzo desesperado, alcanzaron la altura, deteniéndose de común acuerdo. Los caballos estaban cubiertos de espuma e inundados de sudor.

-Es necesario un breve reposo -dijo el normando-, Barón, tratemos de detener por unos momentos a condenados moros.

Zuleik y sus compañeros estaban cerca; pero se veía que sus caballos tampoco podían andar más.

El normando tomó del arzón su arcabuz, imitándolo el Barón

-¡Apuntad a los caballos! -le dijo.

Los seis moros se presentaban de frente y ofrecían un buen blanco.

Al ver que les apuntaban, encabritaron a los caballos.

La doble descarga fue seguida de un rugido de furor.

Dos caballos habían caído muertos, arrastrando en pos de sí a los jinetes que los montaban.

Los otros no se detuvieron; continuaron avanzando.

-¡Pronto, señor! -gritó el normando saltando sobre los estribos-. ¡No hay tiempo para volver a cargar!

Y salieron a escape por la vertiente opuesta.

A la mitad de ella oyeron un vocerío ensordecedor. Eran los moros, los cuales con un esfuerzo supremo habían llegado a la cima, descendiendo como una bandada de cuervos.

El normando se puso pálido.

-¡Nuestros caballos no pueden más! -dijo el Barón

-¡Pues es forzoso que bajen!

-Se nos echarán encima.

-¡ Espolead!

-¡Eso hago!

-¡Por Cristo!

-¡Por las barbas de Mahoma!

-¿Qué pasa?

-¡Nos cercan!

-¿Quién?

Un inmenso griterío resonó hacia otra parte de la colina; un griterío feroz, como de gentes salvajes.

Un grupo de jinetes con amplias capas blancas y turbantes apareció repentinamente por una garganta de la cumbre.

Todos iban armados con lanzas y yataganes.

-¡Los kabileños! -exclamó el normando.

-¿Otros enemigos?

-¡Y feroces! ¡Hay precisión de que nos separemos! Mientras yo trataré de hacerme seguir por las cavilas hacia el este, vos intentaréis volveros hacia el Sur. Sí no muero, nos veremos en Argel. ¡Adiós!

Y el bravo normando sin aguardar respuesta, se lanzó paralelamente a la colina tratando de llegar al bosque.

Las kabilas, prevenidas por sus gritos, se lanzaron en pos de él con rugidos espantosos.

El Barón permaneció solo ocultándose en la estrechura, mientras los moros daban gritos de triunfo.

El joven atravesó toda la garganta y desembocó en una llanura.

A espolazos hizo saltar a su caballo tres o cuatro hondonadas, tratando de ocultarse entre la maleza; pero de pronto el animal se detuvo y se dejó caer lanzando un relincho de agonía.

El Barón se puso en pié, teniendo la cimitarra en la mano derecha y una pistola en la izquierda.

-¡Adiós para siempre, Ida! -murmuró.

Dos moros se disponían a embestirlo con el yatagán alzado.

El Barón, rápido como el relámpago, evitó el golpe y disparó la pistola sobre uno de sus enemigos precipitándolo de la silla del caballo.

El otro se arrojó sobre el joven gritando:

-¡Ríndete, o te mato!

-¡Toma perro infiel! -respondió el Barón.

Pero el argelino evitó el golpe, y ágil como una pantera saltó sobre él estrechándolo entre sus brazos. Ambos lucharon cuerpo a cuerpo unos momentos, y al fin cayeron en tierra.

En aquel momento llegaba Zuleik y sus compañeros.

Uno de ellos saltó a tierra y levantó el yatagán sobre la cabeza del Barón. Un grito de Zuleik lo contuvo.

-¡Nadie lo toque! ¡Ese cristiano me pertenece!

Por fin pudieron sujetar al Barón.

El desgraciado había lanzado un rugido de furor gritando:

-¡Malditos infieles!

Después volviéndose a Zuleik, le dijo:

-¡Toma mi vida, esclavo!

-Un descendiente de los califas mata en el combate, pero nada más.

-¿Generoso tú? -exclamó el Barón con ironía.

-¿Por qué respetas a ese perro? -preguntó uno de los moros dirigiéndose a Zuleik.

-Este hombre me pertenece, y nadie tiene derecho sobre él.

Luego volviéndose hacia el caballero, le dijo:

-Señor de Santelmo, me daréis vuestra palabra de honor de no intentar huir, por lo menos hasta que lleguemos a Argel.

-Me haréis empalar: ¿No es eso?

-No he dicho semejante cosa.

-Tenéis mi palabra.

-Montad y seguidme.

Le dieron el caballo que había pertenecido al muerto.

Subía en silencio la colina. Ya no se veía a los kabileños ni al normando, ni se oía el griterío de aquellas gentes.

-¿Quién estaba con vos? -preguntó Zuleik.

-No puedo decíroslo.

-¿un cristiano?

-¿Qué os importa?

-Podría tratar de salvarlo.

-¿Para perderlo más tarde?

-Como gustéis.

Bajaron la vertiente, y después de dar Zuleik algunas órdenes a sus gentes prosiguieron la marcha.

El prisionero se mantenía silencioso, y miraba a todas partes para ver si descubría a *Cabeza de Hierro*; pero aún estaba mucho más inquieto por el normando que para salvarlo de las garras de sus perseguidores no había vacilado en atraer sobre sí a todos los kabileños.

Absorto en sus pensamientos, ni siguiera advirtió que se acercaban en dirección de Argel, cuyos alminares aparecían ya muy distintamente.

-¿Adónde me conducís? -preguntó a Zuleik-. ¿Al palacio de Culquelubi quizás?

El moro hizo un gesto negativo con la cabeza.

-¿Al presidio?

-A mi casa.

-¿Para hacerme empalar por vuestros esclavos?

-No soy verdugo.

-En suma, ¿Qué pretendéis de mí?

-Os lo diré más tarde.

Continuaron su camino y descendieron hacia la parte central de la Ciudad.

De pronto, el Barón se estremeció y apenas pudo contener un grito. Dos negros de estatura colosal acababan de incorporarse al grupo. Eran los mismos que le habían prestado ayuda en su lucha con los beduinos.

-¿Velarán por mí? -se decía.

En aquel momento Zuleik, después de atravesar una plaza espaciosa, se detenía delante de un palacio monumental del más puro estilo morisco, ante cuya puerta estaban de

centinela cuatro negros armados de alabardas.

CAPÍTULO V
LOS MISTERIOS DEL PALACIO DE BEN-ABEND

La amplitud y riqueza de aquel palacio daban una idea exacta del poder y del puesto elevadísimo que ocupaba el antiguo esclavo de la Condesa da Santafiora.

Como todas las moradas moriscas eran de forma cuadrada, sin ventanas externas y estaba circundada por espléndidas galerías de piedra blanca con columnatas ligeras y arcadas dentadas; tenía terrazas sombreadas por palmeras, y en los cuatro ángulos alminares de cúpulas doradas.

Una amplia puerta morisca conducía al patio interior, todo pavimentado de mosaico verde y cubierto de ricos tapices de Rabat resplandecientes de oro y plata. En el centro, una hermosa fuente con tres surtidores mantenía una deliciosa frescura.

Negros vestidos con ricos trajes, esclavos blancos y guardias armados paseaban bajo los pórticos, mientras en las terrazas resonaban tamboriles y *tiorbas* y rumores de voces argentinas.

Zuleik entregó su caballo a un escudero y después dijo al Barón, que miraba atónito tantas maravillas.

-Bajad. caballero: estáis en mi casa.

El prisionero obedeció sin decir una palabra.

Zuleik despidió con un gesto a los servidores que habían formado su escolta, y entró en una sala baja que recibía la luz por algunas claraboyas resguardadas por cortinas de seda para atenuar los rayos del Sol.

Alrededor de ella se veían ligeros muebles de ébano cubiertos de telas espléndidas. Grandes espejos de Venecia adornaban las paredes alternando con hermosos tapices de Persia, de Marruecos y de Esmirna.

Después de haber cerrado la puerta, Zuleik se había detenido delante del Barón y le dijo a quemarropa:

-En vuestras manos está vuestra suerte; es decir la vida o la muerte. Ahora Elegid.

-Espero que os expliquéis -replicó el Capitán un poco sorprendido por aquel exordio.

-¿Qué habéis venido a hacer aquí, en la roca del Islam?

-Vos lo sabéis sin necesidad de que yo os lo diga.

-¿Buscar a la mujer a quien amo?

-Vengo a buscar mi prometida, a la dama que habéis robado; después de cometer una infame traición - respondió el caballero.

-¿Conque tanto la amáis?

-¡Más que vos!

-¡No! -dijo el moro con vehemencia salvaje-. ¡Ningún ser humano puede haber amado a esa mujer como yo la amo! Si las miradas de esa muchacha no me hubieran fascinado ¿creéis que habría permanecido tres largos años en la esclavitud tocando la *tiorba* como un miserable juglar?

El Barón permaneció silencioso.

-Diez veces las naves enviadas por mi Padre, que anhelaba verme y que ha muerto de dolor por mi ausencia, se habría apoderado secretamente del castillo para conducirme a palacio, y diez veces yo, Zuleik, he renunciado a mi libertad para permanecer esclavo cerca de esa mujer, que para mí lo representaba todo: patria, libertad, honores y vida.

El Barón permanecía silencioso.

-Otro hubiera huido; otro hubiese despedazado sin vacilar sus cadenas: yo permanecí esclavo, por el temor de no ver más a aquella muchacha, sin la cual la vida me parecía abominable.

-¡Y esa mujer la habéis robado! -dijo por fin el caballero con voz ronca.

-Los cristianos me habían robado a mí -replicó Zuleik-. Por otra parte, vos hubierais hecho lo mismo al saber que la mujer amada iba a ser esposa de otro.

-¿Os dijeron que yo Volvía al castillo?

-Me lo dijeron, y por eso precipité los acontecimientos. Todo estaba dispuesto por nuestra parte para sacarme de la esclavitud; ya hacía más de un mes que las galeras navegaban por alta mar en espera de mis órdenes y que yo cambiase señales con la falúa.

-¿Quién os había advertido que mi barco se encontraba en las costas de Cerdeña?

-Un pescador.

-¿Y llegasteis a creer que la Condesa consentiría en ser vuestra esposa?

-La habría obligado a serlo

-¿La mujer de un infiel?

-¿Y si yo hubiese renegado de la religión de mis padres? Por ella me sentía capaz da todo.

El Barón lo miró con espanto.

-¿Vos, un descendiente de los califas? -exclamó.

-¡Lo haría sin vacilar!

-Por fortuna, esa mujer no será nunca vuestra.

Un relámpago de ira brilló en los ojos del moro.

-¿Quién se atreverá a disputármela?

-¡Yo!

-Me parece que olvidáis que estamos en Argel! -replicó Zuleik con ironía-. Y hasta parece que habéis olvidado también que sois un cristiano, y que ahora mismo podría arrojaros en manos de un verdugo, que no respetaría vuestra vida, ¿Dónde estaría entonces mi rival?

El Barón experimentó un estremecimiento.

-¿Seríais capaz de hacer eso? -murmuró.

-Y más todavía -añadió Zuleik-. Cuando se encuentra un obstáculo que se opone a la felicidad, se lo suprime.

-¿Qué queréis hacer de mí, puesto que ahora constituyo un obstáculo?

-De vos depende salvar la vida o perderla.

-No os comprendo -dijo el Barón.

-En vuestro país las mujeres no faltan. Sois joven y el porvenir es vuestro. ¿Porqué morir cuando la vida es hermosa? Si queréis, esta noche una falúa os llevará a Italia.

-¡Partir! -exclamó el Barón-. ¡Renunciar a Ida!

-¿Preferís morir? Pues una sola palabra dicha a Culquelubi basta para eso. Elegid, pues, señor de Santelmo.

Al pronunciar estas palabras, el rostro del moro había cambiado. En sus negros ojos brillaba un relámpago siniestro.

En la sala reinó por algunos instantes un profundo silencio, interrumpido solamente por el rumor del hilo de agua al quebrarse en su recipiente de alabastro.

El Barón miraba a Zuleik con abatimiento, con los ojos dilatados, sin respirar.

-¡Partir! -repitió -. ¡Partir sin ella! ¡No, eso nunca! ¡Prefiero la muerte!

El moro no contestó; pero poco a poco el relámpago de ira que iluminaba sus ojos y la salvaje expresión de su rostro se desvanecían.

-¿No queréis partir? Pensad que es la vida lo que os ofrezco.

-¡Que sería la vida para mí sin la mujer a quien amo?

Zuleik hizo un gesto de impaciencia.

-Por salvarla de la esclavitud que la amenazaba no vacilado en abandonar mi galera para venir aquí, a país enemigo, pronto a desafiar la muerte y los más atroces tomentos. El sacrificio de mi vida estaba hecho. ¿La queréis? Pues bien; tomadla. Pero partir sin ella, ¡eso jamás! Cuando sepa que me habéis matado, os odiará más. ¡Esa será mi venganza!

-¿De modo que preferís morir?

-Asesinadme, si así os place: un Santelmo mira a la muerte sin palidecer.

-Os concedo un plazo de tres días para decidiros. Quería salvaros, y vos os oponéis a ello. ¡Que se cumpla vuestro destino!

-¡A ese precio, la vida me sería insoportable! -replicó el Barón.

Zuleik abrió la puerta y llamó.

Aparecieron dos hombres de aspecto feroz armados cimitarras.

-Conduciréis a este hombre a la sala de la fuente Azul. Dentro de tres días volveremos a vernos. La noche es buena consejera. Durante este tiempo mi falúa estará dispuesta para conduciros a Italia.

-Gracias -respondió el caballero-; pero el plazo es inútil. Mas, aunque yo muera, otros libertarán a la Condesa de Santafiora.

-¿En quién confiáis? -preguntó Zuleik haciendo señas a los dos guardias para que salieran.

-En amigos fieles que lo intentarán todo para libertar de la esclavitud a la Condesa.

-¿Renegados, o fregatarios?

-Lo sabréis cuando los tengáis frente a frente -respondió el Barón.

Una viva curiosidad se pintaba en el rostro del moro.

-¿Acaso contáis con el hombre que os acompañaba?

-Y con otros más poderosos.

-¡Conoceré los nombres de vuestros cómplices!

-¿De qué modo?

-¡Los arrancaré de vuestros labios!

-¡Lo veremos!

-¡Dentro de tres días!

Los dos guardianes, que habían vuelto a entrar, tomaron por los brazos al caballero, que se dejó llevar sin oponer resistencia.

Al salir lanzó una mirada en torno suyo. Apoyados en la balaustrada de la fuente había visto dos negros que hablaban en voz baja

Eran los mismos que lo habían seguido con tanta obstinación después de su encuentro con la dama misteriosa. ¿Cómo se encontraban allí? El hecho le pareció muy extraño y no acertaba a explicarse su presencia en aquel sitio. Al verlo pasar le dirigieron una sonrisa.

Sus guardianes le hicieron subir por una escalera de mármol que conducía a los pisos superiores, después lo llevaron a través de varios corredores iluminados por estrechas

ventanas moriscas, hasta que lo hicieron entrar en una vasta sala que recibía la luz por una sola claraboya situada en medio del techo.

También aquella sala era riquísima y elegante. En el centro una pequeña fuente murmuraba, lanzando un surtidor en un recipiente de porcelana azul.

Apenas lo habían introducido en la estancia, los dos guardianes se habían retirado dejándolo solo.

El Barón se dejó caer en un diván con visibles muestras de cansancio.

Entonces, que no tenía delante a Zuleik, todas sus energías parecían haberlo abandonado.

Mucho rato permaneció inmóvil, sumergido en sus dolorosos pensamientos, y acabó por recostarse en el diván.

La noche ya había caído, cuando una voz dulce, casi trémula resonó en la sala y lo sacó bruscamente de sus tristes meditaciones:

-¡Pobre joven!

Estas palabras, pronunciadas en lengua italiana y que parecían salir de labios de una mujer, habían llegado perceptiblemente a sus oídos.

Se había incorporado mirando en torno suyo con el mayor estupor. ¿Quién había pronunciado aquella frase? Estaba casi seguro de no haberse engañado, porque ni siquiera había cerrado los ojos.

Un rayo de luna que entraba por la abertura de la bóveda iluminaba un ángulo de la estancia, pero todo lo demás estaba sumergido en la mayor oscuridad, que no permitía distinguir las paredes de aquella suntuosa prisión.

Estuvo durante algunos momentos escuchando, y por último se convenció de que había sido víctima de alguna alucinación de los sentidos.

-¡Sí, me habré engañado! -dijo-. Y además, ¿quién podría compadecer a un cristiano?

Pero, apenas había murmurado estas palabras, cuando un perfume delicioso, como de ámbar, se esparció por la sala.

El Barón se puso en pie presa de una viva emoción, porque aquel perfume le recordaba el del billete llevado por los negros después de la muerte del beduino.

-¿Dónde estoy? -se preguntó-. ¿Será ésta la morada de aquella dama misteriosa que me hacía seguir por dos negros? ¡Pero no estoy loco! ¡Este es el palacio Zuleik!

Se había acercado a la fuente, que continuaba susurrando. A pesar suyo se sentía invadir por un supersticioso terror. Hasta le pasó por la cabeza la idea de que Zuleik había elegido aquel perfume para asfixiarlo.

-¡Todo es posible con tales enemigos!-dijo.

Y no le faltaba razón para expresarse así, porque el perfume aumentaba y se sentía dominado poco a poco por una somnolencia irresistible. Ya no era el ámbar sólo. Alguna otra esencia debía haberse unido a él, más penetrante, más intensa.

El Barón sentía la cabeza más pesada a cada instante. No pudiendo mantenerse en pie, se acostó en el diván que todavía vislumbraba en la penumbra.

-¡Me matarán! -pensó, estremeciéndose de angustia.

En vano trató de luchar contra aquel aniquilamiento de su ser. Le acometió un sopor irresistible, y no obstante sus ojos permanecían abiertos, fijos sobre el haz de luna que descendía de la bóveda haciendo centellear el mosaico del pavimento.

De pronto, en medio de aquel rayo azulado, vio aparecer una forma humana. Trató de levantarse; pero le fue imposible. Y, sin embargo, aun estaba despierto, porque veía y oía.

Aquella forma humana permaneció inmóvil durante un momento, irradiando en torno suyo un centelleo vivísimo, como si el blanco velo que la envolvía estuviese sembrado de perlas y de diamantes. Luego, aquella sombra se inclinó sobre el Barón y murmuró a su oído.

-¡Pobre joven!

El barón trató de alzar los brazos para tomar a aquella misteriosa criatura; pero sus fuerzas lo abandonaron por completo, y sus párpados se cerraron pesadamente como si fueran de plomo.

Dormía, mientras sólo el dulce murmullo del agua interrumpía el silencio que reinaba en la sala.

CAPÍTULO VI
UNA LUCHA DE TITANES

Un altercado que parecía haber surgido en la habitación próxima a la que le servía de prisión lo despertó día siguiente.

Se oían voces roncas de negros y berberiscos, entre las frases pronunciadas por otra voz en italiano y en español, y gritos agudos mezclados con amenazas que parecía no tener fin.

-¡Adelante, perro cristiano!

-¡El perro lo serás tú, cara de mono!

-¡Sal de aquí, o te molemos a palos!

-¡Sois unos canallas, y yo soy un caballero! ¡Si tuviese aquí mi maza!

-¡Ea, largo!

-¡Quiero ver a mi amo!

-¡Ah! ¿Luego confiesas que eres cristiano?

-¡De ningún modo! ¡Soy partidario de Mahoma!

-¡Si no sabes una palabra de árabe!

El Barón, aunque aturdido todavía por el efecto del perfume, se había acercado a la puerta, porque acababa de reconocer aquella voz.

-¡*Cabeza de Hierro*! -dijo palideciendo-. ¡Ese tupido se ha dejado prender!

La puerta se abrió en aquel momento, y el infortunado catalán había ido rodando como una bola.

-¡Granujas! -exclamó furibundo el pobre hombre.

-¡Cabeza de Hierro! -dijo el Barón poniéndose delante de él.

-¡Por San Jaime bendito! ¡Mi amo! -exclamó el catalán levantándose del suelo con una rapidez inverosímil en aquel volumen-. ¿Vos, señor Barón?

-¿Invocando los santos, pretendes pasar por un buen musulmán?-replicó el Barón, que no pudo contener una sonrisa.

-¿Vos? ¿Sois vos? ¡Decidme que no sueño!

-¡Pues sería preferible que soñases! ¡Estamos en las manos de Zuleik!

-Ya lo sé. Él fue quien me reconoció. ¡Maldito moro!

-¿Y como te dejaste prender? ¡Te creía ya a salvo!

-¡Ay, señor Barón; no tenemos suerte en esta condenada tierra! ¡Si tuviera la maza!

-¿Y que hiciste del arcabuz?

-¿Creéis que no me he defendido? No sé el número de halconeros que ya había derribado . . .

-¿Son los halconeros los que te han puesto preso?

-Sí señor Barón. Al veros descubierto permanecí escondido en la cumbre de la colina, pensando que os sería más útil libre que prisionero.

-La prudencia nunca es demasiada -dijo irónicamente el Barón.

-Os había visto retornar entre Zuleik y los moros; pero no me atreví a presentarme. Por otra parte, nada habría podido hacer solo.

-Lo creo.

-Hacia la noche, creyendo que todos se habían alejado, dejé el escondite para volver a Argel y advertir la desgracia a los marineros de la falúa, cuando cayeron inopinadamente

sobre mí los halconeros de Zuleik, que también volvían a la ciudad llevando un muerto.

-¿Y te prendieron?

-No sin una empeñada lucha. Me defendí como un león, todavía más como un tigre.

-¡Deja las fieras a un lado!

-¿No creéis lo que os digo? ¡Un Barbosa! . . .

-¡Acaba!

-Me descargaron sobre el cráneo un culatazo terrible. Si mi cabeza no fuese de hierro, a estas horas no viviría. En vano grité que era un buen musulmán adorador de Mahoma: aquellos miserables no quisieron darme crédito, y me condujeron a este palacio, donde me presentaron a Zuleik.

-¿Te reconoció?

-Enseguida, aunque quise dar a mi rostro una expresión feroz.

-Y del normando, ¿has sabido algo?

-¿No está aquí? -exclamó *Cabeza de Hierro*.

-No: se escapó corriendo llevando detrás un pelotón de kabileños.

-Entonces, lo habrán matado.

-Eso es lo que ignoro.

-¿Y qué van a hacer de nosotros?

-No hay que desesperar: aquí hay alguien que nos protege.

-¿Quién es?

-No sé quién es; pero sospecho que puede ser la dueña de aquellos dos ojos negros. ¡Juraría haberla visto anoche!

-¿Dónde?

-Aquí.

-¡Oh!

-Estaba a punto de dormirme aturdido por no sé que perfume, cuando se me apareció en ese ángulo.

-¿Y qué os dijo?

-Se me acercó diciendo: ¡pobre joven!

-¿No lo habréis soñado, señor Barón?

-No: tenía los ojos abiertos, y sentí su aliento rostro.

-¿Era hermosa?

-No lo sé, porque estaba envuelta en un velo blanco.

-Acaso fuese un fantasma.

-Te digo que era de carne y huesa

-¿Y no la agarrasteis?

-No podía moverme.

-¿Y luego?

-Ya no recuerdo más.

-¿Estará esta habitación poblada de fantasmas -dijo *Cabeza de Hierro* lanzando en torno suyo una mirada de terror

-¡Bah!

-Y de la Condesa, ¿No sabéis nada? ¿No os dijo algo

Al oír estas palabras una profunda tristeza se difundió por el rostro del Barón.

-¡No me hables de ella! ¡Temo que esté perdida para mí!

-Pero, ¿Y el normando?

-¿Quién me garantiza que aun esté vivo?

-¿Y el jefe de los derviches?

-Nadie le habrá informado de nuestra captura.

-¿Dónde acabaremos, pues?

El Barón no respondió: se había dejado caer de nuevo en el diván.

-¡Pobres de nosotros! -suspiró el buen catalán.

Y al ver que el Barón permanecía silencioso se sentó a su lado, forjando en su imaginación los más absurdos proyectos para salvar la piel.

Así transcurrió media hora, cuando les pareció oír en el patio ruido de caballos, gritos amenazadores y como rumor de lucha.

-Señor -exclamó *Cabeza, de Hierro*-, ¿qué es lo que sucede? ¡Cualquiera diría que combaten!

En aquel momento se oyeron disparos de arcabuz que hicieron temblar los vidrios de la bóveda.

-¿Quién puede asaltar la morada de Zuleik, de un príncipe? -dijo el Barón.

-Acaso sea el normando que viene a libertarnos a la cabeza de sus marineros.

-¡Es imposible! ¡Tomar un palacio por asalto en el centro de Argel! ¿Quién intentaría semejante locura?

De pronto palideció.

En el patio se oían gritos furiosos:

-¡Queremos al cristiano! ¡Así lo manda Culquelubi!

-¡Alguien nos ha delatado! -exclamó él Barón-, y vienen a arrestarnos.

-¿Quién? -dijo temblando el catalán.

-¡Los soldados de Culquelubi!

-¿De la “Pantera de Argel”? ¡Misericordia! ¡Todo ha concluido para nosotros! ¡El delator es Zuleik!

-¡Calla! No; Zuleik no puede haber hecho eso, puesto que sus siervos oponen resistencia. Deben haber sido los moros que lo acompañaban.

El griterío y el estrépito se acercaban. De cuando en cuando se oía algún disparo de arcabuz.

El Barón escuchaba, mientras el catalán repetía:

-¡Somos muertos!¡ Muertos somos!

Algunas personas subían por la escalera de caracol gritando siempre:

-¡El Cristiano!

El Barón había arrojado en torno suyo una mirad buscando un arma para hacerse matar antes de caer vivo en las garras de la *Pantera de Argel*, cuya ferocidad era notoria en toda Europa.

-¡Nada! -exclamó-, ¡A mí, *Cabeza de Hierro*¡ ¡Atranquemos la puerta!

Apenas había dicho esto cuando la puerta fue derribada bajo un choque irresistible, y un torrente de jenízaros inundó la sala.

-¡Aquí está! -gritaron-. ¡Ah, y aun hay otro! ¡Doble Presa!

Los jenízaros se disponían a precipitarse sobre los prisioneros, cuando una voz imperiosa gritó:

-¡Deteneos! ¡No se viola el asilo de una descendiente de los califas!

Una mujer de extraordinaria belleza había entrado repentinamente en la sala por una puerta secreta, y se puso delante del Barón. Cuatro negros de estatura colosal, armados con pesadas mazas de acero la acompañaban llevando, además, dos enormes mastines.

El Barón no pudo contener un grito de estupor. En aquella mujer había reconocido a la dama que encontraron cerca de la mezquita.

Aquella mora, que era el tipo perfecto de las mujeres de su raza, no tenía más veinte años. De estatura más bien elevada y de rostro encantador; vestía con elegancia el mismo traje árabe que llevaba el día que el Barón la vio por primera vez. Pero como no llevaba velo ni turbante, podían verse sus ojos negrísimos, sombreados por largas pestañas, y su opulenta cabellera, recogida en gruesas trenzas y en parte realzada sobre la frente, donde estaba sostenida por dos peinetas de oro.

-¡Amina! !La visión de ayer noche! -murmuró el Barón.

La joven dama había contenido a los jenízaros con un gesto imperioso.

-¿Qué hacéis aquí? ¿Es que ya no se respeta en Argel a las princesas moras?

Entre los jenízaros hubo un momento de vacilación.

La belleza, la audacia de aquella mujer, y sobre todo la alta posición que ocupaba, habían causado un profundo efecto hasta en aquellos feroces soldados, acostumbrados a seguir ciegamente las órdenes del terrible Capitán General de las galeras argelinas.

Pero aquella vacilación no debía durar mucho. El oficial que mandaba a los jenízaros avanzó unos pasos, diciendo con voz resuelta:

-Yo debo obedecer las órdenes del General. Estos dos hombres son cristianos, y hasta fregatarios, y debo conducirlos a su presencia,

-¡Mientes como un kabileño! -dijo la dama- ¡Estos hombres son musulmanes!

-¡Pues que lo prueben delante de Culquelubi!

-Y no es todo -continuó la Princesa-. Estos hombres me pertenecen, y, cristianos o musulmanes no saldrán del palacio del Príncipe Ben-Abend. ¡Que llamen a mi hermano!

-Ha partido esta mañana -dijo un criado- y no sabemos donde ha ido.

-Pues, entonces, en su ausencia mando yo, y os ordeno que salgáis de mi palacio y que digáis a Culquelubi que una princesa de Ben-Abend no cede a sus caprichos ¿Me habéis oído?

-Señora -respondió el oficial-, nadie ha osado resistir a las órdenes del General.

-¡Seré yo la primera!

-¿Queréis obligarme a emplear las armas? Vuestros criados han tratado ya de resistir, y algunos han pagado con la vida tal audacia.

-¡Amenazas a mí! -gritó la dama.

-Os digo que he recibido la orden, y que la cumpliré.

-¡Pues intentad prenderme!

-¡Jenízaros, preparad las armas!

La Princesa se puso pálida, más de indignación que de temor.

El Barón, que hasta aquel momento había permanecido silencioso admirando la audacia de aquella mujer, comprendiendo que iba a sobrevenir un combate espantoso adelantó unos pasos y dijo:

-Señora, yo no entiendo el árabe; pero me parece que esos hombres me buscan.

Los ojos negrísimos de la mora se fijaron en el joven.

-Sí -dijo en italiano-; es a vos a quien buscan pero yo no cederé a las órdenes de Culquelubi. Dos caballos y una escolta están dispuestos para haceros huir, y yo os protegeré.

-Soy cristiano, señora.

-Lo sé.

-Protegiéndome, os comprometeríais.

-¡Yo! -dijo la dama encogiéndose de hombros con la mayor indiferencia.

-Dejad que me prendan, señora. Veo que preparan las armas, y podría sucederos una desgracia.

-¡Ahora veréis cómo trato yo a esa canalla!

Y señalando al oficial la puerta, repitió con suprema energía:

-¡Sal de aquí, y ésta noche presentaré yo misma mis quejas al Bey!

-Cumplo las órdenes de mi jefe. ¡jenízaros, apoderaos de los cristianos!

Los soldados se disponían a obedecer, cuando los cuatro negros se pusieron delante de la Princesa, desatando al propio tiempo a los dos perros.

Los dos enormes canes se precipitaron sobre los jenízaros ladrando furiosamente. Parecían dos tigres sedientos de sangre.

El oficial, a quien uno de los perros había agarrado por la garganta, lanzaba gritos de dolor.

-¡A mí los negros! -dijo la Princesa.

Los cuatro gigantes se precipitaron sobre los jenízaros. Del primer empuje, cuatro soldados caían con el cráneo destrozado.

Viendo en el suelo una cimitarra, el Barón se lanzó sobre el arma para tomar parte en la lucha; pero la dama lo detuvo diciéndole:

-Dejad a mi gente, y aprovechad la ocasión para huir.

-¿Y vos?

-¡No temáis nada; Culquelubi no se atreverá conmigo!

Lo tomó de la mano, y casi a la fuerza lo empujó hacia la puerta, mientras los cuatro gigantes y los mastines seguían haciendo estragos horribles entre los jenízaros, ensangrentando los tapices y hasta las aguas de la fuentecilla azul.

Cabeza de hierro, que asistía aterrado al espectáculo de aquel horrible combate, viendo huir a su amo se apresuró a seguirlo, muy feliz por poder escapar.

La dama condujo al caballero a lo largo de un estrecho corredor que parecía abierto en las propias paredes del palacio, y luego le hizo descender por una escalerilla de caracol. Luego, abrió una puerta.

Entonces se encontraron en un amplio jardín sombreado por hermosas palmeras.

Cuatro caballos árabes de formas espléndidas piafaban delante de la puerta, conducidos por dos negros, que no cedían en musculatura a los que hacían frente a los jenízaros.

-Seguidlos, mi gentil caballero -dijo la dama-; os llevarán a lugar seguro.

-¡Señora! . . .

-¡Silencio! ¡Partid!

Con un gesto imperioso les indicó los caballos. Los dos negros estaban ya sobre la silla, después de haber montado a *Cabeza de Hierro*, pues el pobre catalán parecía tener las piernas paralizadas.

-¡Gracias Señora! -dijo el Barón

La princesa le hizo con la mano una señal de despedida, y desapareció por el corredor cerrando la puerta.

-¡Seguidnos! -dijeron los moros espoleando.

Los cuatro jinetes partieron como el viento. En un instante atravesaron el jardín, y salieron a una ancha vía festoneada de jardines.

-Señor -exclamó Cabeza de Hierro, que se mantenía agarrado desesperadamente sobre la silla-, ¿adonde vamos?

-No lo sé, confórmate con estar vivo todavía.

-¿Son asesinos estos negros?

-No, toda vez que auxilian nuestra fuga.

-¿Y por qué esa señora, sabiendo que somos cristianos, nos ha defendido n vez de dejarnos arrestar?

-No lo sé.

-¿Acaso está enamorada de vos?

-Preferiría que no lo estuviese.

-Decid mejor que eso sería una fortuna, y una prueba de ello acabamos de tenerla ahora: sin esos negros, jenízaros nos hubieran preso.

El Barón le lanzó una mirada colérica.

-¿Y la Condesa? -dijo-. ¿Te has olvidado de ella, maese *Cabeza de Hierro*?

-¡Pobre señora! ¿Qué será de su vida?

-¡Calla! -dijo el Barón-. ¡No abras la herida que me ha destrozado el corazón!

El catalán bajó la cabeza sin chistar; pero en su interior bendecía la intervención de aquella dama mora que le había librado de una muerte segura.

Los cuatro caballos devoraban el camino en galope vertiginoso. Ya habían salido de la ciudad por la puerta de Oriente, y corrían por un sendero abierto entre malezas formadas por gigantescas chumberas y por enormes matas de áloes.

¿Adónde se dirigían los dos negros? Por un momento el Barón tuvo el pensamiento de que acaso lo llevarían al mar para embarcarlo a viva fuerza y conducirlo a Italia o a Malta; pero bien pronto se convenció de lo contrario.

Después de correr algunas millas los dos negros habían vuelto la espalda a la playa y se encaminaron hacia un bosque de palmeras, en medio de las cuales se erguía una torre que no era el alminar de una mezquita.

-¿Adónde vamos? -preguntó.

-Seguid todavía unos cuantos pasos, caballero -respondió uno de los dos negros en detestable Italiano-. Nosotros cumplimos las órdenes del ama.

Atravesaron el bosque sin contener la velocísima carrera de los corceles, y llegaron a la base de una pequeña colina sobre la cual se alzaba una especie de castillo morisco con amplias terrazas, dilatadas galerías de mármol blanco circundadas de columnatas, y una torre pentagonal defendida por recias almenas.

-¿Qué sitio es éste? -preguntó el Barón conteniendo el caballo.

-El Castillo de Sidi-Aman -respondió el negro.

-¿A quién pertenece?

-A nuestra dueña.

-¿Y nos lleváis a él?

-Esa orden tenemos, caballero.

-Hubiera deseado no salir de Argel.

-Obedeced, señor, si es que no preferís caer en las manos de Culquelubi, de las cuales no saldríais vivo después de lo ocurrido.

-¡Vamos enseguida! -replicó *Cabeza de Hierro*, que, habiendo oído hablar de Culquelubi, sintió correr por la médula de sus huesos un frío glacial-. ¡Mejor estaríamos entre las garras de una pantera!

Los caballos subieron al trote un sendero que serpenteaba por la colina, y se detuvieron delante del puente levadizo, el cual fue echado por la guardia del portón a un silbido de ambos negros.

-Estáis en sitio seguro -dijo el guía, que hablaba el italiano, volviéndose hacia el Barón-. Desafío a Culquelubi a que venga ahora a buscaros.

Entraron en la poterna, descendieron de los caballos haciendo una indicación al Barón y a *Cabeza de Hierro* para que los imitasen, y después de conducirlos al piso superior por una amplia escalera de mármol los introdujeron en una sala, diciéndoles:

-¡Estáis en vuestra casa!

CAPITULO VII
LA PRINCESA MORA

Como todos los salones de los palacios moriscos, también aquel donde habían entrado los viajeros era amplio, tenía pavimento de mosaico, divanes que lo circundaban, una techumbre en forma de cúpula y estrechas ventanas resguardadas por cortinas de damasco rojo, adornado con estrías doradas del más delicado gusto.

En medio de la estancia estaba dispuesta una mesa con vajilla de plata cincelada, copas de lapislázuli mil reflejos, y frascos de cristal dorado al estilo morisco.

-Señor Barón -dijo *Cabeza de Hierro*, que se había cuadrado delante de la mesa, mirando con ojos enternecidos especialmente a los frascos-, ¿hemos entrado en algún palacio de las Mil y Una Noches? No falta en el más que el hada para ser completo. ¡Qué prodigioso es todo esto! ¡Huir de las garras de Culquelubi para caer delante de esta mesa! ¡Se diría que estoy soñando! ¡Oh, qué excelente señora! ¡Ha adivinado que estábamos sin comer hace veinticuatro horas!

-¿Es decir, que te encuentras a las mil maravillas

-¡Pardíez! ¡Muy descontentadizo sería para no estarlo, señor Barón!

-¿Y si todo esto concluye mal?

-El mal por ahora no aparece: después veremos.

Dos muchachos habían entrado en aquel momento, cargados con bandejas de plata y seguidos de cuatro domésticos, que en otros recipientes llevaban enormes pedazos de cordero asado, pollos y peces nadando en ricas salsas.

-¡Cuándo el señor Barón guste -dijo *Cabeza de Hierro*, que había recobrado el buen humor-, la mesa está servida!

El joven caballero, que desde el día anterior no había probado bocado, y que, como todos los de su edad, tenía buen apetito, no se hizo rogar.

Por otra parte, la comida era excelente, aun cuando las salsas despidieran un extraño perfume. Los cocineros del castillo habían realizado maravillas, especialmente en los pasteles y dulces, de que los moros y moras gustan mucho.

Contrariamente al uso de los berberiscos, a los cuales les está prohibido por el Corán el empleo del vino y de toda bebida fermentada, *Cabeza de Hierro* había encontrado en los frascos vinos exquisitos de Italia y de España, que el catalán no cesaba de elogiar, y sobre todo de echar al coleto.

Habían ya saboreado el café, cuando les fue presentada en una vasija de oro cierta pasta dulce, blanda, de color violeta que exhalaba un penetrante perfume a nuez moscada y a clavo.

-¿Qué es esto? -preguntó *Cabeza de Hierro* al negro que les había llevado tan extraño manjar, y que era uno de sus dos compañeros de viaje.

-*Madjum* -respondió el negro sonriendo.

-¡Sigo en la duda de antes! ¿Y vos, señor Barón?

-Tampoco sé lo que es; pero me parece apetitoso.

-¿Y si estuviera envenenado?

-Lo propio habrían podido hacer con ese pollo que te has comido.

-¡Es cierto! ¡Soy un imbécil!

-Este dulce lo envía mi ama -dijo el negro- y os ruega que lo aceptéis.

-¿Y quién es tu ama? -preguntó el Barón.

-No lo sé, caballero.

-¡He aquí una respuesta que parece una burla! *Cabeza de Hierro*, que continuaba trincando alegremente-. ¿Quieres decirnos quién es tu ama y por qué se interesa tanto por nosotros, que no somos musulmanes?]

-No me permito indagar los secretos de la señora -respondió el negro.

-Pero me dirás, al menos, por qué anteanoche cuando nos asaltaron los beduinos acudisteis en defensa nuestra.

-Tampoco lo sé, señor Barón.

-¿De modo que no podremos saber quién es esa dama? -preguntó *Cabeza de Hierro*.

-Es una princesa mora -respondió el negro.

-Señor Barón, no sacaremos nada de este salvaje- dijo *Cabeza de Hierro* en catalán-. No obstaste, tendría curiosidad por saber cómo se encontraba en casa de Zuleik esa princesa.

-Eso mismo me pregunto yo.

-Acaso sea pariente de ese maldecido moro.

-No lo creo.

-En fin, algún día lo sabremos.

-Así lo espero.

-¡Cuernos de Lucifer!

-¿Qué tienes?

-¡Se diría que mi cabeza da vueltas como una peonza! ¡Maldita pasta!

-A mí me acomete una torpeza invencible -respondió el Barón, cuyos párpados se entornaban.

-Negro -rugió *Cabeza de Hierro* mirándolo de lo alto a lo bajo-, ¿con qué nos has envenenado?

El esclavo lo contempló sonriendo; después pronunció esta sola palabra:

-*¡Haschis!*

-*¡Haschis!* -repitió el Barón.

Cabeza de Hierro se había desplomado ya sobre el sillón, y roncaba sonoramente. El Barón, cuyos ojos vagaban por el espacio, también estaba a punto de entregarse al sueño, mientras el negro lo miraba sonriendo.

El *madjum* surtía sus efectos sobre ambos. Aquella pasta dulce de que tan golosas se muestran todas las poblaciones del África septentrional los había aletargado de golpe, haciéndolos caer de improviso en el mundo de los sueños como sucede a los fumadores de opio del Celeste Imperio.

Aquel narcótico misterioso y legendario, que se compone, como todo el mundo sabe, de manteca, miel, nuez moscada, clavo y kif, con hojas de una especie de cáñamo, tiene un poder embriagador al cual ningún ser humano resiste.

La sola palabra de *haschis*, estridente y melodiosa, provoca en los berberiscos y negros orientales visiones extrañas y desconocidas. No es el opio brutal y nauseabundo; pero, no obstante, produce como él sueños extraordinarios. Sin embargo, es más fino, más aristocrático, si vale emplear esta palabra.

Ante la fantasía avivada por el *madjum* desfilan la Arabia cándida y perfumada, los misterios del Asia menor, la sagrada y monstruosa India, con sus bayaderas centellantes de oro y de diamantes de Golconda y Visapur, con sus desiertos inmensos, interrumpidos por bosques de palmeras regadas por fuentes murmuradoras; paisaje extraños y desconocidos donde alternan soles brillantes o tinieblas profundas, y donde, entre bocanadas de perfumes

exóticos, aparecen y desaparecen las huríes del paraíso de Mahoma.

Narcótico poderoso que ni los edictos del rey ni de los sultanes pueden desterrar de los países orientales, los cuales todavía hoy se entregan con voluptuosidad a este veneno sutil, que acabará poco a poco por embrutecerlos y envilecerlos, colocándolos a la par de los fumadores opio.

El Barón, recostado a medias sobre el amplio sillón de brazos, estaba ya completamente dormido bajo la mirada del negro.

Mientras *Cabeza de Hierro*, inteligencia limitada y poco o nada imaginativa, sólo veía ante sus ojos frascos enormes llenos de vino de Alicante y de Jerez y pipas monumentales coronadas por colosales cabezas de turco donde ardían esclavos cristianos, el joven caballera dotado de una fantasía más cultivada, que podía competir con los orientales, y de un temperamento más exquisito experimentaba emociones bien diversas.

Delante de sus ojos vidriados e inmóviles, que había conservado abiertos como si estuviera sumido en una especie de sueño cataléptico, veía desfilar en vertiginoso torbellino galeras con las velas de oro y los mástiles de plata empujadas sobre mares de leche por un viento huracanado; palacios encantados con cúpulas centelleantes y blandamente asentados sobre lagos cubiertos de anchas hojas de loto; maravillosos jardines, donde en medio de césped y de rosas que exhalaban penetrantes perfumes, espléndidas huríes de sonrisa lasciva danzaban rápidamente invitándolo a imitarlas, mientras orquestas misteriosas y divinas acariciaban sus oídos con armonías nunca oídas.

Luego, la escena cambiaba. A estas visiones sucedían mares recónditos cubiertos de galeras que combatían entre sí con inusitada furia, y le parecía escuchar el estampido del cañón y los lamentos de los heridos o el grito victoria; puestas doradas de sol; bosques de palmeras gigantes; llanuras dilatadas donde los jinetes berberiscos se entregaban a maniobras extrañas, con los blancos alquiceles revoloteando sobre su espalda y la luciente cimitarra desnuda, y seguidos por un guerrero montado sobre un caballo más blanco que la nieve, que hendía el espacio con extraordinaria velocidad, y que se asemejaba a Zuleik. Luego, un caos de divanes orientales, de cabalgaduras, de espejos, en medio de los cuales y entre el humo de los pebeteros jugueteaba una espléndida mora que lo miraba sonriendo y lo invitaba a seguirla. La dama mora de un instante a otro se transformaba en una doncella vestida de seda azul; la condesa de Santafiora, pálida, diáfana, llorosa, con largos cabellos negros esparcidos sobre los hombros, y que le tendía los brazos con un gesto de infinita desesperación.

Pero la dama mora reaparecía obstinadamente. La veía surgir de las ondas del mar, juguetear sobre la cima de las palmeras, volver sobre las explanadas y los estanques, sobre la proa de los navíos combatientes, sobre la arena de los desiertos, sobre las cúpulas doradas, entre los torbellinos del humo, en las rojas puestas de Sol y en la noche iluminada por los rayos de la Luna. Lo miraba siempre con aquellos ojazos negros y profundos que parecían penetrarle hasta el fondo del alma, le hacía, además, que la siguiera por los lagos y los bosques; lo invitaba a sumergirse con ella en el agua cristalina de los estanques, y sonreía, sonreía . . .

De pronto se sintió caer de una altura espantosa en una maravillosa sala que antes no había visto; una sala digna de los palacios encantados de las Mil y una noches.

Era de estilo morisco, amplísima, y reinaba en ella una penumbra deliciosa; esa penumbra que tanto agrada en los países quemados por el Sol, donde el viento enfurecido del desierto seca las fauces con arena finísima que todo lo invade y todo lo domina.

La luz descendía en aquella sala por la cúpula de vidrios pintados de rojo, refractándose en mil colores sobre las paredes, adornadas con objetos de cerámica morisca, revestidas de blanco y azul, cuyos resplandores marmóreos daban una sensación de viva frescura sobre

loa maravillosos tapices, suaves y blancos, que cubrían el pavimento.

Todo estaba circundado por un diván ancho y bajo de seda carmesí, que parecía invitar al reposo al propio tiempo que despertaba la fantasía. En los ángulos de la sala algunos grupos de palmas salían de tiestos de ónice de inmenso valor, y en otros sitios se vislumbraban armarios árabes a través de cuyos estantes de finísimas maderas primorosamente labradas se distinguían joyeros de madreperlas, collares de oro, brazaletes de coral y vasos de lapislázuli, llenos quizás de los dulces perfumes de las célebres rosas de Bagdad.

En medio de la habitación, apoyada en un trípode de oro sobre el cual quemaba sándalo, una mujer maravillosamente hermosa, toda cubierta de joyas, con los brazos desnudos y engalanados con pulseras de oro, lo miraba con ojos cariñosos murmurando dulcemente:

-¡Pobre joven!

El Barón se puso en pie. El efecto del *haschis* había cesado el éxtasis estaba concluido, y, sin embargo, ¡cosa extraña!, el sueño continuaba todavía.

Veía la cúpula con vidrios de colores, los maravillosos tapices, los amplios divanes de seda, los armarios, el trípode sobre el cual flotaba una neblina de humo oloroso y la joven que lo miraba siempre; únicamente la luz había cambiado; no era ya el día, sino la noche, y la sala estaba iluminada por una gran lámpara de Venecia con luz rosada, suspendida encima de una mesa cubierta de bandejas de oro que centelleaban como soles, de ánforas, de dulces, de canastillas repletas de las más ricas frutas.

Se restregó fuertemente los ojos, dudando todavía si estaba despierto. Pues bien; no dormía ni soñaba.

El joven miró a su alrededor. No era aquél el sillón de damasco donde se hallaba antes.

-¿Dónde estoy? -preguntó-. *¡Cabezo, de Hierro!*

Una carcajada sonora había brotado de los labios la joven, que estaba apoyada en el borde de una fuente de mármol.

El Barón respondió con una exclamación de asombro: en aquella joven acababa de reconocer a la princesa mora que pocas horas antes lo había salvado de los jenízaros de Culquelubi.

-¿No es pues, una ilusión? -exclamó apoyando los brazos en el respaldo del sillón.

Sus ojos se fijaron involuntariamente en un gran espejo de Venecia que estaba enfrente de él y que reflejaba la luz de la lámpara. Y otra exclamación de asombro salió de su pecho. El tinte oscuro con que el viejo *mirab* había teñido su rostro, ya no existía.

Pero aún no era esto todo. Sus vestidos, desgarrados por la lucha sostenida contra los moros, habían sido remplazados por otros durante su sueño. Una soberbia casaca de seda negra bordada de oro, con botones de esmeralda, que dejaba ver la blanca camisa de seda, rodeaba su cuerpo, calzones de brocado con nudos de seda roja se ajustaban a sus piernas, y tenía los pies calzados con botas de cuero rojo, como usaban entones los árabes ricos. Por último, una faja de terciopelo le rodeaba el pecho, cayendo por un lado formando artístico lazo.

-¿Os sorprende esto, señor Barón? -dijo la dama sonriendo alegremente.

-Todavía me pregunto, señora, si estoy bajo la influencia del *haschis* o si me han transportado a la mansión de las hadas.

-Estáis en mi castillo, señor Barón -respondió la Princesa-. Únicamente que durante el sueño habéis sido conducido a otra estancia. ¿Acaso os disgusta?

-No, señora; pero no veo a mi criado.

-No os inquietéis por él.

La Princesa se acercó al trípode, reanimó la llama con una nueva dosis de perfume, y, aproximándose al Barón, dejó caer en tierra el manto esplendoroso que la cubría.

Entonces se mostró en toda la belleza de su riquísimo traje moro, con el rico corsé de terciopelo bordado de plata, con sus amplios calzones anudados en el nacimiento del pié con broches de oro, con sus ricas babuchas azules maravillosamente recamadas y pequeñas como dos pétalos de lirio.

El caballero había permanecido como maravillado; pero reponiéndose retrocedió algunos pasos. La Princesa, para quien no había pasado inadvertido aquel ademán arrugó ligeramente la frente, aunque se serenó pronto.

-Señor Barón -dijo con amable sonrisa-, espero que no os negaréis a cenar en mi compañía. Habéis dormido diez horas, y el Sol se ha puesto ya.

-No puedo rehusar nada a la dama a quien debo la libertad, y quizá mi vida -respondió él caballero inclinándose profundamente.

-¿Nada? ¡Bah! ¡Prometéis demasiado, señor de Santelmo! -replicó ella.

-¿Santelmo habéis dicho?

-¡No es ese vuestro nombre?

-¡Cómo sabéis que me llamo Santelmo?

-El cómo poco importa.

-¿Me permitís una pregunta?

-Cuantas gustéis; pero antes sentaos a la mesa y haced honor a la cena ¿Qué os sucede, Barón? Me parece que estáis turbado. ¿Será el efecto de estos perfumes a que acostumbran los europeos?

-No, señora.

-No será, seguramente, el temor de encontraros en este castillo entre musulmanes. Un hombre que con una galera combate contra cuatro, no puede tener miedo.

-¿Quién os ha dicho eso?

-¿Os asombra?

-Mucho.

-¡Bah! -replicó la Princesa sonriendo-. Sé eso y otras muchas cosas más. Extraña conducta la vuestra al salir de Italia para correr mil peligros en este país de fanáticos. ¡Italia! ¡Ah; cuánto la he amado yo, y con cuánto placer volvería a ella! Todavía me parece que veo como a través de una neblina azul sus opulentas ciudades contemplándose en las aguas del Mediterráneo y del Tirreno; sus volcanes relampagueantes de nubes de oro; sus islas verdeantes en derredor de Sicilia como ramos de flores abandonadas en las ondas por las manos de alguna hada; las mil columnas y las cúpulas de Venecia; su cielo azul, que no tiene rival en el mundo; sus auroras llenas de encanto y de poesía, y sus puestas de Sol, llenas de infinita tristeza y de dulce melancolía. ¡Ah, Italia, Italia; cuánto te echo de menos!

Un profundo suspiro había levantado el seno de la hermosa dama.

-Pero, ¿quién sois? -exclamó el Barón.

-Una Princesa mora: ya lo sabéis.

-¿Y habéis estado en Italia?

-Sí; en mi niñez, en compañía de mi padre, cuando mi hermano . . .

Se detuvo bruscamente, y alargó al Barón un plato dulces. Luego, llenó dos tazas de plata admirablemente cinceladas con un licor de color de ámbar, diciendo:

-¡A la salud de vuestra hermosa Italia, señor Barón!

Mojó sus rosados labios en el rubio licor, y tras algunos instantes de silencio añadió con

cierta tristeza:

-Si mi padre no me hubiera sacrificado en plena juventud, cuando apenas había dejado de ser niña, a un hombre que no me amaba y que por su ferocidad era semejante a Culquelubi, hubiera deseado concluir mis días en una, de vuestras bellas ciudades y no volver a ver más a esta Argelia, donde, en vez del perfume del azahar, no se respira otra cosa que el aire impregnado de sangre y barbarie.

-¿Qué le ha ocurrido al hombre a quien vuestro padre os dio por esposa?

-Murió en el mar en una de sus correrías contra las infortunadas playas italianas.

Dejó pasar algunos instantes de silencio, y después, mirando al Barón, le dijo a quemarropa:

-¿Qué misión traéis a Argelia, señor Barón?

-Os lo diré cuando hayáis respondido a una pregunta mía.

-¡Ah, es cierto! ¿Queréis pedirme alguna cosa? ¡Comed, señor Barón: hablaremos igualmente!

-¿Sois vos la dama que en una ocasión encontré cerca de la mezquita y que dejó caer el velo?

-Era yo.

-¿Por qué dejasteis caer el velo?

-Para veros mejor.

-¿Acaso me asemejo a alguno?

La Princesa lo miró fijamente, como si hubiese tratado de leer el pensamiento del Barón.

-Sí -dijo por fin ahogando un suspiro-. Era hermoso y valiente como vos; tenía los cabellos rubios como vos. ¡Dulce sueño desvanecido entre las nieblas de vuestro hermoso país! Había creído ver en vos a . . .

-¿A quién?

-¿Por qué despertar una pasión ya apagada? ¡Ah; yo lo vi caer a mis pies, todavía hermoso después de la muerte, con sus rubios cabellos salpicados de sangre!

-¿Quién era, señora?

-¿Qué os importa saberlo? -dijo la Princesa arrugando su hermosa frente-. Os asemejáis a él; era italiano como vos. ¡He aquí todo!

Se pasó la mano por los ojos como si quisiera arrancar de ellos una dolorosa visión, cuando la retiró vio que estaban húmedas.

-Cuando os vi -continuó la Princesa con vos lenta y triste-, creí verlo a él. En aquel momento en que estuvisteis a punto de precipitaros sobre mis esclavos, teníais en los ojos el mismo relámpago de cólera. ¡Ojalá no os hubiera visto nunca! Y, no obstante, en aquel minuto llegué a creer que podían resucitar los muertos. Volvió a tomar la taza, y bebió con avidez.

-Yo soy quien os hizo seguir -añadió poco después-. Habíais despertado en mi corazón los pensamientos más extraños, que en vano procuraba vencer. Yo quisiera saber qué viento infernal os ha arrojado sobre estas playas. ¡Tened cuidado! ¡Argelia es peligrosa, como son peligrosas sus mujeres!

-¿No sabéis el motivo?

-No.

-Y, sin embargo, habitáis el palacio de Zuleik.

-¿Qué quiere decir eso?

-Zuleik hubiera podido decíroslo.

-Zuleik-Ben-Abend está demasiado triste estos días para preocuparse de mí. Todavía no me ha dicho el motivo por el cual os ha arrestado y conducido a su palacio, Ahora sólo piensa en la cristiana.

El Barón se había puesto densamente pálido.

-¿La condesa de Santafiora? -preguntó con voz ahogada.

-Así creo que se llama. Una dama bellísima, según dicen, y que por eso mismo no será para Zuleik. Es posible que a estas horas se encuentre ya en el harén del Bey.

El Barón no pudo contener un rugido de desesperación.

La Princesa se había levantado dando un salto de pantera. Un relámpago súbito iluminó sus ojos, que en aquel momento perdieron su dulce expresión.

-¿Qué habéis venido a hacer en Argelia? -preguntó con vos irritada.

El Barón, vuelto en sí por aquel imperioso cambio de voz, que sonaba áspera e imperiosa, fijó los ojos en la mora, en cuyo interior debía haberse desencadenado la, tempestad más violenta. Por un momento le asaltó la idea de engañarla; pero rechazó desde luego desdeñosamente este pensamiento.

-Señora -dijo con resolución-, he venido aquí con el propósito de salvar a una mujer; mejor dicho, a una niña quien di mi corazón.

-¿Una niña? -exclamó la Princesa, palideciendo a su vez-. ¿Quién es?

-¿Qué os importa saberlo?

-¡Vos me lo diréis! -gritó la mora balbuciente y con llamas en los ojos.

-¡No lo diré nunca! -respondió el Barón con voz resuelta-. ¡Leo en vuestros ojos una amenaza! Como caballero, acabo de deciros el motivo de mi viaje a Argel; pero no añadiré una palabra más.

-¿Y si yo os ordenase que me dijeseis el nombre de mujer?

-Me negaría.

-¿Y si os lo rogase?

-Todavía me vería en el caso de negarme.

-¿Y cuál es el motivo de semejante obstinación? -preguntó la dama con los labios contraídos por la cólera.

-El temor de que esa mujer pudiese correr algún peligro.

-¡Tenéis razón! ¡Aquí las rivales . . . se matan!

-¿Rivales? -replicó el Barón atónito-. Yo soy cristiano, y vuestra religión os impide amarme.

-¿Lo creéis así?

-El Corán os lo prohíbe.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de la mora. Después se acercó al Barón, y mirándolo fijamente le dijo:

-¡Todavía no conocéis a las mujeres de Argel! ¡Yo os juro que tendré la sangre de esa cristiana, y que vos me diréis su nombre! ¡Ah! -dijo cambiando de tono-. ¿Has osado rechazar una súplica de Amina? ¡Cuidado cristiano, o Argel te será fatal!

Dicho esto, tomó un martillito de plata, y golpeó con él un disco metálico que estaba en la pared, debajo del espejo de Venecia.

Aun no se había extinguido la vibración del metal y ya dos negros hercúleos se encontraban en la sala.

-¡Apoderaos de ese esclavo cristiano- dijo la mora con voz terrible- y llevadlo a la torre en unión de su compañero!

-Señora -dijo el Barón-, soy un caballero no un esclavo.

-¡Obedeced! -rugió la dama viendo vacilar a los negros.

Después, mirando al joven con ojos llenos de odio, agregó:

-¡Te acordarás de Amina!

Enseguida apoderándose de un vaso de cristal, lo estrelló con furia sobre los mosaicos diciendo:

-¡Así haré con la cristiana cuando la tenga en mi poder! ¡Culquelubi la encontrará!

CAPITULO VIII
LA VENGANZA DE AMINA

Cinco minutos después el Barón y *Cabeza, de Hierro* lejos ya de los esplendores de aquellas salas maravillosas, se encontraban nuevamente reunidos en un húmedo subterráneo situado bajo la torre pentagonal. En lugar de las refulgentes lámparas venecianas, una lucecilla alumbraba apenas aquella especie de sentina, que debía asemejarse mucho a las horribles mazmorras abiertas cinco o seis metros debajo del suelo donde agonizaban los esclavos cristianos del presidio de Trípoli, tan célebre en aquellos tiempos.

El mísero catalán había sido sorprendido mientras digería una copiosa cena, servida en el lugar mismo donde había tomado el *haschis*, y sin recibir explicación alguna fue brutalmente empujado hasta la cueva de la torre, donde se encontraba ya el caballero de Santelmo.

Aquel cambio de situación fue tan rápido, que el pobre diablo creyó que acababan de administrarle una segunda dosis de narcótico. Antes de convencerse de que estaba despierto, tuvo que pellizcarse varias veces.

-Señor Barón -exclamó mirando en torno suyo con ojos compungidos-, ¿por qué nos han traído aquí? ¿Dónde estamos? Decidme que estoy ebrio o que aquel maldecido brebaje me ha trastornado el cerebro! ¡No; no es posible que nos hayan traído a esta horrible prisión!

-No sueñas, ni estás borracho tampoco -respondió el Barón-. Ambos estamos despiertos, y todo lo que ves es realidad.

-¡Por San Jaime bendito! ¿Es que se han vuelto locos esos negros para arrojarnos en esta ratonera? ¡Y me quejaré a la señora para que los mande azotar! ¡Si ella supiera lo que nos pasa!

-Por orden suya te encuentras aquí, infeliz *Cabeza de Hierro*.

-¿Acaso se ha arrepentido de habernos salvado?

-Empiezo a creerlo.

-¿Acaso la habéis visto?

-Sí; he cenado en su compañía.

-¡Me lo había imaginado, señor Barón! ¡Muy mal debe haber concluido esa cena!

-Tan mal, que hasta tiemblo por la vida de la condesa de Santafiora.

-¡Rayos de Dios! -exclamó el catalán espantado- ¡Nunca hubiera creído que esa hermosa dama fuese una verdadera pantera!

-Y más vengativa aún que el propio Zuleik, porque al menos ése tiene interés en protegerla, mientras la mora quiere su muerte.

-Señor Barón -dijo *Cabeza de Hierro*-, ¿es que esa dama se ha enamorado de vos? En tal caso, bendecid a la suerte que os coloca en el camino de una mujer tan rica y tan hermosa.

-¡Estúpido! -gritó el Barón.

-¡Perdonad, señor! En este momento me había olvidado de que sois el prometido de la Condesa. ¡Diantre! ¡Una mora enamorada deba ser terrible! ¡Lástima que no haya puesto los ojos en mí!

A pesar de su tristeza, el joven no pudo contener una ligera sonrisa.

-Hubiera hecho un soberbio moro -continuó el catalán-. Rico, con esclavos, con

palacios... ¡Pero la fortuna no ha sonreído nunca al pobre *Cabeza de Hierro!*. Y, hablando de otra cosa, ¿qué va a ser de nosotros? ¿Acaso esa furia nos dejará morir de hambre en esta ratonera?

-Ignoro lo hará de nosotros. Comienzo a perder toda esperanza de salvar a la Condesa de Santafiora.

-¿Y el normando? ¿Os habéis olvidado de él?

-Habrá sido muerto.

-¿Y el viejo templario?

-¡Sí; el viejo templario! -dijo el Barón como hablando para sí mismo-. ¡Si al menos pudiera robársela al Bey!

-¿Al Bey? ¡A Zuleik, querréis decir!

-No; parece que ha sido elegida para el harén del jefe del Estado -respondió el caballero con voz sorda-. ¡Pobre Ida! ¡Cuán triste suerte te aguardaba en este maldecido Argel!

-Decidme, señor: ¿habéis sabido quien es esa dama?

-Todavía lo ignoro; pero tengo una sospecha.

-¿Cuál?

-Que acaso sea pariente de Zuleik.

-¿Sabe que Zuleik ama a la Condesa?

-Sí.

-¿Y que vos también la amáis?

-Me he cuidado bien de decírselo. Sabe que he desembarcado aquí para sacar de la esclavitud a una joven cristiana y nada mas.

-Si sospechase que se trata de la Condesa . . .

-Estoy seguro de que mandaría a asesinarla o venderla como esclava a los traficantes del desierto. Ten en cuenta lo que dices, *Cabeza de Hierro*: si se te escapa una palabra, nos perderías a todos.

-No hablaré aunque me hagan pedazos, y un Barbosa nunca falta a lo que promete.

-¿Ni siquiera en el tormento?

-¡En él os mostraría cómo sabe morir un Barbosa!

Un ruido sordo, que el suelo transmitía distintamente y que parecía producido por el galopar de muchos caballos, interrumpió la conversación.

-Se acerca un escuadrón de caballería -dijo *Cabeza de Hierro*- ¡Acaso sean los jenízaros de Culquelubi!

-Llegarían oportunamente, y esta vez la Princesa no nos salvaría de su furor.

-¡Y no tener armas para defendernos!

-¿De qué nos servirían?

-¡Es cierto, señor! ¡Ah; esta maldita Argelia acabará por enviarme al Infierno! ¡Ya me parece qua atenacean mis carnes y me tuestan la piel como a aquel infeliz español que vimos sobre el camello! ¡Perros jenízaros! ¡Estarán furiosos!

Cabeza de Hierro se engañaba. Un pelotón de jinetes, después de haber dado la consigna a la guardia del portón, había atravesado el puente levadizo y entrado en la poterna.

Debían haber hecho una larga caminata, porgue los caballos estaban cubiertos de espuma, y los arneses llenos de polvo.

El que guiaba, y que debía ser el jefe, a juzgar por la riqueza de su amplio alquicel y por

los brillantes que guarnecían su turbante de soda roja, había puesto el pie en tierra sin esperar la llegada de los escuderos negros, que corrían con antorchas encendidas.

-¿Dónde está Amina? -preguntó con acento imperioso.

-En sus habitaciones -respondió uno de los negros.

-Has que le avisen que Zuleik la espera en la sala de los espejos.

Hizo señal a la escolta, compuesta de doce negros armados de espingardas y cimitarras, para que echasen pie a tierra, y luego subió por la amplia escalera del castillo, penetrando donde poco antes habían cenado el Barón y la Princesa.

Al ver la mesa todavía provista de viandas y la gran lámpara encendida, Zuleik había arrugado el entrecejo.

-¿Quién habrá cenado con Amina? -se preguntó: Permaneció un momento inmóvil, y después empezó a pasear por la sala, presa de una viva agitación. Tenía la mirada torva y las facciones alteradas. De cuando en cuando se detenía, y pasándose la mano por la frente prorrumpía en roncas imprecaciones de rabia. Una voz lo interrumpió a sus espaldas:

-¿Qué deseas, Zuleik?

La Princesa había entrado en la estancia sin hacer ruido, envuelta en un manto de seda rosa.

El moro la miró un instante con los párpados medio cerrados, y luego dijo:

-No me esperabas; ¿verdad, hermana?

-No. ¿Qué te sucede? ¿Has venido para reñirme por lo que he hecho hoy?

-¿Tú quieres comprometerte?

La Princesa se encogió de hombros desdeñosamente,

-¿Con Culquelubi? -preguntó.

-Está furioso.

-¿Porque he maltratado a sus jenízaros?

-¡Maltratar! ¡Han muerto ocho o diez en la refriega!

-¡Otros tantos canallas menos! ¡No se viola fácilmente, el asilo de una, Princesa mora que desciende da los califas!

-¿Fue por enseñarles a respetar la casa de Ben-Abend, o por librar de sus garras al Barón? -replicó Zuleik con ironía.

-Por una cosa y por otra.

-¿Y dónde está ahora el Barón de Santelmo?

-Está aquí.

-¿En lugar seguro?

-Tan seguro -respondió Amina, mientras un relámpago surcaba sus negros ojos-, que acabo de manda encerrarlo con su criado en el subterráneo de la torre.

Zuleik la miró con asombro.

-Pero, ¿no cenaste con él? Todavía veo aquí los dos cubiertos.

-Eso fue antes; pero ahora... ¡Ah! ¡Cómo ansío vengarme de él! ¡Cómo vas a reírte, Zuleik!

-No, porque el Barón es un caballero, y, aunque enemigo, no lo odio.

-¿No lo odias? Pues, entonces, ¿por qué has tratado de arrestarlo? ¿Por qué lo persigues?

-Ya te lo he dicho: porque ha tratado en San Pedro de oponerse a mis deseos, y porque él es cristiano y yo musulmán.

-Entonces, me dirás cómo el Barón conoce a la cristiana a quien amas.

-Porque iba a San Pedro con frecuencia en su galera.

-¿Y qué es lo que ha venido a hacer aquí el Barón?

-A salvar a una prisionera.

-¿Quién es?

-No lo sé.

-¡Pues yo lo sabré pronto, Zuleik! -exclamó la Princesa con acento reconcentrado.

El moro se acercó a ella, y poniéndole una mano sobre el hombro le elijo:

-¡Tú lo amas!

-¿Y si no fuese cierto?

-Es un cristiano.

-Tú también amas a una cristiana.

-¡Es cierto! -dijo Zuleik con un suspiro.

-Es noble, y una princesa bien puede descender hasta él.

-¡Eso es un sueño, Amina! El Barón no te amará nunca: estoy seguro de ello.

-¿Porque ama a una cristiana, esa a quien viene a buscar aquí?

-Lo sospecho.

-¡Una Princesa Ben-Abend no tolerará rivales! ¡En cuanto la tenga en mi poder, encargaré a Culquelubi que la haga desaparecer para siempre!

-¡Amina! -exclamó Zuleik palideciendo-. ¡Por el nombre de Mahoma! Tú no tocarás un solo cabello da esa dama.

La Princesa lo miró fijamente con el entrecejo fruncido. El rostro de Zuleik era en aquel momento tan amenazador, que daba miedo.

-Explícate, hermano. ¿Por qué te interesas por esa cristiana?

El moro advirtió que se había descubierto demasiado y podía crearse en su propia hermana un enemigo poderoso.

-Me interesa -dijo cambiando de tono- por un juramento. Un día esa muchacha me socorrió salvándome de un peligro en la isla de San Pedro, y le prometí que la recompensaría. En la nave donde se encontraba prisionera con los habitantes de la isla juré solemnemente salvarla de las manos de mis compatriotas, y mantendré la promesa. Eso es todo.

-¿Quién es, pues, esa muchacha?

-La hija de un castellano,

-¿Bella?

-Bellísima.

-Y el Barón, ¿la ama?

-Ardientemente.

-Haz que yo la vea.

-¡Nunca!

La Princesa hizo un gesto de cólera.

-¡Zuleik! -gritó con voz amenazadora.

-Leo en tus ojos una sentencia de muerte -dijo el moro-. Si te hiciera conocer a esa mujer, estoy seguro de que mañana no viviría. Te he entregado al Barón, que era prisionero mío: tú, en cambio, no te cuides más de esa cristiana.

En aquel momento expresaba el rostro un dolor intenso, una verdadera desesperación.

-¡Adiós, hermana! -dijo bruscamente.

-¿Adónde vas?

-Vuelvo a Argel.

-¿Por qué no te quedas aquí? -dijo Amina con vos dulce.

-Tengo que hacer allí muchas cosas.

-¿Quieres volver a ver a la cristiana?

Zuleik no contestó.

-Eso está en tu mano. Una esclava se adquiere fácilmente cuando se poseen las riquezas de los Ben-Abend

-¡No siempre! -replicó Zuleik con ímpetu.

-¿Te la disputa alguien?

-Sí.

-Pues mátalo.

-¡Es demasiado poderoso!

-¿Quién puede competir con nuestra familia, que desciende de los califas?

-¿Quién? -rugió Zuleik-. ¡Hay alguien que está más alto que nosotros, y sus viles agentes me la han robado!

-Y ese hombre, ¿quién es?

-¡No puedo decírtelo!

-¿Y qué que piensas hacer para verla de nuevo?

-¡No lo sé! ¡Adiós!

-¿No tienes confianza con tu hermana? ¿Por qué no me lo dices todo, Zuleik?

-¡Porque no puedo! Dicho esto salió, cerrando con estrépito la puerta.

Amina había permanecido inmóvil, apoyada en la mesa, con los ojos fijos en el suelo y la frente ceñuda, sumergida en pensamientos de venganza.

El galopar de los caballos que acompañaban a Zuleik la sacó de sus meditaciones.

Atravesó la sala y se acercó a la ventana.

Por el blanco y polvoriento camino que la Luna iluminaba, Zuleik y sus gentes galopaban con furia.

-¿No has querido decirme quién es la cristiana a quien ama el Barón? -dijo con voz tétrica-. ¡Pues bien; Culquelubi sabrá ese nombre por boca del Barón de Santelmo! ¡Yo amaba a ese joven, y ahora lo odio! ¡No se desdeña la pasión de una Princesa mora! ¡Pronto sabrá cómo saben odiar las majares moras!

Se acercó a un veladorcito de ébano en el cual había recado de escribir y algunas hojas de papel rosado. Tomó una, trazó en ella algunas líneas, y luego dejó caer el martillo sobre la plancha metálica.

Uno de los negros entró diciendo:

-¿Qué manda la señora?

-Vas a salir inmediatamente con el caballo más veloz, para llevar este billete al Capitán general de las galeras.

El negro hizo un gesto de estupor.

-Señora -dijo-, ¿creéis que lo recibirá?

-¿Y por qué no, Zamo?

-¿Después de lo ocurrido esta mañana?

-¿Y qué le importa a él la muerte de algunos de sus jenízaros? Se habrá reído de la jugarreta que le he hecho, que, además, no es la primera.

-Obedezco, señora.

-Una advertencia todavía. No sigas el camino que lleve mi hermano. Quiero que ignore que necesito de Culquelubi. ¡Corre, Zamo; quiero que mañana los jenízaros estén aquí!

El negro tomó el billete y salió.

-¡Ahora comienza mi venganza! -dijo Amina- ¡Ah, Barón; te destrozaré el pecho, y no volverás a ver o la mujer que amas! ¡El desierto está detrás de Argel, y al desierto irá esa hermosa joven para ser esclava de algún reyezuelo negro! ¡Así se venga Amina Ben-Abend

* * *

-¡*Cabeza- de Hierro*!

-¡Señor! -respondió el catalán restregándose los ojos, todavía hinchados por el sueño.

-Han venido otros jinetes.

-¡Que no sea posible dormir con tranquilidad en este castillo!.

-Ya ha amanecido.

-¿Tan pronto? Creía haber dormido una hora nada más. ¡No se está mal en esta torre! ¿Quién ha llegado al castillo?

-No lo sé -respondió el Barón con inquietud-. He oído el ruido de los cascos de los caballos sobre las piedras de la poterna.

-Será Zuleik, señor.

-Entonces, ¿quiénes eran los que llegaron anoche y volvieron a irse enseguida?

-Tengo una sospecha.

-¿Cuál?

-Que los jenízaros de Culquelubi hayan descubierto nuestro escondite y vengan a buscarnos.

-Casi prefiero caer en manos de esa pirata a permanecer en las de la Princesa. Ahora esa mujer me infunde más terror que Culquelubi.

-¡Hum! -refunfuñó *Cabeza de Hierro* moviendo la cabeza-. ¡Prefiero una pantera hembra a una pantera macho que tan triste celebridad tiene!

Se había incorporado para acercarse a la puerta de la prisión, y escuchaba con ansiedad. En la poterna se oía un rumor de gente que caminaba apresuradamente, y el patear de los caballos.

-¡Ah, demonio! -masculló-. ¡Temo que esa gente venga en nuestra busca! ¡Infeliz *Cabeza de Hierro*, tu amada piel corre un gravísimo riesgo! ¿Por, qué -murmuró- habrá enfurecido mi amo a esa mora? ¡En su lugar, yo hubiera procedido de muy distinta manera!

De pronto estremeció: algunas personas bajaban por la escalera de la torre.

-¡Señor -dijo volviendo el rostro hacia el Barón- vienen a prendernos!

El joven caballero había experimentado un estremecimiento repentino. No obstante, se incorporó diciendo:

-¡Mostremos a esa mujer que los cristianos no tienen miedo!

-¡Entonces -dijo para sus adentros *Cabeza de Hierro*-, yo no debo ser muy católico! ¡Si al menos tuviera mi maza para defenderme!

La puerta se abrió, y entraron dos negros gigantescos, seguidos por un oficial de jenízaros y cuatro soldados armados hasta los dientes.

-¿Qué deseáis? -preguntó el Barón avanzando.

-Debéis salir para Argel en el acto -dijo uno de los dos negros-. Seguidlos sin oponer resistencia, porque de otro modo emplearíamos la fuerza,

-¡Estoy pronto!

Subió la escalera aparentando la mayor tranquilidad; pero *Cabeza de Hierro* tropezaba en todos los escalones, por miedo a los jenízaros.

Una veintena de soldados montados los esperaban en la poterna con los arcabuces preparados.

-¿A quién pertenecen estos hombres? -preguntó d Barón.

-Al Capitán General de las galeras -respondió el negro.

El Barón sintió que su rostro se inundaba de sudor frío. Montó, sin embargo, en el caballo que debía conducirlo, sin solicitar ayuda de nadie.

-Cristiano -dijo el oficial en deplorable Italiano- te advierto que, si tratas de huir, tengo orden de matarte.

El Barón se encogió de hombros sin responder.

Salieron de la poterna, atravesaron agrupados el puente levadizo, y se hallaron en la plataforma exterior. El negro Zamo, que tenía por las riendas el caballo del Barón, le indicó la terraza de mármol que se veía sobre las murallas del castillo, completamente iluminada por la Luna,

En ella estaba Amina, envuelta en su capa rosada y apoyada con indolencia en un enorme jarrón de porcelana. Sus ojos tenían una expresión de odio tan intenso, que el Barón no pudo contener un estremecimiento de terror.

-¡Me abandona en manos de Culquelubi! ¡Pero al menos, que ignore siempre el nombre de su rival! -dijo para sí.

Se miraron entrambos unos momentos, y luego el negro, dirigiéndose hacia el oficial dijo:

-¡Partid!

La escolta rodeó al caballero y se lanzó al galope por la polvorienta carretera que conducía a Argel.

El Barón se volvió todavía por última vez a la feroz señora, apoyada en el jarrón de porcelana.

Al amanecer, la escolta entraba en Argel, y se detenía delante de un enorme palacio guardado por un destacamento de soldados y marineros berberiscos.

Era el palacio de Culquelubi, de la *Pantera de Argel* como solía llamársele.

CAPITULO IX
EL TORMENTO

Culquelubi, Capitán general de las galeras del bey de Argel, era el coco de los cristianos. Bastaba su nombre para hacer palidecer a los millares de esclavos recluidos en las prisiones de Pascia, de Alí-Mami, de Kolugis, de Zidi-Hassan y de Santa Catalina.

Su ferocidad era proverbial en Europa; como era proverbial el odio implacable que profesaba a todo Cristiano fuera cual fuese su nación y su sexo.

Representaba Culquelubi el fanatismo musulmán llevado hasta el último límite, más por sistema que por convicción, puesto que interiormente se reía de Mahoma y no observaba los preceptos del Corán, de los cuales prescindía, emborrachándose diariamente con los mejores vinos de España y de Italia, fruto de sus rapiñas.

Salido de la nada y dotado de un valor extraordinario había llegado pronto a los más elevados empleos de la milicia acumulado enormes riquezas. Era un verdadero azote del Mediterráneo: no había en este mar costa que no hubiese saqueado, así como no había tampoco flota que no hubiera vencido.

En la época en que se desarrolla esta verídica historia se encontraba en el apogeo de su poder, y hasta hacía temblar al propio bey de Argel.

Los mejores palacios eran suyos; las más rápidas galeras, que conducía de victoria en victoria, eran suyas también; las más bellas esclavas y los esclavos más robustos eran asimismo de su propiedad.

¡Y cuántas horribles atrocidades realizaba contra los desgraciados que se encontraban en su palacio! ¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre vertían aquellos infelices!

Una falta cualquiera, una palabra, eran suficientes para que la *Pantera de Argel* los martirizase con ferocidad inaudita. Ni edad, ni sexo, ni belleza encontraban gracia cerca de él. Se divertía en castigar a sus esclavos con sus propias manos, empleando un enorme garrote que les rompía los huesos; y para entretenerse cuando estaba ebrio, hacía amarrar a las columnas de las galerías de palacio a los cristianos robados en las playas de Italia, de Provenza y de España, y se complacía en azotarlos hasta qua saltara la sangre[3].

Imponía las penas más horribles a cualquiera que, exasperado por sus malos tratos, intentase huir de su palacio o del presidio. Los hacía enganchar en garfios de hierro, dejándolos morir lentamente, o los sumergía hasta la cintura en fosas rellenas de cal viva, o los hacía matar a bastonazos en el vientre y en las plantas de los pies.

Pero donde especialmente saciaba su odio era en los fregatarios.

¡Ay de ellos si caían entre sus manos! En primer término les arrancaba la piel, y sobre las carnes desnudas de aquellos desgraciados se divertía en hacer verter aceite hirviendo, para oírlos aullar y mugir como bestias feroces.

* * *

Apenas descendió del caballo, el Barón fue brutalmente atado con las manos a las espaldas, para que no pudiera oponer la menor resistencia. Luego, juntamente con

Cabeza de Hierro, fue llevado a través de una serie de corredores llenos de guardias que los miraban con aire burla.

Por último, los introdujeron en una espaciosa galería sostenida por columnas dóricas,

[3] Histórico

sobre las cuales se veían innumerables manchas de sangre.

Recostado en un diván de seda roja se encontraba un hombre como de cincuenta años de edad, con un barba espesa, ojos azules y tétricos, que tenían reflejos propios de una bestia feroz, y la nariz encorvada en forma de pico de papagayo.

Aquel individuo estaba lujosamente vestido con un traje blanco de seda adornado con botones de esmeralda, tenía en la mano una enorme pipa turca con boquilla de ámbar, que de vez en cuando se llevaba a los labios, arrojando al aire nubes de humo impregnadas de un penetrante perfume de rosa.

Detrás de él, erguidos cerca del diván, se encontraban dos negros medio desnudos, de forma atlética, que tenían en las manos dos enormes cimitarras. Ambos se hallaban en perfecta inmovilidad y no apartaban los ojos de su amo, dispuestos a obedecer sus órdenes a la menor señal.

El Barón había entrado solo en la galería. *Cabeza de Hierro* aguardaba afuera.

-El Capitán General de las galeras lo espera -dijo el oficial que acompañaba al joven.

El pobre caballero sintió correr por todo su cuerpo un sudor frío al oír el nombre funesto de Culquelubi.

No obstante, avanzó erguido, con la frente alta y el paso firme hacia el diván, mirando audazmente al terrible devastador del Mediterráneo, ante cuya presencia todo el mundo tiembla.

Culquelubi se incorporó para observar mejor al recién llegado. Debía encontrarse en uno de sus raros momentos de buen humor, por que miró al joven sin arrugar la frente y sin que sus ojos se iluminaran con los terribles relámpagos de furor que tanto temían sus esclavos.

Lo examinó durante unos momentos con atención y aspiró dos o tres bocanadas de humo perfumado de su pipa; después sacó del bolsillo de oro que pendía de su cintura un billete y lo leyó despacio.

-Apuesto mancebo -dijo a poco en italiano y con sonrisa un tanto irónica -, ¿Quién eres?

-Un levantino -respondió el Barón.

-¿Cristiano?

-Musulmán.

-¿Pero, porqué me has contestado en italiano?

-Es el idioma que uso, porque trafico por aquellas costas.

-¿A qué has venido?

-A vender un cargamento de esponjas adquiridas en Deidjeli.

-¿Dónde está el barco?

-Lo he enviado a Tánger a cargar tafilete y tapices de Rabat.

-¿Luego eres marino?

-Sí.

-¿Y musulmán?

-Creo en el Profeta.

-¿Sabes las causas de vuestro arresto?

-La ignoro.

-Te han acusado- dijo Culquelubi.

-¿De que? -preguntó el Barón, que estaba resuelto a mentir en todo para no envolver en el peligro a la Condesa de Santafiora.

-De ser cristiano.

-El que ha dicho eso es un miserable -respondió el joven con suprema energía.

Culquelubi hizo una señal a uno de los dos negros.

El esclavo tomó de una pequeña mesa incrustada de oro un libro encuadernado en tafilete y lo abrió, poniéndolo delante del Barón.

-Pon la diestra sobre esas páginas -dijo Culquelubi, con siniestra sonrisa- y repite conmigo estas palabras. Como debes sabérsete libro es el Corán.

“En el nombre de Aquel que es el solo y único Dios, puesto que no hay más Dios que él;”

“En el nombre de Mahoma, que es el único profeta, puesto que no hay más profeta que él;”

“Juro ser un verdadero creyente, y esto lo afirmo bajo pena de condenación eterna".

El Barón permaneció silencioso.

-¿Por qué no juras? -preguntó Culquelubi

-Porque soy un caballero -respondió el pobre joven.

-¡Basta ya de comedia! ¡Si no fueses el barón de Santelmo, ya te habría mostrado lo peligroso que es tratar da engañar a Culquelubi!

-¿Me conocéis? -exclamó el Barón con estupor.

-Sabía quién eras; pero quise probarte. Tú no eres negociante de esponjas, sino un caballero de Malta que ha dado mucho quehacer a mis corsarios, y que hace pocos días estuviste a punto de echar a pique cuatro de mis galeras en aguas de Cerdeña.

Ya ves que te conozco perfectamente. ¡Lástima que no seas musulmán! Porque, sí a tu edad eres tan valiente ¿quién sabe lo que podrías hacer más adelante en nuestra compañía?

-Ya que sabéis quién soy, mandad que me den muerte.

-¡Hay tiempo! -dijo Culquelubi con voz menos áspera-. Si quieres, todavía podrás salvar la vida, y hasta obtener la libertad.

-¿Cómo?

-Confesando el nombre del fregatario que te ha conducido y el lugar donde se encuentra.

-¡Nunca! Un caballero, un Santelmo, no es traidor. ¡Antes que hacer eso, prefiero la muerte!

-Eres de buena raza, y bajo un semblante femenil tienes un corazón de león; pero si renuncio a la idea de arrancarte el nombre del que te ha conducido aquí (que no puede ser otro que alguno de esos perros condenados que espero descubrir dentro de poco), debes decirme qué has venido a buscar en Argel.

-Asegurarme de si un amigo, hecho prisionero por vosotros, vive todavía.

-¿Y si se tratase de alguna amiga? -dijo Culquelubi con sonrisa maliciosa.

El Barón se estremeció y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzar una exclamación de sorpresa. Sin embargo, su palidez era tanta, que no se ocultó a las escudriñadoras miradas de Culquelubi.

-He dado en el blanco; ¿no es cierto? -preguntó.

-No -respondió el Barón con voz alterada por la angustia-. Se trata de un hombre, y no de una mujer.

-Entonces, me dirás quién es, y yo podré decirte si ha muerto o vive.

-No puedo decirlo,

-Pues me convenzo más de que se trata de una mujer.

-¡No es cierto!

-¿Todavía pretendes engañarme? Perderás el tiempo inútilmente. Yo sé que se trata de una mujer; de una mujer a quien amas.

-¿La conocéis? -exclamó el Barón con angustia,

-Ya ves que tú mismo te has vendido -añadió Culquelubi, siempre riendo-. Has descubierto el juego; pero aun no está ganada la partida.

-¿Qué queréis decir?

-Que deseo conocer el nombre de esa dama.

-¿Qué pretendéis hacer con ella?

-¿Yo? ¡Nada! Pero hay una persona que desea conocer su nombre.

-¿Una mujer?

-Eso lo ignoro.

-Hay una princesa mora que quiere saberlo; ¿no es cierto?

-¡Basta! ¡Delante de ti se encuentra el jefe de las galeras! -dijo Culquelubi frunciendo el ceño y haciendo un gesto de impaciencia-. ¿Quieres decirme quién es esa cristiana y dónde se encuentra?

-Podéis matarme; pero no lo sabréis nunca.

-¡No siempre se muere pronto!

-Conozco el horror de vuestros suplicios.

-No de todos. Por última vez, ¿quieres decirme su nombre?

-¡No! -replicó el Barón.

-¡Por la muerte de toda la cristiandad! ¡Mi paciencia se agota! -aulló Culquelubi-. ¡No comprendo cómo he tenido calma para escuchar tanto tiempo!

Después, volviéndose hacia los dos negros, que habían permanecido impasibles como estatuas, les dijo:

-¡Manos a la obra!

Los dos negros alzaron una tienda situada enfrenta del diván y que ocultaba una columna de mármol verde, de forma cuadrada, perfectamente lisa, con abrazaderas de hierro, y en cuya cima se veía un jarrón, del cual salía un pequeño tubo encorvado.

El Barón miró aquel extraño instrumento de tortura, sin llegar a comprender su objeto, pues no veía sobre la columna mecanismo de ninguna especie, ni puntas de hierro, ni cuchillos para desgarrar las carnes.

A una señal de Culquelubi, los dos negros se apoderaron del Barón y lo condujeron hasta la columna, lo apoyaron contra ella y le amarraron las piernas y los brazos con las abrazaderas de hierro para impedirle todo movimiento. Después le pasaron una correa por la frente a fin de atarle la cabeza a la columna, y, por último, con una navaja de afeitar, le rasuraron algunos cabellos, dejando descubierto en el centro del cráneo un redondel pequeño, del tamaño de una moneda de plata.

-¿Hablarás ahora? -le preguntó Culquelubi, que había vuelto a instalarse en el diván, saboreando una taza de café que acababa de depositar al lado suyo un criado negro.

-¡No! -respondió el Barón con acento firme.

-¿No sabes que la gota, cayendo continuamente, acaba por horadar la roca?

-No entiendo lo que queréis decir.

-Ahora lo sabrás -dijo haciendo una seña con la mano.

De pronto, el Barón sintió la impresión de una gota de agua que le caía en medio de la cabeza, sobre el punto privado de cabellos.

Palideció y cerró los ojos por un instante. Aquella gota fue para él una revelación. Empezaba a comprender el sentido de las palabras pronunciadas por el terrible corsario, y quizás por primera vez en su vida se sintió invadir por un terror pánico.

Por lo visto, aquel atormentador de cristianos quería horadarle el cráneo con una gota de agua. ¡Qué espantable suplicio había inventado el genio infernal de aquel bárbaro!

Miró a Culquelubi con ojos dilatados por el espanto. El corsario aparentaba no prestarle siquiera atención. Fumaba tranquilamente, siguiendo con la mirada las nubes de humo y bebiendo de vez en cuanto un vaso de vino de España, a pesar de las prohibiciones del Profeta, mientras los dos negros, siempre inmóviles y silenciosos, habían recobrado su puesto cerca del diván, apoyándose en sus cimitarras.

En tanto, las gotas sucedían a las gotas, cayendo con pausada lentitud, siempre sobre el mismo punto, sin que Barón, a causa de la correa que le aprisionaba la frente contra la columna, pudiese hacer el menor movimiento.

Al principio el infortunado joven había experimentado vez de un tormento cierta impresión de bienestar. Aquella agua fresquísima que le corría a lo largo de los cabellos, bañándole poco a poco el cuerpo y empapándole los vestidos, no era desagradable, especialmente en aquella galería, abrasada por los rayos del Sol africano; pero después de un cuarto de hora comenzó a sentir una agitación nerviosa que aumentaba en intensidad, produciéndose sus oídos un zumbido extraño.

Aquella simple gota de agua le parecía que se bacía más pesada de minuto en minuto y que le azotaba el cráneo con mayor fuerza, como si el líquido se hubiera transformado en mercurio. A sus golpes repetidos, el cerebro se paralizaba, impidiéndole pensar. En sus células cerebrales reinaba una confusión extraña.

-Si este suplicio continúa, acabaré por volverme loco -murmuró-. Y, sin embargo, Culquelubi no me arrancará el nombre de mi Ida, porque semejante confesión constituiría su muerte. ¡Aquí veo el odio y los celos de Amina; el corazón me lo dice!

Miró a Culquelubi, que continuaba fumando tranquilamente. Los dos negros, siempre inmóviles, miraban el recipiente de la columna.

Un silencio profundo reinaba en la galería, silencio interrumpido únicamente por el monótono golpe de aquella maldita gota de agua que caía sin tregua.

Otro cuarto de hora transcurrió. La cabeza del desgraciado joven chorreaba por todas partes, y sus vestidos estaban completamente empapados de agua. Sobre el tapiz se había formado ya una mancha, que se extendía cada vez más.

Los dolores del atormentado eran ya tan intolerables, que el Barón dudaba poder resistir a tan extraño suplicio. Le parecía que le golpeaban el cerebro con una maza. Las sienes le latían febrilmente, y los oídos le zumbaban con más fuerza que nunca. Empezaba a sentir escalofríos, y su cabeza daba vueltas.

Un gemido de dolor salió de sus labios.

Al oírlo, Culquelubi se levantó mirando al Barón irónicamente.

-Y bien, hermoso mancebo -dijo-; ¿qué te parece mi invención? Creo que los más famosos inquisidores de España no habrían sido capaces de idear otra semejante. ¿Hablarás ahora?

-¡No! -respondió el Barón con voz angustiada.

-Te advierto que no vas a poder resistir.

-¡Matadme!

-Tu vida no me pertenece.

-¡Maldito seas!

Culquelubi se encogió de hombros con indiferencia; volvió a tomar su pipa, la rellenó de tabaco y comenzó a fumar tranquilamente, diciendo:

-¡Esperaré; no tengo prisa!

El miserable estaba bien seguro de su triunfo. Aun no había transcurrido otro cuarto de hora más, cuando el Barón fue acometido por un desvanecimiento que duró varios minutos.

El desgraciado, pálido como la muerte, con los ojos extraviados y casi fuera de las órbitas, se había desploma do, y habría caído al suelo a no ser por las abrasadora de hierro que lo mantenían como esclavo a la columna.

Cuando Volvió en sí deliraba como un loco. Palabras entrecortadas salían a borbotones de sus labios. Hablaba de galeras, de batallas, de Zuleik, de la vengativa princesa, de *Cabeza de Hierro*, de Malta, de la isla San Pedro.

Culquelubi se había levantado de nuevo, y escuchaba con atención el delirio del joven, sin perder una sola palabra. En aquella actitud parecía una pantera en acecho espiando su presa, aunque en este caso la presa sólo debía ser una palabra.

De pronto, un nombre brotó de los labios del Barón con tono de voz desesperado.

-¡Ida! ¡Ida!

Culquelubi se estremeció de alegría.

-¡Acaso ese sea el nombre de la joven cristiana! -dijo para sí-. Pero eso no bastará para satisfacer a Amina. ¡Es necesario saber algo más!

El Barón, siempre presa del delirio, continuaba charlando como un insensato. En su cerebro conturbado los pensamientos ya no guardaban orden alguno. Pronunció otro nombre poco después.

-¡Santafiora! ¡Ida de Santafiora!

Culquelubi experimentó un verdadero sobresalto. Aquel nombre no le era desconocido; le recordaba al audaz caballero de Malta que muchos años antes había osado acercarse en sus galeras hasta la bahía de Argel para bombardear la ciudad.

Una sonrisa satánica de triunfo se dibujó en sus labios.

-¡Ese es el nombre de la cristiana! -dijo-. Ahora sé todo lo que necesito. Buscaremos a esa esclava, y espero que habré de encontrarla entre los prisioneros de San Pedro; porque, si la memoria no me engaña, en esa isla es donde estaba edificado el castillo de Santafiora.

Todavía siguió escachando. El infortunado joven, que en aquel momento parecía acometido de una locura furiosa continuaba repitiendo el nombre de su prometida, confirmando cada vez más las sospechas de Culquelubi.

-¡Ida! -exclamaba haciendo inauditos esfuerzos para romper las ligaduras que lo tenían sujeto a la columna-. ¡Esos malditos te siguen! ¡Huye! ¡Huye! ¡El *mirab* . . ., el normando . . ., la falúa! ¡Amina te odia, te busca . . ., ansia tu muerte! ¡Huye! ¡Huye, amada mía!

Después le acometió un segundo desvanecimiento, más prolongado que el primero. En aquel momento Culquelubi hizo una señal.

Los dos negros separaron las abrazaderas de hierro y recibieron en sus brazos el cuerpo inerte del Barón, que penas daba señales de vida.

-¿Qué hacemos con él? -preguntaron.

-¡He aquí un hermoso mancebo que podemos vender a buen precio! -dijo Culquelubi con una sonrisa de triunfo satánico-. Amina se divierte asesinando a mis jenízaros. ¡También voy yo a permitirme otra diversión a costa suya! ¿Hay sitio en el presidio de Zidi

Hassan?

-Está lleno de esclavos, señor -contestó uno de los dos negros.

-¡Cualquier lugar es bueno para estos cristianos! Llevadlos allá en compañía de su criado y mandad en mi nombre que lo curen. Decid también al comandante del presidio que esos dos hombres me pertenecen y que su cabeza responderá de su fuga.

Los dos negros levantaron el cuerpo del Barón y lo llevaron fuera de la estancia con presteza.

El capitán general de las galeras se disponía a acostarse de nuevo en el diván, cuando por la parte opuesta de la habitación entró un oficial de su guardia diciendo:

-Señor, una dama solicita permiso para entrar.

-¡Mándala al Diablo! ¡Ahora tengo otra cosa que hacer!

-Es la princesa Ben-Abend, General.

-¡Por la muerte de todos los cristianos! -exclama Culquelubi-. ¡A buena hora llega! Tendremos borrasca pero la Princesa me divierte mucho cuando rabia. ¡Dile que entre!

-Por fortuna -añadió-, cuando ella salga de aquí, el cristiano estará en sitio seguro.

Apenas dichas estas palabras, Amina apareció en a umbral da la puerta. Bajó el velo que cubría su semblante dejando descubiertos los ojos; pero Culquelubi, que la observaba atentamente, pudo notar que estaba palidísima

-Acaso -pensó- se haya arrepentido de haberme confiado la misión de hacerle hablar.

-Culquelubi -preguntó la Princesa con voz casi suplicante colocándose delante de él-, ¿qué habéis hecho con el Barón?

-Lo que me encargasteis, que hiciera, Amina. Y a fe que no me explico que me hayáis dado el encargo de hacer *cantar* a ese cristiano, después de haber sacrificado la vida de mis soldados para defender la suya. Permitidme que os diga que abusáis un poco de vuestra elevada posición, y un poco también de mi bondad.

-¿Qué os he hecho?

-Sacrificar la vida de mis soldados, repito.

-Vos sacrificáis la de muchos hombres -dijo Amina.

-Pero son cristianos; enemigos nuestros; infieles, en una palabra.

-Son hombres como vos -respondió la Princesa- En suma ¿ha hablado? ¿Sí o no?

-¿Quién puede resistir a mis deseos?

-¿De modo . . .?

-Que la cristiana ha sido descubierta.

-¿Y quién es? -preguntó la mora con los ojos centellantes de rabia

-La condesa de Santafiora.

Amina retrocedió dos pasos, diciendo:

-¡No! ¡Es imposible! ¡Ha mentido! ¡La condesa de Santafiora es la cristiana a quien ama mi hermano! ¡Repito que es imposible!

-¡Ah! ¡Sería, en efecto, muy extraño! -replicó Culquelubi-. ¿Conque Zuleik ama a una cristiana que es amada por el Barón?

-¡Os digo que no puede ser ésa!

-Más de veinte veces ha pronunciado su nombre el Barón de Santelmo.

-¡Os ha engañado!

Culquelubi meneó la cabeza, diciendo:

-Es ella; estoy seguro. El Barón deliraba, y en el delirio no se miente.

-¡Deliraba! -exclamó la princesa mirándolo dolorosamente-. ¿Qué habéis hecho con él? ¿Lo habéis atormentado?

-¡Apenas! Unas cuantas gotas de agua; pero bien aplicadas: ¡eso sí!

-¡Que lo habrán enloquecido! -gritó Amina-. Conozco vuestras artes diabólicas. ¡No he debido confiároslo!

-Si ese hombre no me hubiera sido confiado por la Princesa Ben-Abend, a estas horas ya no se encontraría vivo -dijo fríamente Culquelubi-. Debierais darme las gracias por no haberle dado muerte.

-¡Sois implacable, Culquelubi! ¡Razón tienen en llamaros la más feroz pantera de Argel!

-En eso estriba mi fuerza -respondió el corsario con una sonrisa sardónica.

-¿Dónde está el Barón?

-Está ya lejos.

-¿En qué sitio?

-Eso es lo que no puedo deciros.

-¡Quiero verlo!

-¿Para salvarlo?

-¡Eso no os importa!

-¡Alto, amiga mía! Olvidáis que es un cristiano, que yo soy un musulmán, y que estoy, además, encargado de administrar justicia. Pude satisfacer un capricho vuestro, porque nada me iba en ello y porque siempre os he profesado una verdadera amistad; pero aquí termina todo. La condesa de Santafiora es vuestra, y yo os la dejo buen grado, porque para mí no es más que una esclava. El Barón es mi prisionero ahora, y permanecerá en mi poder.

-¡Cómo! -rugió la Princesa con furor-. ¿Os atrevéis . . .?

-¿A qué? ¿A conservar el prisionero? ¡Naturalmente! Los moros lo habían denunciado como cristiano, y yo había ordenado su prisión. Entonces lo defendisteis vos, luego me lo restituisteis, y ahora lo conservo.

-¡Culquelubi, sois infame!

-No; soy un defensor del islamismo y un implacable enemigo de los cristianos. Ni más ni menos.

-¡Dejadme verlo, por lo menos!

-Seriáis capaz de auxiliar su fuga.

-¡Lo habéis asesinado!

-Juro sobre el Corán que está vivo y que dentro de algunos días acaso esté mejor que nosotros.

-¿Y esa cristiana?

-Ignoro dónde se halla; mas espero encontrarla pronto. ¿Qué pensáis hacer con ella?

-¡La mataré! -gritó Amina con exaltación.

-¿Y vuestro hermano?

-¡No puede ser la que ama!

-Me han dicho que el Conde de Santafiora había dejado una hija, y que ella fue dueña de vuestro hermano.

-¡Todo se conjura en contra mía! -exclamó la Princesa con angustia.

Culquelubi se había levantado.

-Vos amáis al Barón; ¿no es verdad?

-¡No sé si lo odio o si lo amo!

-¿Y una Princesa mora, una descendiente de reyes musulmanes que lucharon siglos en España en defensa de nuestra fe, osaría . . .?

-¡También el Sultán de Constantinopla, el jefe de los creyentes, ha amado a una cristiana! [4]. La mujer de Solimán ¿no era, por ventura, una italiana? ¡Responded, Culquelubi!

El corsario, sorprendido sin duda por la pregunta, se limitó a encogerse de hombros.

-¡Por última vez, devolvedme al prisionero! -dijo Amina.

-¡Es imposible! -respondió con acento inflexible Culquelubi-. ¡Se diría que me vuelvo protector de los infieles! El Barón será un esclavo como los demás. Es todo lo que puedo hacer por vos, Amina.

-¡No sabéis aún de lo que soy capaz!

-¿Pretenderíais matarme como a mis jenízaros? -dijo en tono de burla Culquelubi.

-¡Ah! ¿Conque todos vais contra mí, incluso mi propio hermano? ¡Pues bien; Amina Ben-Abend os desafía!

Dicho esto se echó el velo sobre la cara y salió de la sala sin volver la cabeza, mientras Culquelubi retornaba a u diván murmurando:

-¡Los descendientes de los Califas de Córdoba y Granada degeneran! Sin embargo, hay que vivir alerta, porque Amina es capaz de inventar cualquier locura por vengarse.

[4] Roscelana, robada por los corsarios berberiscos llegó después a Sultana, y también la noble veneciana Bafa, mujer de Murad. Ambas eran cristianas e italianas. —(N. del A.)

CAPITULO X
LA PERSECUCIÓN DEL NORMANDO

Mientras el Barón y *Cabeza de Hierro*, uno después otro, eran capturados por los moros, el bravo normando, como hemos visto, se había lanzado delante de la banda de las kabilas con la esperanza da salvar a sus compañeros, y especialmente de librar con mayor probabilidad propia piel, a la sazón tan peligrosamente comprometida.

El astuto fregatario no ignoraba que, de caer en poder de los moros, no emplearían con él contemplación alguna y que no alcanzarían mejor suerte los valerosos marineros de la falúa.

Aunque su caballo estaba rendido por aquella larga carrera, con dos enérgicos espolazos lo había obligado a emprender el galope resuelto como estaba a aprovechar las pocas fuerzas que le quedaban al pobre cuadrúpedo.

Cuidándose sobre todo de perder de vista a los moros se había ocultado en medio de un espeso bosque de encinas. Había formado su plan, y estaba seguro de librarse presto de sus perseguidores.

Mientras el caballo, haciendo un supremo esfuerzo se enfilaba por entre los troncos jadeante y casi sin aliento el normando, sin cuidarse de la dirección que seguía, se irguió sobre los estribos para mirar atentamente por entre las ramas que se extendían sobre él horizontalmente.

Una vez desembarazado del mosquete, se anudó la capa al cuello para estar más libre. Sin embargo, había conservado las pistolas y el yatagán.

Las kabilas, cuyos caballos estaban rendidos de cansancio, se quedaron al otro lado del bosque.

-¡Ahora vais a ver lo que es bueno! -dijo el fregatario alzándose de vez en cuando sobre la silla.

Cincuenta pasos delante de él una gruesa rama de una encina colosal se extendía horizontalmente a cuatro metros del suelo.

El fregatario, que la había observado con atención, abandonó rápidamente los estribos, se arrodilló sobre la silla manteniéndose en equilibrio, y cuando estuvo bajo la rama alargó el brazo y se aferró a ella en el mismo instante en que daba al caballo un espolazo tremendo.

Con una destreza que habría envidiado el más hábil gimnasta, se puso a horcajadas sobre la rama y se deslizó velozmente hasta el tronco. Llegado a él, ascendió hacia la copa, donde el follaje era más espeso, y se acurrucó entre las hojas.

El caballo sintiéndose libre y más ligero, había continuado su carrera vertiginosa a través del bosque.

Todavía se escuchaba el galope precipitado del animal, cuando pasaron bajo la encina como un huracán los grupos de las kabilas.

No sospechando la astucia del normando, seguían su desenfrenada carrera en pos del caballo fugitivo.

-¡He aquí lo que se llama una jugada de maestro! -dijo el fregatario riendo silenciosamente-. Cuando alcancen mi caballo y vean la silla vacía, creerán que me he roto los cascos contra un árbol y no volverán a pensar en mí. Esperemos a que caiga la noche, y luego iremos a enterarnos de lo que ha sido del Barón y de *Cabeza de Hierro.* ¡Si hubieran podido salvarse!

Estando cansadísimo, fue a sentarse en la bifurcación de una rama, y para mayor

precaución se ató con la faja de lana para evitar una caída.

En lontananza se escuchaban todavía los gritos de las kabilas, que cada vez se alejaban más. Sin duda, el caballo galopaba aún por el centro del bosque.

Durante más de una hora el fregatario estuvo apoyado sobre las ramas, con el oído siempre alerta. En el bosque ya no se oía ningún rumor, y, sin embargo, no se atrevía a salir de su escondite.

No era el temor a las kabilas lo que lo retenía en aquel sitio, sino a los moros y a los halconeros, que podían haber seguido sus huellas; y este temor lo retenía tanto más cuanto que estaba seguro de que su cualidad de fregatario lo condenaba irremisiblemente a la muerte más horrenda.

Muchas veces, arrastrado por una impaciencia irresistible, había abandonado la rama salvadora, resuelto a bajar al bosque; pero el rumor de las hojas, producido quizás por alguna gacela, lo impulsaba de nuevo a encaramarse en el árbol.

Tranquilizado al fin por el silencio que reinaba en selva, y más aún por la oscuridad de la noche, que ya había cerrado completamente, se dejó deslizar a tierra.

Entonces cebó las pistolas, empuñó el yatagán y se atrevió a penetrar entre las plantas con el propósito de llegar a la colina, que no debía estar muy lejos, según su presunción.

La noche era tan oscura, que apenas se distinguían los troncos de los árboles a dos pasos de distancia.

El normando, que temía siempre caer en alguna emboscada preparada contra él por los halconeros, avanzaba con extrema prudencia. Además, no sólo debía guardarse de los hombres, sino de las fieras, de los leones, que en aquel tiempo eran abundantísimos en las llanuras de Medeah, donde encontraban fácil y abundante presa en los aduares de las kabilas.

Más de una vez habían llegado a sus oídos crujidos de hojas secas y de ramas, que lo mismo podían ser producidos por gacelas inofensivas que por panteras o leones.

De pronto, le pareció escuchar detrás de sí un rumor extraño que seguía sus pasos.

Se detuvo apoyándose contra el tronco de un árbol, con la curiosidad de averiguar qué clase de animal se atrevía a. darle caza.

-¡Veamos! -dijo-. ¡No me gusta ser seguido!

Se agazapó detrás del árbol, teniendo el yatagán fuertemente apretado en una mano y la otra apoyada en la culata de la pistola.

El extraño rumor cesó en aquel momento por completo. No obstante, se mantuvo inmóvil durante algunos minutos, procurando ver si distinguía algo bajo la sombra proyectada por la encina.

Un ligero crepitar de hojas secas le reveló que no se había engañado. Alguien lo seguía, ya fuese un hombre o un animal.

Otro minuto transcurrió.

Entonces distinguió dos puntos fosforescentes que parecían acecharlo.

-Si fuese un león, ya se habría anunciado con algún rugido -murmuró-. Por fuerza tiene que ser una pantera. ¡Después de los hombres, las fieras! ¡He cometido una locura al desprenderme del mosquete! Pero, ¡qué diablo!, ahora las recriminaciones son inútiles. Por otra parte, no estoy inerme, y, si me acomete, tendrá que habérselas conmigo.

La fiera, pantera, león o lo que fuese, no parecía mostrar gran apresuramiento en lanzarse sobre el normando. Sin duda había advertido que el hombre estaba armado, y no osaba atacarlo directamente, esperando ocasión, más propicia para caer sobre él.

Así permanecieron ambos adversarios, uno frente al otro, largo rato. Por fin el

fregatario, impacientado, se decidió a moverse.

-Si no tiene coraje para embestirme, es inútil que pierda el tiempo en esperarla -dijo-. Guardaré las espaldas, y procuraré llegar a la colina. Allá arriba estaré tranquilo.

Montó la pistola, por última vez miró a la fiera, que conservaba la más absoluta inmovilidad, y emprendió el camino, aunque sin dejar de volver la cabeza a cada instante.

Apenas había andado unos cuantos pasos, cuando dejó de ver los dos puntos fosforescentes.

-¿Habrá renunciado a seguirme, o habrá dado un rodeo para sorprenderme más adelante? -se preguntó, no sin cierta ansiedad.

Aunque el fregatario tenía una gran dosis de valor, no por eso dejó de inquietarle esta duda.

Decidido a apretar el paso para no dejarse preceder por la fiera, se lanzó a todo correr, procurando alejarse los árboles, que cada vez abundaban menos.

De un solo aliento recorrió así doscientos pasos. Ya distinguía las márgenes de la selva, cuando sintió que se precipitaba sobre él una masa pesada que lo derribó en tierra.

Por fortuna, tuvo tiempo de volverse y cayó, no de bruces, sino de espaldas. Entonces vio delante de sí un enorme animal que se le echaba encima. Rápido como el relámpago, le tiró una cuchillada de yatagán con toda la fuerza de su fornido brazo.

La fiera herida retrocedió. De un salto se había lanzado sobre una rama baja, y de otro salto se encontró en medio de las hojas, manifestando su dolor y su cólera con sordos bramidos.

El normando, salvado milagrosamente de una muerte cierta, se había levantado con prontitud y alzó el yatagán, creyendo que la fiera volvería al asalto.

Pero la pantera se limitó a sacudir la rama en que se había refugiado, y a maullar como un gato furioso. Viéndola en aquella actitud, el normando volvió la espalda y huyó a todo correr, para ponerse en salvo en la colina, que empezaba a entrever entre el follaje de los últimos árboles.

En menos de cinco minutos llegó a la margen del bosque, encontrándose precisamente en el mismo sitio donde había ocurrido el encuentro entre el Barón y los moros.

-¡Aquí fue donde nos separamos! -exclamó-. ¡Veamos si puedo hallar indicios de aquel caballero! ¡Qué veo!

Una masa blanca había atraído su mirada. Aquella masa yacía tendida sobre la hierba, y en torno suyo giraban siete u ocho animales semejantes a pequeños lobos, con las patas altas, la cola erguida y la piel rojiza, aullando lamentablemente.

-¡Si se reúnen aquí los chacales, es que hay presa segura! -murmuró.

Y se lanzó hacia adelante blandiendo el yatagán y gritando. Los nocturnos y siniestros animales huyeron todas direcciones.

-¡Un caballo muerto! -exclamó el marinero agachándose sobre la masa blanquecina -. ¿Acaso se habrá dejado prender el Barón?

Se agachó un poco más y examinó atentamente el terreno. Entonces sus ojos tropezaron con una de esas pistolas de cañón con arabescos dorados que usan los moros. Un poco más lejos se veía una gran mancha de sangre.

-¡Aquí han dado muerte a un hombre! -dijo-. ¿Habrá sido el Barón o algún moro? ¡Cuánto daría por saberlo!

Iba a continuar sus indagaciones con el objeto de ver si descubría alguna cosa que le permitiese adivinar lo que había ocurrido después de su retirada, cuando un disparo, seguido súbitamente por otro, resonó cerca de las márgenes del bosque.

En aquel momento se oyó un grito humano estridente y angustioso.

-¡A mí, Ibrahim! ¡Auxilio! -había gritado una voz

-¡La pantera ha acometido a un hombre! -exclamó el normando.

Y sin pensar que podía encontrarse frente a frente con sus enemigos; no escuchando más que la generosidad y el propio valor, en vez de huir, el fregatario se lanzó en dirección del bosque.

El grito volvió a repetirse con mayor angustia:

-¡Auxilio, Ibrahim!

En dos saltos, el normando llegó hasta los primeros árboles.

Una espantosa escena se ofreció entonces a sus ojos.

Un hombre, un moro de las kabilas probablemente; yacía en el suelo, y sobre él estaba una fiera: la misma que asaltó al normando pocos momentos antes.

El hombre se defendía desesperadamente mientras la fiera se disponía a hundirle las garras en el cuello.

-¡Ah, canalla! -gritó el normando.

Y de un salto se lanzó sobre la fiera. Al advertir su presencia, la pantera se volvió con rapidez y se dispuso embestir a su adversario.

El fregatario, rápido como el pensamiento, le descargó a boca de jarro la pistola sobre las abiertas fauces. Cegado por la sangre, el feroz animal, y luchando con las convulsiones de la agonía, se arrojó de nuevo sobre el desgraciado que tenía bajo sus garras. Pero un segundo golpe de yatagán acabó con su vida en un minuto.

En aquel momento otro hombre, armado con un enorme mosquete, se lanzó fuera de la espesura, gritando ansiosamente:

-¡Ahmed! ¡Ahmed!

-¡Llegas un poco tarde, amigo! -dijo el normando- ¡El asunto ha concluido!

El recién llegado era un hermoso joven de elevada estatura, de facciones correctas y piel bronceada. Vestía un sencillo traje de tela gruesa, muy semejante a los que se usan todavía en algunas kabilas.

-¡Acabas de salvar a mi hermano! -dijo efusivamente-. ¡Te lo agradezco; mi gratitud será eterna!

-Veamos, ante todo, si he llegado a tiempo -replicó el fregatario inclinándose sobre el herido.

El hombre que había sido atacado por la pantera procuraba incorporarse. Estaba cubierto de sangre, que brotaba en abundancia de dos profundas heridas que tenía en la espalda.

El terrible carnívoro le había clavado las garras en carne, aunque, por fortuna, las heridas no ofrecían peligro de muerte.

El herido, que era también un joven muy robusto, no dejaba escapar ninguna queja. Al ponerse en pie, alargó la mano a su salvador, diciéndole:

-¡Te debo la vida! ¡En cualquier momento que tengas necesidad de un amigo verdadero, acuérdate de Ahmed-Zin!

-¡He aquí dos amigos que un día podrán presta servicios preciosos! -pensó el normando.

Ibrahim se había quitado la faja que le ceñía el cuerpo y empapándola en agua de un pozo que se encontraba en aquel sitio, lavó con mucho cuidado las heridas de Ahmed.

-¿Puedes andar? -preguntó a su hermano-. Nuestro aduar no está lejos.

-Si no te disgusta, te ayudaré -dije-el normando, el cual buscaba un refugio para pasar la

noche.

-Mi tienda es tuya, como tuyos son mis carneros -respondió Ibrahim-. Seremos muy dichosos teniendo como huésped a un hombre tan valiente como tu.

-¿Dónde está tu aduar?

-Allá abajo, detrás de ese bosque,

El normando arrancó un pedazo de tela de su capa y vendó las heridas para contener la sangre que manaba de ellas en abundancia. Después, hizo que el pobre joven se apoyase en su brazo y siguieron a Ibrahim, que los precedía con paso rápido.

En efecto, el aduar estaba muy cerca. Como todos los argelinos, se componía de dos tiendas de gruesa tela parda, de forma rectangular, rodeando un recinto formado por cañas secas y hojas de áloe.

En torno de las tiendas pastaban muchos carneros bajo la vigilancia de un enorme mastín y de un negro: un esclavo seguramente.

El herido fue colocado sobre un lecho de pieles y de viejos tapices. Luego, Ibrahim llevó al normando al exterior de la tienda, diciéndole:

-Eres mi huésped: manda.

-No pido más que una cena y una estera donde pueda acurrucarme durante un par de horas. Estoy hambriento y cansado.

-Tendrás todo lo que deseas -respondió el moro-. Espérame un momento.

Mientras preparaba la cena ayudado por el negro, el normando se había dirigido hacia el vallado de cañas, y desde allí observaba con atención la colina, en cuya base se había separado del Barón.

-Este moro debe haber visto todo lo que ha ocurrido entre el Barón y sus perseguidores. Es imposible que no sepa lo ocurrido esta mañana. Lo interrogaré.

-Ya está servida la cena -dijo en-aquel momento Ibrahim-. Entra en la tienda.

Sobre una estera tapizada de hojas verdes había dispuesto un cabritillo asado, tortas de harina cocidas al horno y magníficos racimos da dátiles.

El normando, después de beber un jarro de agua mezclada con leche de camella, la emprendió con el asado, las tortas y las frutas, con gran satisfacción del pastor, que se mostraba satisfechísimo al verle hacer honor a la cena.

-¿Eres extranjero? -preguntó el moro después que el normando hubo saciado el hambre.

-Sí -respondió éste-. Soy de Túnez, y mi barca se encuentra ahora en Argel.

-¿De modo que te marcharás pronto?

-Dentro de cuatro o cinco horas, si puedes facilitarme un camello o un caballo.

-Todo lo que yo tengo es tuyo. Escoge entre mis bestias la que más te agrade.

-¡Gracias! ¡Eres generoso!

-Tengo el deber de no negarte nada. Sin tu auxilio la pantera habría devorado a mi hermano, pues lo que es mi ayuda hubiese llegado tarde.

-¿Volvíais del pastoreo?

-No; nos habíamos ocultado en el bosque para descubrir la fiera, que ha hecho verdaderos estragos en nuestro ganado. Tú nos has librado de ella.

-¡ No hablemos más de eso!

-Y tú, ¿qué hacías en la selva?

-Me he extraviado siguiendo a una gacela que había herido esta mañana, y que los halconeros perseguían.

-Entonces, estabas con los moros que cazaban en la llanura -dijo el pastor.

-Sí; estaba con ellos.

-Debió estallar una pendencia entre esas gentes -añadió Ibrahim-. ¿Estabas tú presente?

-¿Una pendencia? -exclamó el normando fingiendo la mayor sorpresa.

-¿No lo sabes?

-No; porque, como acabo de decirte, me había separado de los compañeros para seguir a una gacela.

-Y hasta han matado a uno -prosiguió el kabileño-, a un moro.

-¿Y por quién fue muerto?

-Por un joven marroquí.

-¿Montaba un caballo blanco?

-Sí -respondió el kabileño-. Debía ser un joven muy valiente y muy diestro en el manejo de las armas, porque antes de rendirse derribó a un jinete, y después al caballo de otro.

-¿Y lo mataron? -preguntó el normando con angustia.

-No, porque poco después volví a verlo en la silla rodeado de los hombres que lo habían seguido.

-¿Estás seguro de ello?

-¡Y tanto! ¡Cómo que estaba escondido detrás de una roca a menos de cincuenta pasos del sitio de la pelea!

El normando respiró con satisfacción.

-¡Lo han aprisionado! -pensó-. ¡Entonces, aún no está todo perdido!

Y después, volviéndose hacia el kabileño, dijo en alta voz:

-¿Has observado a un moro ricamente vestido que montaba un soberbio caballo morcillo?

-Sí, y puedo decirte que él fue quien impidió a los otros que diesen muerte a aquel bravo joven. No debía ser el único prisionero ese joven.

-¿Por qué?

-Porque poco antes vi en su compañía otro que huyó por el bosque.

-¿Y no lo siguieron?

-Sí, muchas kabilas que estaban de paso, a las cuales quizás aquellos moros habían prometido un premio si legaban a capturarlo.

-¿Y lo prendieron?

-No lo sé, porque no he visto volver al fugitivo ni a sus perseguidores.

-Pues mañana sabré el motivo que ha causado esa contienda. Dame un tapiz o una estera, prepárame un camello o un asno, si es que lo tienes, y déjame dormir hasta medianoche.

-Se hará todo lo que deseas. Pero no olvides que espero volver a verte un día. Desde hoy te considero como un hermano.

-Muchas gracias -respondió el normando-. Es posible que todavía tenga necesidad de mi hermano Ibrahim.

El negro había preparado un lecho de pieles de cordero en la otra tienda, que estaba próxima a la ocupada por el herido.

El normando, que estaba rendido de fatiga, se arrojó sobre las pieles y se durmió a los pocos momentos, mientras el negro y el kabileño, sentados cerca del fuego, velaban por la seguridad del ganado.

A medianoche una mula, elegida entre las cuatro o cinco que poseía el kabileño, se encontraba enjaezada.

-¡Hermano, ya es hora! -dijo el pastor sacudiendo a al fregatario.

El normando se puso en pie.

-Hace buen tiempo -dijo-, y llegaré a Argel sin tormenta.

-¿Te vas enseguida? -preguntó Ibrahim.

-Sí; me corre prisa en llegar a la ciudad.

-Espero que volveremos a vernos. Acuérdate de que dejas aquí dos hermanos.

-¡Gracias; no lo olvidaré! Saluda al hermano Ahmed, a quien espero ver curado pronto.

-¡Que Dios te guarde y el santo Profeta te proteja! El normando abrazó al kabileño y montó en la mula, que trotaba como un caballo.

-¡Vamos a ver al *mirab* ante todo! -murmuró-. ¡Él me aconsejará lo que debe hacerse!

Y jinete y mula se perdieron poco a poco en la llanura silenciosa.

CAPITULO XI
EN LA ERMITA DEL “MIRAB”

Seis horas después, es decir, un poco antes de que despuntase el alba, el normando llegaba felizmente detrás de la Casbah y se detenía delante de la morada del ex templario.

Viendo brillar a través de las hendijas de la puerta un hilo de luz, se apresuró a llamar, después de haber atado la mula al tronco de la encina que crecía al lado de la pequeña habitación.

La voz del viejo respondió en el acto.

-¿Quién me busca?

-¡El normando!

La puerta se abrió.

-¡Te esperaba! -dijo el *mirab* haciéndole entrar y cerrando la puerta -. Traes malas noticias; ¿no es cierto?

-¿Luego sabéis? . . .

-Ayer he visto entrar en la ciudad a Zuleik, que conducía prisionero al barón de Santelmo escoltado por algunos moros.

-Entonces es inútil que os cuente . . .

-Al contrario, debes contármelo todo - dijo el *mirab*.

El normando no se lo hizo decir dos veces. El viejo lo escuchó atentamente sin interrumpirlo; después, cuando el fregatario hubo terminado la reseña de aquella desgraciada expedición, dijo:

-¡Lo había previsto!

-Hemos estado desgraciados, señor, y nada más. Ahora quisiera saber lo que hará Zuleik con el Barón. ¿Lo denunciará a Culquelubi?

-Lo dudo.

-¿Por qué?

-Porque hay una persona que lo protege y a quien todo Argel respeta.

-¿Aquella dama mora?

-Sí, y hoy he sabido quién es -dijo el *mirab* sonriendo-. Tú sabes que tengo muchas relaciones, y hasta una especie de policía secreta que me ayuda en las evasiones de los pobres cristianos.

-Eso no es nuevo para mí.

-¿Sabes quién es aquella dama?

-No acierto a adivinarlo.

-La princesa Amina-Ben-Abend, la joven viuda de Sidi-Alí-Mamí, el famoso navegante del Mediterráneo; la hermana de Zuleik, en suma.

-¡Voto a mil bombardas! -exclamó el normando-. ¡Qué extraña combinación! ¡La hermana de Zuleik protectora del Barón! ¡Entonces, está a salvo, a menos que: el hermano consiga arrancárselo a viva fuerza! ¡No se atreverá a ponerse enfrente de Amina! ¡La energía de esa mujer es indomable! ¿ Estará quizás enamorada del Barón?

-Es posible -respondió el mirab.

-¿Y si el Barón, que ama a la Condesa, no corresponde a su cariño?

-En eso está el peligro. Amina no le perdonaría nunca semejante afrenta, y se vengaría de una manera implacable.

-Y probablemente haría también víctima de su odio a la misma Condesa.

-Pero ella está segura dentro de las murallas de la Casbah.

-¿Qué decís?

-Lo que oyes. La condesa de Santafiora ha sido elegida por los agentes del Bey, y conducida a la Casbah como esclava.

-¡Entonces, está perdida lo mismo para el Barón que para Zuleik!

-En efecto; no será fácil libertarla de aquel lugar. No obstante, prefiero verla esclava del Bey a que se encuentre en poder de Zuleik. Yo tengo entrada franca en la corte, en mi calidad de jefe de los derviches, y no me será difícil verla, y aun hablarle, pues hasta que entre en el harén no puede ser recluida en absoluto, y en el harén no puede entrar en algunos meses.

-¿Y por qué no antes?

-Porque ante todo tiene que aprender la lengua árabe, tocar la *tiorba* y cantar; es decir, transformarse en una verdadera musulmana, y todas estas cosas no se aprenden en quince días.

-Nunca he necesitado más tiempo para salvar a un cristiano y preparar su fuga del presidio.

-La Casbah no es un presidio, y tendremos que vencer dificultades enormes para robar a la Condesa. Pero ya llega el alba, y debo ir a la mezquita. ¿Quieres aguardarme aquí? Espero traerte noticias del Barón.

-Desearía ver a mis gentes.

-Tu falúa sigue en el puerto y nadie se cuida de ella. Yo haré que tus marineros. conozcan tu regreso. No es prudente, después de lo ocurrido, que te aventures por las calles de Argel, y mucho menos habiéndote visto Zuleik y sus moros. Aquí tienes una buena cama, víveres, tabaco y alguna botella de buen vino. Como ves, hay más de lo necesario para no aburrirse.

-No puedo pedir más -respondió él normando-. Dormiré algunas horas, porque aún tengo necesidad de descanso. ¿Cuándo volveréis?

-Después del mediodía.

Dicho esto, el *mirab* se echó sobre los hombros el abrigo, tomó e! Bastón y salió a la calle.

Una vez cerrada la puerta, el normando se echó en la cama y reanudó el sueño que había interrumpido la noche anterior.

Cuando abrió los ojos, ya era más de mediodía y, sin embargo, el *mirab* no se había presentado aún. Pero lo inquietó aquella tardanza, pues sabía que el viejo gozaba de mucha consideración entre los berberiscos a causa de su condición de jefe de una de las Ordenes religiosas más respetadas.

Se preparó la comida, a ala cual hizo mucho honor, acompañando los manjares con un par de botellas que el viejo templario tenía escondidas en la tumba donde después de su muerte debía ser enterrado el santo musulmán.

Transcurrió un día entero sin que el viejo apareciese.

-¿Qué le habrá pasado al *mirab*? -se preguntaba el normando.

Salió muchas veces a, la puerta esperando verlo regresar; pero en vano. Un poco inquieto ya, se preparaba a desatar la mula, decidido a seguir hasta la casa del renegado, cuando lo vio regresar. No obstante su edad avanzada, el ex templario marchaba deprisa.

-No me esperabas ya; ¿verdad, Miguel? -dijo el viejo entrando y dejándose caer sobre el diván.

-En efecto; estaba muy inquieto por vuestra tardanza

-Tengo muchas cosas que contarte.

-¿Buenas?

El *mirab* bebió un trago de vino que el normando le escanciaba, y después replicó con cierto mal humor:

-No son muy buenas, en efecto. La hermana de Zuleik ha comprometido gravemente al Barón.

-¿Comprometido?

-De tal modo, que dudo que pueda librarse de las iras de ese monstruo de Culquelubi.

-¿Qué decís?

-Traicionado no sé por quién, pero probablemente por los moros o halconeros que acompañaban a Zuleik en su partida de caza, ha sido denunciado al Capitán general.

-¿Y ha sido arrestado? -preguntó el normando palideciendo.

-Todavía no. La Princesa dispuso que sus gentes recibieran a los jenízaros de Culquelubi a mazazos, poniéndolos en fuga y arrancando al caballero de su poder, después, de matar a algunos de ellos.

-¿Y adonde lo han llevado?

-Eso se ignora; pero Culquelubi dará con él, y entonces se vengará a pesar de la Princesa.

-Si llegan a prenderlo, yo también me veré envuelto en la catástrofe. Lo pondrán en el tormento para saber quién ha sido la persona que lo ha conducido a Argel.

-Ese caballero se dejará matar antes de descubrir tu nombre -respondió el *mirab*.

-¿Y creéis que el otro resistirá?

-¿Cuál otro?

-Su criado.

-¿*Cabeza de Hierro*?

-Sí.

-No había pensado en él.

-¿Sabéis si también está preso?

-Lo está, Miguel.

-Pues entonces, mi muerte es cosa segura -dijo el normando palideciendo-. ¡Ese bravucón nos denunciará a todos para salvar la piel!

-Todavía no se encuentra entre las garras de los jenízaros de Culquelubi -dijo el mirab-. ¿Quién sabe dónde lo habrá escondido la Princesa? Pero, en fin, pronto sabremos todo lo que sucede en el palacio del Capitán general. Un esclavo cristiano nos informará de todo.

-¿Y no tenéis ninguna noticia de la Condesa?

-No me ha sido posible entrar en la Casbah, porque el Bey tenía que recibir hoy a una embajada francesa. Mañana trataré de verla.

-¿Y mis gentes?

-Ya saben que has vuelto y que no corres peligro alguno. Cenemos, y después a dormir. No soy un chico, y los años cada vez me pesan más.

La cena no fue muy alegre. Ambos estaban preocupados; sus pensamiento volvía siempre a Culquelubi, pues temían, con razón, que aquel monstruo realizara una de sus frecuentes venganzas.

A la mañana siguiente sus temores se redoblaron. Un cristiano disfrazado de árabe les

había llevado las gravísimas noticias que ya conocen los lectores de esta verídica historia. La captura del Barón en el castillo de la Princesa mora, su interrogatorio y sus confesiones arrancadas por el delirio del tormento, y por último, su conducción en compañía de *Cabeza de Hierro*, al presidio de Zidi-Hasan.

-¡La catástrofe no puede ser más completa! -dijo el normando cuando se encontró a solas con el mirab-. Comienzo a desconfiar del buen éxito de nuestra empresa señor, y siento que el más profundo desaliento se apodera de mi.

-Haces mal -respondió el ex templario.

-¿Qué decís?

-El presidio de Zidi-Hasan no es la Casbah; y aunque Culquelubi haya conseguido apoderarse del Barón -cosa que yo no creía- no dudo de conseguir su huida, No será el primero a quien haya libertado.

-Los jenízaros velarán sobre él. Me sorprende que el Capitán general, tan feroz siempre con los cristianos, no haya mandado empalar a ese pobre joven.

-También a mí me admira -dijo el *mirab*-. Los cristianos sorprendidos en Argel nunca encontraron gracia cerca de esa pantera, y ha mandado matarlos en los suplicios más atroces.

-Así es.

-Debe andar en ello la mano de la Princesa. De fijo, Culquelubi no se ha atrevido a inmolar a un hombre protegido por la hermana de Zuleik.

-¿Es posible que la Princesa logre sacarlo del presidio?

-Eso mismo estaba pensando en este momento, y quizás . . .

-¿Qué?

-Quizás me atreva a intentar un golpe de audacia.

-¿Cuál?

-Ir a ver a Amina.

-¡Os comprometeríais! ¡Un jefe de los *derviches* entrometerse en la liberación de un cristiano! ¡Pensadlo bien, señor!

-Está pensado.

-¿Qué vais a hacer?

-Ir a verla -respondió el viejo con acento resuelto-. Esa generosidad de Culquelubi me infunde miedo.

-¿Por qué?

-Porque temo que haya respetado la vida del Barón y la del catalán con la esperanza de poder arrancarles otras confesiones que podrían envolver mi ruina, la tuya, y hasta la de tus gentes. Sé que Culquelubi ha jurado la destrucción de los fregatarios, que todos los años roban un buen número de esclavos, y estoy convencido de que hará todo lo imaginable para descubrir a los que han conducido al Barón a Argel.

-¿Eso teméis?

-Eso temo. Si ayer no pudo obtener esa confesión, la obtendrá otro día. ¡Oh! Conozco la astucia, y la ferocidad de ese hombre, y, si no nos apresuramos a arrancar los prisioneros de sus manos, ninguno de nosotros puede estar seguro de ver el alba o el anochecer de mañana.

-¡Me aterrorizáis, señor!

-Ya ves que debemos obrar. Si consigo recabar el auxilio de la Princesa, Culquelubi acabará por perder la partida. Los Ben-Abend son poderosos.

-¿Y Zuleik?

-De ése hemos de guardarnos, pues tenemos interés en que no sepa nada, toda vez que no habría de ayudarnos a salvar a un rival.'

-Cierto.

-¡No perdamos tiempo!

-¿Estáis decidido?

-Más que nunca.

-¡Pensadlo bien!

-Todo está reflexionado.

-¿Podré seros útil?

-Tú rondarás por las cercanías del presidio. ¡Quién sabe! Acaso puedas recoger alguna noticia acerca del Barón.

-Lo haré.

-Evita, sin embargo, las calles frecuentadas y cambia de traje; los disfraces no faltan en Argel.

-¿Queréis utilizar mi mula?

-Si -respondió el *mirab*-. Esta noche nos volveremos aquí o a casa del renegado.

El normando lo ayudó a montar sobre la cabalgadura.

Después, el viejo se puso en camino con dirección a la ciudad.

Hacía ya mucho tiempo que conocía el palacio de Amina, uno de los más espléndidos de la ciudad de Argel.

Para pasar inadvertido el viejo *mirab* cruzó por las calles más extraviadas, y a eso de las diez de la mañana se detenía delante del palacio de los Ben-Abend, siendo saludado por la guardia.

Su condición de jefe de los *derviches* le abría todas las puertas.

Descendiendo de la mula, el viejo se dirigió a uno de los criados y le dijo:

-Advertid a la señora que deseo verla.

Pocos momentos después el mayordomo apareció en la entrada de Palacio y acompañó al *mirab* hacia la puerta de una cámara lujosísima, adornada con tapices y divanes del mejor gusto. Sobre un pebetero dorado ardían suavemente los más delicados perfumes, esparciendo toda la habitación aquel olor delicioso de que tanto gustan las poblaciones del África Septentrional.

Amina, espléndidamente vestida, se encontraba ya acostada en uno de los divanes de aquella habitación.

Al ver entrar al *mirab* se había incorporado ligeramente, levantando el velo de muselina hasta la altura los ojos.

-*Salan Alikum*[5], Amina Ben-Abend -dijo el viejo inclinándose.

-Y contigo, santo varón -respondió la Princesa- ¿A qué debo el honor de la visita del jefe de los *derviches*? Si se trata de edificar alguna nueva mezquita cualquier ermita, la bolsa de los Ben-Abend está abierta y puedes disponer de ella libremente, *mirab*.

-Mi venida no se relaciona con nuestra religión, Princesa. Se trata de la salvación de un hombre que quizás interese a Amina Ben-Abend.

La mora no pudo contener un gesto de asombro.

-No te comprendo, santo varón -dijo después de un momento de silencio.

[5] La salud sea contigo.

-Entonces, ¿a qué obedece vuestro asombro? Tengo la seguridad de que conocéis el nombre de la persona de quien os hablo.

La Princesa lo miró fijamente sin decir una sola palabra.

-Vengo a hablaros del barón de Santelmo, de ese infortunado joven a quien habéis salvado de las garras de los jenízaros de Culquelubi.

Presa del mayor asombro, Amina se levantó bruscamente y miró al viejo con un estupor imposible de describir. Una oleada de sangre había teñido su semblante color de púrpura.

-¿Tú? -exclamó-. ¿Tú, un *mirab*, un fanático musulmán se interesa por un cristiano, por un infiel? ¿Es eso lo que dices?

-Sí, Princesa -respondió el viejo con voz pausada-. Yo, jefe de una de las corporaciones religiosas más potentes, he dispensado mi protección al caballero de Santelmo. ¿Eso os asombra?

-¿Y no hay motivo para ello? Hasta hoy he oído a los *ulemas* y a los *derviches* tronar contra los infieles al predicar el exterminio de los cristianos.

-Los otros, sí; yo, no -dijo el ex templario-. Para mí, el cristiano es un hombre como el musulmán. Ambos han sido creados por Dios.

-¡Es un santo varón! -exclamó como hablando para sí la Princesa.

Luego mirándolo fijamente, dijo:

-¿Has conocido al Barón?

-A él no; pero sí a su padre.

-¿A su padre? ¿Y cuándo?

-Hace ya muchos años. Entonces no era yo viejo ni *mirab*.

-¿Y por qué te interesas ahora por el hijo?

-Deseo pagar una deuda de gratitud a su padre, que me salvó la vida un día, y ahora trato yo de salvar la de su hijo. Por eso acudo a vos, Princesa.

-¿A mí?

-Sabed que ese pobre joven está en las manos de Culquelubi.

-Lo sé -murmuró Amina con voz trémula.

-Es preciso libertarlo, y no dudo que vos, Princesa, me ayudareis a ello.

-Entonces, ¿ignoras que fui yo misma quien lo entregó a Culquelubi?

-¿Vos? -exclamó el *mirab* con tono de censura.

-¡Sí, yo! ¡Yo, que, dominada por el demonio de los celos, cometí una indignidad! ¡Qué loca fui! ¡Culquelubi no lo libertará nunca!

-¿Celosa de quién?

-¡De la condesa de Santafiora, de una cristiana!

-¿De su prometida?

-¿Prometida has dicho?

-Sí.

-¡Ah! -replicó Amina con doloroso acento-. ¡En tal caso, debo considerarlo perdido para mí!

Al decir esto se puso en pie y empezó a recorrer la habitación agitadamente. Después, volviéndose hacia el *mirab* exclamó con tono conmovido:

-¡Los celos me impulsaron a cometer una locura! Comenzaba a amar a ese joven, que me recordaba a otro a quién adoré con apasionamiento en mi juventud, cuando recorrí Italia en compañía de mi padre buscando a Zuleik, robado por un corsario maltes.

“Reconozco que he cometido una infamia; ¡pero yo te juro sobre el Corán, *mirab*, que arrancaré esta pasión de mi pecho y que he de poner todas mis fuerzas y mis riquezas a tu disposición para rescatar al barón de Santelmo!

-Sabía de antemano que la Princesa de Ben-Abend me ayudaría.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de la joven.

-¡Sí; he realizado una locura -dijo con voz triste-, cuyas consecuencias me fue imposible medir! ¡Una descendiente de los califas no puede llegar a ser la esposa de un caballero cristiano! Eso habría traído el deshonor sobre mi casa, y todos los mahometanos me habrían maldecido. ¡El odio religioso no disculparía la pasión de Amina!

Se volvió a sentar silenciosamente, sin cuidarse siquiera de ocultar sus lágrimas, y luego, con la mayor amargura, continuó:

-¡Y, sin embargo, yo amaba a ese joven de ojos azules y de cabellos rubios! ¡Lo amaba por su valor antes de que lo hubiese conocido! Cuando mi hermano me hablaba de él, de su valentía y gentileza, de su audacia en el terrible combate de San Pedro, sentía por ese hombre ración profunda, y en el ánimo una viva turbación, pues una voz misteriosa me decía que el Destino lo pondría delante de mí¡ ¡Ese joven me recordaba un idilio comenzado en Italia con otro caballero, idilio terminado trágicamente aquí, en esta nefasta Argel, cueva de panteras sedientas de sangre!

"¡Oh días felices de mi juventud, transcurridos bajo el hermoso cielo de Italia; cuántas veces os recuerdo! ¡Todavía habría podido sentir idénticas emociones si el barón de Santelmo no hubiera conocido a esa cristiana!

"¡Tú no sabes, *mirab*, qué sueños de venganza turbaron mi mente cuando llegué a saber que el cariño del Barón me lo disputaba otra! ¡Si ayer hubiese descubierto a esa mujer, la habría inmolado con mis propias manos!

"¡Pero basta ya! ¡La locura ha pasado, y la calma volverá poco a poco a mi corazón! ¡Sí; Amina no renegará de la fe de sus padres!

"Y ahora dime, *mirab*; ¿qué puedo hacer por el Barón? ¡Habla antes de que pueda arrepentirme!

-Debemos salvarlo, libertándolo del presidio.

-¿Y no será eso una empresa superior a nuestras fuerzas? Culquelubi habrá ordenado que lo vigilen constantemente. Sin embargo, no desespero de alcanzar su libertad.

-¿Que pensáis hacer?

-Tengo esclavos de una fidelidad a toda prueba, y oro en abundancia. Con tales elementos, yo creo que se puede hacer una tentativa.

-¿Cuál?

-Comprar a los guardianes del presidio y sacar da él al Barón. Déjame a mí el cuidado de preparar todo lo necesario para ello.

-Yo puedo poner a vuestra disposición doce marineros conducidos por un fregatario, que no tienen miedo a los jenízaros de Culquelubi.

-¿Es el mismo que ha conducido al Barón? -preguntó Amina.

-¿Lo conocéis quizá?

-Mis esclavos me habían informado de que el caballero llegó a bordo de una falúa mandada, por un fregatario.

-Me asombra que vos, como musulmana, no hayáis denunciado a ese marinero.

-Yo no odio a los cristianos, y deploro su suerte. Dirás a esos hombres que estén preparados para ayudar a mis negros.

-¿Cuándo obraremos?

-Lo más pronto que sea posible, porque temo que Culquelubi tenga algún siniestro proyecto contra el Barón. Hoy mismo sabré en que calabozo están encerrados los prisioneros, y mañana por la noche intentaremos dar el golpe.

-¿Y luego?

-¿Qué más quieres?

-¿Y la cristiana? Un relámpago de ira brilló en el rostro de la mora.

-¡La cristiana! -dijo-. ¡No! ¡Nunca; nunca tomaré parte en su libertad! ¡En esa mujer pensarás tú, *mirab*.

-¡Sea! -replicó el viejo levantándose-. Hasta mañana, Princesa, y contad con los marineas del fregatario.

CAPITULO XII
EL PRESIDIO DE ZIDI-HASAN

El presidio de Zidi-Hasan era uno de los más terribles de los seis que había en Argelia, y también el que gozaba de la más triste celebridad, no teniendo que envidiar nada a las horribles prisiones de Silé tan temidas por loa esclavos cristianos.

Mientras en los otros presidios había espaciosos patios y vastas terrazas en los cuales los esclavos podían pasear libremente, y celdas sobre tierra, en Zidi-Hasan faltaba una cosa y otra. Los calabozos eran todos subterráneos, húmedos, tenebrosos, y pululaban en ellos verdaderos enjambres de escorpiones. Aquellas mazmorras recibían solamente un poco de aire a través de postigos pequeñísimos defendidos por enormes barrotes de hierro tan espesos, que apenas permitían pasar la luz.

Y como si esto no bastara para evitar la evasión da los prisioneros, la mayor parte de ellos estaban encadenados y con centinelas de vista noche y día.

Nada más terrible que la existencia que llevaban en aquellos calabozos los esclavos cristianos. Su lecho consistía en un montón de paja húmeda, y su alimento en un pedazo de pan moreno. Por la menor infracción, por el más pequeño acto de rebeldía, eran azotados sin misericordia. Una tentativa de evasión se castigaba con la muerte más espantosa: unas veces el reo era atravesado por hierros enrojecidos; otras, era arrojado en fosas llenas de cal viva, y otras, descuartizado sin piedad.

Tal era el presidio de Zidi-Hasan, el más espantoso todos, y cuyo solo nombre hacía temblar de horror a lo treinta y seis mil esclavos de ambos sexos que en aquella época se encontraban en Argel.

El Barón, presa todavía del delirio que le produjo tormento ordenado por Culquelubi, había sido encerrado por orden de éste, y en compañía de *Cabeza de Hierro*, en uno de aquellos horribles calabozos subterráneos, abiertos en la proximidad del mar bajo una de las cuatro torres que defienden el presidio por la parte del golfo.

Por un capricho inexplicable, que no podía atribuirse a la generosidad, el Capitán General había dado órdenes del no encadenarlos; pero dispuso que se doblasen los centinelas delante del postigo que iluminaba la mazmorra y; de la puerta que cerraba el calabozo.

Apenas entró en él, el Barón había caído en profundo letargo, que era de buen augurio. La exaltación producida por aquellas malditas gotas de agua había ya cesado, sin causar en el cerebro una gran perturbación, a juzgar por el aspecto del preso.

Aquel sueño tan repentino, que casi parecía un sincope, había, no obstante, asustado mucho a *Cabeza de Hierro* cuyo cerebro no se encontraba en mejor situación que el de su amo.

-¡Va a morir entre mis manos! -se decía el desventurado catalán-. ¡Pobre de él, y pobre de mí también! ¡Van a cortarnos en pedazos, a despedazarnos entre potros, o nos arrojarán a alguna fosa llena de cal! ¡No; no saldremos vivos de las uñas de esos antropófagos, hijos del Demonio!

Al decir esto se había acercado al Barón, el cual ya-ría inerte sobre la húmeda estera. Entonces lo contempló con ojos doloridos y dilatados por el espanto.

En aquel momento algunas palabras confusas salían de los labios del joven.

El caballero soñaba y-hablaba en alta voz. Su cerebro, perturbado aún por aquel horrible tormento, evocaba recuerdos lejanos.

-¡Ahora la veo! -murmuraba-. ¡Allí está! ¡En la terraza! ¡Mira hacia el mar y saluda a mi galera! ¡He aquí la playa de San Pedro! ¡Pronto volveré a verla!

"¿Qué es lo que hace Zuleik? ¿Por qué mira él también al mar? ¡Piensa en traicionarnos! ¡Me parece que busca una espada! ¡Me acecha como una pantera hambrienta!

“¡Ese hombre me será fatal! ¡Guárdate de él, Ida! ¡Es astuto como la sierpe de la tierra africana!

-¡Pobre señor! -volvió a decir *Cabeza de Hierro* con voz lastimera-. ¡Sueña con su prometida, a quien no volverá a ver! ¡El día que volvamos a ver el Sol será el último para nosotros!

"¡Qué bien estábamos en aquel maravilloso palacio de la Princesa mora! ¡Ah, infortunado *Cabeza de Hierro*! ¡Aquí acabarás tu honrada carrera, y la maza de armas de tus abuelos no volverá a Cataluña!

Y al decir esto se acurrucó cerca del Barón, el cual en aquel momento parecía dormir tranquilamente. El silencio que reinaba en el calabozo sólo era interrumpido por el andar acompasado de los vigilantes jenízaros.

De cuando en cuando, sin embargo, algún grito que parecía salir de debajo de tierra resonaba lúgubremente, acompañado dé un siniestro rechinar de cadenas.

A pesar de su angustia, el catalán estaba ya a punto de dormirse cuando sintió rechinar los goznes de la puerta.

Un guardián de aspecto áspero, y que llevaba en la mano un enorme látigo, entró en el calabozo, acompañado de dos jenízaros con las cimitarras desenvainadas.

-¿Quién, de ambos es el criado? -preguntó en pésimo italiano encarándose con *Cabeza de Hierro*.

-¡Yo soy! -balbució el catalán palideciendo.

-Pues bien; sígueme, perro cristiano.

-¡Permitidme que vele por mi amo!

-¡De eso se encargarán los escorpiones! Y, además, me parece que ahora no te necesita, porque duerme.

-¿Qué desean de mí?

-Creo que tratan de escaldarte las plantas de los pies -respondió el guardián con un guiño de burla.

-¡Yo no he hecho mal a nadie!

-¡Eres un perro cristiano, y eso basta! ¡Conque, andando, vientre redondo, si no quieres que te haga bailar con el látigo como a un, mico!

-¡Tened compasión de mi pobre amo!

-¡Nadie se lo comerá, porque los centinelas no son leones ni leopardos!

-¡Infortunado de mí! -gimió *Cabeza de Hierro*.

Un puntapié vigoroso le hizo levantarse del suelo precipitadamente.

-¡Condenados mahometanos! -dijo para sus adentros-. ¡Si tuviese aquí la maza de hierro, yo os haría respetar al último descendiente de los Barbosas!

-¡Adelante, poltrón! -gritó el carcelero-. ¡Estás temblando como una gacela!

-¡Yo! ¡*Cabeza, de Hierro*!

-¡Cabeza de palo, andando!

Los dos jenízaros, a una señal del carcelero, lo habían tomado por los brazos, sacándolo a empellones fuera del calabozo. El mísero catalán, un poco reacio y un mucho aterrado, fue llevado a una sala subterránea bajo el patio del presidio.

En poco estuvo que *Cabeza de Hierro* no cayese al suelo al ver en torno suyo garfios de

acero, cuchillos puntiagudos, calderas gigantescas que debían Servir para el suplicio llamado de *sciamgat*, y para colmo de horror cuatro cabezas clavadas en garfios, que todavía goteaban sangre.

-¿Es esto un matadero? -preguntó balbuceando y castañeteando los dientes con terror.

-¡Sí, de los cristianos! -dijo el guardián con una sonrisa atroz-. ¿Qué es eso? ¿Te sientes malo? ¡Estás lívido como la muerte! ¡Ea; voy a colorearte las mejillas con la sangre de tus compatriotas! -Y al decir esto señalaba las cabezas recién cortadas.

El catalán perdió en aquel momento toda su timidez. La ofensa del musulmán hizo hervir en sus venas toda la sangre Barbosas.

Con un soberbio gesto de indignación, se irguió de pronto mirando cara a cara al miserable, le gritó:

-Toma cobarde

Y su pesada mano cayó sobre el rostro del vil carcelero, haciéndolo girar dos o tres veces sobre sí mismo como una peonza.

Los jenízaros que se encontraban en la sala, en vez de caer sobre el catalán, viendo al carcelero desplomarse sobre el pavimento, prorrumpieron en una carcajada general.

-¡Demonio con el panzudo! -había gritado uno.

-¡Eh, Daud; contesta a esa palmada! -respondió otro.

El carcelero, cuyo rostro estaba manchado con la sangre que le salía por la boca, se levantó del suelo blasfemando.

Iba ya a arrojarse sobre *Cabeza de Hierro*, cuando entró en el subterráneo un viejo de aspecto majestuoso, con una larga barba gris, con inmenso turbante sobre la cabeza y el cuerpo envuelto en un amplio alquicel.

-¡El *caíd*! -exclamaron los jenízaros. El guardián se detuvo.

-¿Os golpeáis aquí? -dijo el viejo arrugando la frente.

-¡Es este perro cristiano el que se atreve a rebelarse, señor! -respondió el carcelero.

-Y tú que maltratas a los prisioneros, sin haber recibido orden para ello. ¡Vete a los calabozos!

Luego acercándose a *Cabeza de Hierro*, que se mantenía en actitud de desafío, lo miró atentamente.

-¿Eres italiano? -le preguntó.

-Español, o mejor dicho, catalán.

-Te interrogaré en tu idioma, que conozco perfectamente. Eres escudero de un barón; ¿No es cierto?

-Del señor de Santelmo.

-Yo soy el *caíd* de Culquelubi.

-Y yo *Cabeza de Hierro*, último descendiente de la familia de los Barbosas.

El caíd sonrió, y luego dijo con cierta ironía:

-Si eres noble, serás valeroso.

-¡Nunca conocí el miedo, señor!

-El Capitán General de las galeras desea saber de ti quién es el que ha conducido a Argel al barón de Santelmo.

Cabeza de Hierro experimentó un escalofrío; pero tuvo el valor de permanecer callado.

-¿Me has entendido?

-No soy sordo.

-Pues respóndeme -dijo el caíd-. Y ten cuidado de que no se te trabe la lengua, porque aquí hay muchos instrumentos que hacen hablar de corrido hasta a los mudos más obstinados.

-¡Ya los veo! -respondió el desgraciado catalán echando una mirada de angustia sobre todos aquellos utensilios de tortura.

-Entonces, habla.

-El que nos ha conducido a Argel es un tunecino traficante en esponjas.

-¿Es verdaderamente un tunecino?

-Así lo aseguraba él -respondió resueltamente el prisionero, que rápidamente había fraguado su plan, y que estaba decidido a no denunciar al normando.

-¿O es un fregatario cristiano?

-¡El un cristiano! ¡Ni pensarlo siquiera! ¡Todo el día estaba invocando a Mahoma!

-¿Dónde se encuentra ese hombre?

-En viaje para Marruecos, pues no creo que haya desembarcado aún.

-¿Qué señas tiene?

-Bajo, rechoncho como yo, con barba muy bronceado.

-¿No me engañas?

-He navegado tres días con él, y recuerdo perfectamente sus facciones -dijo el catalán.

-¿Dónde lo encontrasteis?

-En Túnez.

-¿Así es que, después del combate sostenido con nuestras galeras, entrasteis en Túnez y el bey os dejó entrar tranquilamente en el puerto con vuestro barco casi destruido? ¡Oh! ¡Valiente histeria!

Luego, volviéndose hacia los jenízaros, dijo:

-¡Apoderaos de ese hombre!

Cabeza de Hierro se había puesto densamente pálido.

-Yo he dicho...

-¡Una porción de embustes!

-Y juro . . .

-¿Por quién?

-¡Por Dios, o por Mahoma, si os parece mejor!

-¡Jurarás más tarde!

A una señal del *caíd*, cuatro jenízaros lo derribaron al suelo y lo sujetaron fuertemente de pies y manos. Otro, armado con un vergajo muy flexible, le quitó las botas y las medias.

-¡Manos a la obra! -dijo el *caíd*-. Pero no aprietes mucho, porque este hombre no resistirá y confesará pronto.

El jenízaro que hacía de verdugo no se hizo repetir la orden. Sacudió la planta de los pies con tal ímpetu, que el pobre hombre aullaba de dolor.

Al quinto golpe el *caíd* hizo una señal.

-¿Confesarás? -preguntó acercándose al catalán.

-¡Sí, sí! ¡Todo lo que queráis!

-Está bien; pero seguirás atado, y así volveremos a comenzar. ¡Ya sabía yo que no habrías de soportar muchos golpes! Pues bien; ¿cómo se llamaba aquel fregatario?

-Cantalub, me -parece.

-¿Luego no era un tunecino?

-No, era un francés.

-¿Era de estatura elevada, con la barba negra y los ojos de color de acero?

-¡Sí, negro alto, y con una nariz como el pico de una cotorra!

-¡Era ese! -exclamó el *caíd* con acento de triunfo.

-¡El mismo, corre a buscarlo! -murmuró para sus adentros el catalán.

-¿Dónde se encuentra en la actualidad?

-Ya os he dicho que se ha ido a Marruecos.

-¿A que ciudad?

-A Tánger.

-No, tu debes engañarte.

-En tal caso habrá sido él quien me ha engañado a mí, por que me dijo que iba a esa ciudad para salvar a un prisionero provenzal

-¿Y tiene una falúa pintada de verde?

-Sí señor, pintada de verde

-¿Qué se llama la *Medscid*?

-Así me parece que se llama -respondió Cabeza de Hierro, muy satisfecho de poder evitar nuevos vergajazos.

-Culquelubi no se engañaba en sus sospechas -dijo el *caíd*-. ¡Que olfato tiene el General!

-¡Más que un perro de caza! -volvió a decir para sus adentros el catalán.

-Está bien -dijo el *caíd* después de permanecer silencioso durante unos momentos-. Haremos que busquen a la *Medscid* en los puertos de Marruecos, y cuando el fregatario esté en nuestro podar te lo pondremos delante. ¡Veremos si entonces se atreve a afirmar todavía que es un buen musulmán!

Cabeza de Hierro volvió a experimentar otro escalofrío.

-Si nos hubieras engañado-dijo el *caíd*-, te haremos pedazos en el *tahrigs*, y reduciremos tu cuerpo a una papilla sanguinolenta.

-¿Y si he dicho la verdad?

-El Capitán General te otorgará un premio.

A una señal suya los jenízaros desataron y lo pusieron de pie.

-Volved a llevar al calabozo -dijo.

-¡Gracias señor! -exclamó el catalán andando sobre la punta de los pies, porque tenía la planta hinchada por los vergajazos.

Los jenízaros lo sacaron fuera del subterráneo y lo condujeron a su prisión, cerrando detrás de ellos la puerta de hierro.

Al oír aquel estrépito, el Barón había abierto los ojos.

-¿Eres tú, *Cabeza de Hierro*?

-¡Sí; soy yo señor! ¡Soy yo que acabo de escapar por milagro de la muerte! ¿Cómo os encontráis ahora? Hace poco tiempo delirabas.

-Tengo la cabeza pesada, y me parece que un martillo me golpeaba el cráneo sin cesar. ¡Es la impresión de aquella maldita gota de agua! ¿Dónde estamos?

-¡En el peor de todos los lugares del mundo: en el presidio de Zidi-Hasan! ¡Estamos sepultados bajo tierra!

-¡Ahora sí que creo que todo ha concluido para nosotros, pobre Cabeza de Hierro-dijo el Barón con un doloroso suspiro.

-Todavía no, señor hasta que descubran al misterioso fregatario. Después ya sé lo que harán de nosotros.

-¡El normando! -exclamó el Barón con espanto.

-¡Oh, no! Se trata de otro; de otro a quien ni vos ni yo conocemos. Yo he confirmado todo lo que dijeron, para salvar las plantas de los pies, que por poco quedan en la sala del tormento reducidas a papilla.

-No entiendo lo que dices.

-¡Ah, sí; es cierto, señor: vos no sabéis nada!

En pocas palabras informó al Barón del interrogatorio que acababa de sufrir en la sala del tormento.

-Para huir de un peligro -dijo su amo- te has echado encima otro mayor. Si llegan a ese hombre . . .

-Acaso no lo consigan, señor.

-¿Estás seguro de que no se trata del normando?

-Segurísimo.

-¡Mas vale así!

-Y a propósito del normando: ¿se habrá olvidado de nosotros?

-No lo creo.

-¿Suponéis que procurará ayudarnos?

-Lo supongo.

-Pero no podrá hacer nada por nosotros. ¿Quién sería capaz de entrar en este calabozo, vigilado siempre por los jenízaros?

-No estaremos en el siempre.

-¿Qué decís?

-Yo sé que por la noche a gran parte de los prisioneros y a los esclavos los conducen a bordo de las galeras para mayor seguridad.

-¿Y suponéis que harán otro tanto con nosotros?

-Es posible.

-¿Y cual será nuestra suerte?

-Nos venderán como esclavos.

-¡Prefiero la esclavitud a la muerte!. De la esclavitud se huye; de la muerte no. Y después de huir, acaso podamos salvar a la señora Condesa.

El Barón sonrió tristemente.

-Está perdida para mí -dijo con voz sorda-, ¡Quién sabe lo que ha sido de ella! ¡Ah! ¡Mi cabeza! ¡Mi pobre cabeza!

-Volved a acostaros, señor. El reposo os hará bien.

El Barón se había dejado caer sobre el montón de paja, apretándose el cráneo con las manos.

-¿Cómo acabará todo esto? -murmuró el catalán suspirando profundamente.

Nadie turbó durante aquel día el reposo de la prisión. Solamente hacia la noche entró un guardián y arrojó un pedazo de pan de centeno, la comida destinada a los cristianos.

Contrariamente a las previsiones del Barón, aquella noche permanecieron en el calabozo, en vez de ser conducidos a las galeras; pero siempre oyeron detrás de la puerta

las pisadas del centinela.

A la mañana siguiente una sorpresa inesperada despertó en su corazón un asomo de esperanza. Como hemos dicho la mísera ración de los prisioneros consistía en un de pedazo de pan. *Cabeza de Hierro*, que sentía los tormentos del hambre, tomó la hogaza y empezó a partirla a bocados.

De pronto, sus dientes tropezaron con un objeto duro. Se apresuró a examinarlo, y vio con sorpresa suya, que era un pequeño alfiletero de metal, y que debía contener alguna cosa adentro porque era inverosímil que tan extraño objeto hubiera caído casualmente en la masa del pan.

-¡Señor, señor! -había gritado el catalán dirigiéndose al Barón, que todavía permanecía acostado y mostrándole el hallazgo-. ¿Qué significa esto que acabo de encontrar en la hogaza?

El caballero se apoderó vivamente del objeto y lo estudió con atención.

-¿Qué decís señor? -preguntó Cabeza de Hierro cuyo estupor aumentaba.

-Que ha debido ser colocado en el pan por alguna persona. ¡Veamos! ¡Acaso haya algo dentro!

El Barón lo abrió y vio que contenía un fragmento de papel perfumado con ámbar.

-¡Veo en esto la mano de la Princesa! -dijo arrugando la frente-. ¡Reconozco su perfume favorito!

-¿De veras?

-Quizás se haya arrepentido de habernos entregado a Culquelubi y ahora trate de salvarme. ¡Preferiría que no se acordase de mí!

-Leedlo, señor.

El Barón sacó con precaución el pedazo de papel, y al fijar los ojos en lo escrito se estremeció.

-¡El mirab! -exclamó.

-¿El ex templario?

-¡Sí!

-¡No es posible, señor!

-¡Sí!

No había en el papel más que estas pocas palabras:

"Hasta la noche - El *mirab*".

-¡Por . . .! -exclamó el catalán-. ¿Cómo habrá podido ese hombre enviarme este billete? ¿Tendrá amigos en la prisión?

-¿Él o Amina?

-¿La mora?

-El billete está perfumado con ámbar, y debe haber salido de las manos de la hermana de Zuleik.

-¿Lo que es a mí, aunque venga de las manos del mismo diablo; a mí me basta con que nos saquen de aquí, y eso parece dar a entender el billete. "¡Hasta la noche!" Esa noche es la de hoy; no otra Señor Barón, ¿será este un ardid de Culquelubi con el fin de encontrar un pretexto para mandarnos al otro mundo?

-¿Y como quieres que haya podido conocer nuestra relación con el jefe de los *derviches?* No; aquí no interviene para nada el Capitán General de las galeras.

-Entonces, ¿estará el *mirab* de acuerdo con el normando?

-Y probablemente con la Princesa.

-¿De modo que después de haberos puesto en las manos de Culquelubi, ahora quiere sacaros de ellas? ¡El Demonio que entienda el corazón de estas moras! Pero, en fin, más vale caer en las uñas de aquella Princesa que en las del feroz Capitán General de las galeras. Por lo menos, si el golpe no fracasa, ya no tendré que temer el careo con el famoso fregatario de la falúa verde. Señor Barón, comamos ahora este pedazo de pan para cobrar fuerzas, y esperemos los acontecimientos de esta noche.

FIN